

**APROXIMACIÓN A LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE ENRIQUE OTERO
D’COSTA A TRAVÉS DE SU ITINERARIO VITAL Y ACADÉMICO**

ROLANDO HUMBERTO MALTE ARÉVALO

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE HISTORIA
MAESTRÍA EN HISTORIA
BUCARAMANGA
2016**

**APROXIMACIÓN A LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE ENRIQUE OTERO
D’COSTA A TRAVÉS DE SU ITINERARIO VITAL Y ACADÉMICO**

ROLANDO HUMBERTO MALTE ARÉVALO

Trabajo de Grado para optar al título de Magister en Historia

**Director
ÁLVARO ACEVEDO TARAZONA
Doctor en Historia**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE HISTORIA
MAESTRÍA EN HISTORIA
BUCARAMANGA
2016**

A Lilibeth Sandoval
y a María Alejandra Malte

Expreso especial agradecimiento a los historiadores y profesores Juan Alberto Rueda Cardozo, Armando Martínez Garnica y Álvaro Acevedo Tarazona por su apoyo académico en el direccionamiento de este trabajo historiográfico y por su compromiso con la formación de historiadores.

También quiero agradecer el acompañamiento intelectual de mis colegas y amigos, en especial el acompañamiento de Sol Alejandra Calderón y Gabriel Samacá Alonso por compartir conmigo espacios y tiempos de formación intelectual y por apoyar esta quijotada historiográfica.

A mis patrocinadores de primer orden quiero darles mi eterno agradecimiento: Lili, María, Tavito, Ever, mis queridos padres, no saben cuánto les debo.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	10
1 PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	10
1.1. Marco historiográfico.....	19
1.1.1. Noticias sobre Enrique Otero D’Costa y la historiografía académica.....	20
1.1.2. De la historiografía crítica a la historia cultural del libro.....	34
1.1.3. Los estudios sobre los intelectuales y algo de historia intelectual.....	42
1.2. Marco conceptual.....	53
1.2.1. El intelectual: un lente para observar al historiador.....	56
1.2.2. El itinerario académico: una estrategia de la biografía histórica.....	67
1.2.3. La operación historiográfica.....	70
1.3. Fuentes y organización de esta investigación.....	78
2. PRIMERA PARTE: ITINERARIO VITAL Y ACADÉMICO DE ENRIQUE OTERO D’COSTA.....	82
2.1. Los Otero D’Costa: Una familia de caficultores y comerciantes santandereanos.....	83
2.2. Enrique Otero D’Costa Inicia su aventura intelectual.....	94
2.3. Enrique Otero D’Costa y La Guerra de los Mil Días.....	100
2.4. Enrique otero D’Costa: Un monje del convento comercial.....	113
2.5. Enrique Otero D’Costa: Un académico de la historia.....	121
3. SEGUNDA PARTE: LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE ENRIQUE OTERO D’COSTA.....	138
3.1. La producción historiográfica de Enrique Otero D’Costa.....	140
3.1.1. Los temas de la obra historiográfica de Enrique Otero D’Costa o una topografía de intereses.....	147
3.1.2. El método de la historia.....	155
3.2. dos obras importantes.....	168
3.2.1. Gonzalo Jiménez de Quesada: un tratado histórico.....	168
3.2.2 El Cronicón Solariego: un relato histórico basado en fuentes y crítica documental.....	188
4. CONCLUSIONES.....	193
BIBLIOGRAFÍA.....	198
FUENTES PRIMARIAS.....	198
FUENTES SECUNDARIAS.....	200

RESUMEN

TÍTULO: APROXIMACIÓN A LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE ENRIQUE OTERO D’COSTA A TRAVÉS DE SU ITINERARIO VITAL Y ACADÉMICO*

AUTOR: Rolando Humberto Malte Arévalo**

PALABRAS CLAVE: Enrique Otero D’Costa, Historia Intelectual, Historiografía, Historia Patria, Siglo XX.

DESCRIPCIÓN: Este estudio es una aproximación a la obra historiográfica del historiador Enrique Otero D’Costa. Su objetivo es analizar, en contexto, sus principales obras a la luz de la propuesta metodológica de la historia intelectual. Por consiguiente el trabajo aborda el contexto histórico en que Otero D’Costa se formó y se desarrolló como historiador aficionado y en el que produjo sus obras. Se parte de la hipótesis de que la obra de los historiadores aficionados de la primera generación de la Academia Colombiana de Historia (1903-1925) constituían verdaderos ejercicios históricos ya que en ellos sus autores aplicaron el método histórico positivista que primaba durante la época y que resaltaba el valor de la historia por basarse en documentos de primera mano y en resaltar los acontecimientos o hechos relacionados con la nación. La investigación logra concluir que Enrique Otero D’Costa conocía la metodología histórica positivista francesa que dominaba los estudios históricos de la época y que se interesó –y de hecho lo hizo– en escribir historia patria para enaltecer a la nación con apoyo en materiales históricos de primera mano. Esta aproximación historiográfica se basa en documentación de primera mano, como correspondencia personal del personaje objeto de estudio y documentación oficial; también se apoya en la producción historiográfica de Otero D’Costa y en los principales estudios históricos sobre la vida intelectual de principios del siglo XX.

* Trabajo de grado para optar al título de magister en historia.

** Facultad de Humanidades. Escuela de Historia. Director: Álvaro Acevedo Tarazona, Doctor en Historia.

ABSTRACT

TÍTULO: APPROACH TO THE HISTORIOGRAPHICAL WORK OF ENRIQUE OTERO D' COSTA THROUGH YOUR ITINERARY VITAL AND ACADEMIC*

AUTHOR: Rolando Humberto Malte Arévalo**

KEYWORDS: Enrique Otero D' Costa, Intellectual History, Historiography, History Nation, Twentieth century.

DESCRIPTION: This study is an approach to the historiographical work of the historian Enrique Otero D'Costa. Its aim is to analyze, in context, his major works in the light of the proposed methodology of intellectual history. Therefore the paper deals with the historical context in which Otero D'Costa was formed and unfolded as an amateur historian and which produced his works. It starts from the assumption that the work of amateur historians of the first generation of the Colombian Academy of History (1903-1925) constituted real historical periods since in them their authors applied the positivistic historical method that prevailed during the time that He emphasized the value of history based on primary documents and highlight events or facts related to the nation. The research does conclude that Enrique Otero D'Costa knew the French positivist historical methodology which dominated historical study of the period and an interest and indeed did-write national history to extol the nation with historical materials support first hand. This historiographical approach is based on firsthand documents, correspondence and personal character under study and official documentation; also it relies on the historiographical production Otero D'Costa and major historical studies of intellectual life in the early twentieth century.

* Bachelor thesis for the degree of MA in history.

** Facultad de Humanidades. Escuela de Historia. Director: Álvaro Acevedo Tarazona, Doctor en Historia.

INTRODUCCIÓN

Es muy característico de las humanidades el hecho de que nuestras pruebas sean muy fragmentarias y que tengamos que componérmolas con retazos de información accidentales. Debemos resignarnos a la realidad de que nada sabemos sobre la vida sexual, los hábitos alimenticios, los ingresos y las ideas políticas de Shakespeare, y que, por lo tanto, no nos es posible situar su vida y sus obras en la senda de ninguna de las actuales teorías sobre la conducta humana.¹

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Los interesados en el campo de la historiografía de las naciones hispanoamericanas pueden encontrar ideas muy sugestivas en el libro *Las convenciones contra la cultura* de Germán Colmenares². Hay, sin embargo, una idea particularmente interesante, pese a que es subsidiaria de la tesis central. La idea aludida indica que la historiografía académica de la primera mitad del siglo XX no elaboró sus propias representaciones del pasado, sino que las tomó –para “ritualizarlas” y “canonizarlas”– de las imágenes que los historiadores decimonónicos ya habían creado. En otras palabras, Colmenares sostiene que los

¹ GOMBRICH, E. H. *Ideales e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia y el arte*, Madrid, Debate, 1999. p., 118.

² COLMENARES, Germán. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. 5ª ed. Medellín: La Carreta, 2008.

historiadores de las academias nacionales no desarrollaron investigaciones históricas propias, sino que se conformaron con expurgar las obras de sus antecesores para elaborar así un relato lineal y homogéneo que pudiera ser usado como recurso ideológico y no científico:

Las «historias patrias», en su versión escolar, están lejos de reproducir las preguntas, las preocupaciones y las tensiones internas de la historiografía del siglo XIX. El sentimiento de frustración e incertidumbre que quería colmarse con investigaciones de un cierto tipo desapareció, en las primeras décadas de este siglo [XX], de una historiografía oficial. En la nueva versión, que se contentaba con tomar de las investigaciones precedentes una mera secuencia de acontecimientos sujeta a una camisa de fuerza cronológica, las promesas de la Independencia se habían realizado íntegramente. Un pasado terso, despojado de los problemas implícitos de las obras seminales, aparecía truncado y presentado en la forma de un texto homogéneo, en el que no se revelaban las condiciones de su producción. Como los textos legales, éste podía interpretarse o adaptarse a las nuevas necesidades (políticas, partidistas, pedagógicas) pero no cambiarse. El relato se ritualizó y adquirió una forma canónica que podía prestarse para reflexiones, conmemoraciones, discursos y editoriales. Cada episodio cobró el valor de una máxima o una sentencia. A tal fijación mítica contribuyó el establecimiento de un cuerpo sacerdotal, de un orden ritual del relato, que podían transformarse en censores.³

³ Ibíd. p. 19. Aunque al principio Colmenares solo se refiere a la “historia patria” difundida en el sistema educativo, la verdad es que su ataque va dirigido a todos los practicantes de ella

Sí bien la idea original fue de Colmenares, él no ha sido el único en expresarla. Recientemente Sergio Mejía ha sostenido ideas similares. En su opinión, es cierto que el efecto de las obras históricas del siglo XIX sobre toda la cultura escrita posterior fue grande: la obra de José Manuel Restrepo, por ejemplo

...se convirtió en referencia obligada de las siguientes representaciones históricas de Colombia y obra fundacional de su biblioteca nacional. Ella dio forma a la reciente pero caótica memoria de la revolución y la guerra y proveyó a historiadores venideros de una piedra angular. Sobre la senda abierta por ella fueron escritas las otras historias que no podían faltar a una *nación civilizada*: los orígenes, la Colonia, las artes, la literatura, la Iglesia, las ciencias, las constituciones, el ejército, las reminiscencias. Luego vinieron los manuales y la historia oficial...⁴

No obstante, ni Colmenares ni Sergio Mejía aportan los argumentos necesarios para sustentar esta idea, ya que tanto el uno como el otro centran su atención en las obras historiográficas del siglo XIX y no en las de la primera mitad del siglo XX. En efecto, las preocupaciones de Colmenares giran en torno a los “mecanismos de producción” de la historiografía decimonónica, razón por la cual intenta

historiografía académica, a los cuales llama “censores” de un “cuerpo sacerdotal”. La verdad es que esto no tienen nada de raro, también en Francia, la historiografía “científica” o disciplinar, si se prefiere, se desarrolló junto al sistema educativo estatal, como órgano consultivo en asuntos de historia y educación, tal como sucedió con personajes altamente reconocidos en el mundo disciplinar como Charles Seignobos. Ver: PROST, Antoine. Doce lecciones sobre la historia. València, Frónesis-Cátedra-Universitat de València, 2001. p. 37-38.

4 MEJÍA MACÍA, Sergio Andrés. “¿Qué hacer con las historias latinoamericanas del siglo XIX? (A la memoria del historiador Germán Colmenares)”, en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, nº 34, 2007. Universidad Nacional de Colombia. p. 452. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=127112570011>. Consulta realizada el 9 de abril de 2012.

comprender cómo los historiadores de ese siglo escogieron su tema, determinar qué conflictos culturales debieron afrontar y establecer cuáles fueron los elementos convencionales que utilizaron para configurar sus imágenes del pasado. Sergio Mejía, por su parte, si bien no se preocupa por las convenciones contraculturales que según Colmenares determinaron los resultados de los principales trabajos historiográficos del siglo XIX, emprende una serie de investigaciones encaminadas a develar cómo fueron concebidas y escritas esas obras.

En consecuencia, la idea referente a la “historiografía oficial” de principios del siglo XX solo se ensambla a sus textos como un axioma, como una verdad incontestable, una realidad a todas luces cierta que pareciera no requerir argumentos históricos. Y es esto precisamente lo que torna estimulante la idea de Colmenares, dado que permite plantear una pregunta que aquí se transforma en un problema concreto de investigación histórica: ¿Cómo pudieron las obras historiográficas de los académicos de las primeras décadas del siglo XX configurar un relato ritualizado que permitiera enaltecer ese “pasado mítico” levantado por la historiografía decimonónica?

Pues bien, conscientes del hecho de que estas “historias oficiales” han sido juzgadas a la ligera, y de que merecen ellas también un estudio más reposado, el presente trabajo se propone examinar la denominada “historia oficial” con el objeto de determinar la naturaleza del discurso histórico concebido por los historiadores

académicos. Bien vale la pena, entonces –y este es el objeto de la presente investigación–, estudiar la obra historiográfica de uno de los cultores de ese tipo de historia, la obra de un historiador que no solo debió aprender la historia nacional en los libros de Restrepo, Groot, Samper, Quijano o Soledad Acosta, y cuya vida estuviera íntimamente vinculada –como fundador o colaborador– a las academias de historia, sino que, inmerso en un nuevo contexto intelectual, hubiera encontrado en la historia, además de las justificaciones para su presente, los contenidos que dieran sentido a esa empresa colectiva llamada nación.

La obra historiográfica de Enrique Otero D’Costa podría arrojar luces al respecto, ya que ofrece un material adecuado para el estudio de eso que Colmenares y Mejía refieren como “historia oficial”, pues aborda los temas que caracterizarían este tipo de historia, como los personajes y las ciudades egregias, las guerras y las disputas políticas, o las anécdotas y los sucesos heroicos. Por consiguiente, el objetivo central de este trabajo consiste en analizar la obra historiográfica de Enrique Otero D’Costa con el fin de conocer de primera mano la manera en que su generación practicó la historia. Para ello se presta atención a las tres dimensiones que confluyen en la elaboración de un producto intelectual: el autor, el contenido de la obra y el contexto histórico e intelectual que envuelve tanto al autor como a la obra misma.

¿Pero quién fue Enrique Otero D’Costa y por qué se justifica un estudio sobre su obra historiográfica? Enrique Otero D’Costa nació en Bucaramanga el 26 de enero

de 1883. Aunque no tuvo estudios profesionales su afán intelectual lo llevó al mundo de la literatura y la historia. Su obra intelectual la conforman discursos, conferencias, folletos, manuales escolares y relatos de ficción, pero su obra histórica se decanta principalmente en los libros *Gonzalo Jiménez de Quesada* y en el *Cronicón solariego*. Fue fundador y director del *Boletín Historial* del Centro de Historia de Cartagena y del *Archivo Historial*, órgano de difusión académica del Centro de Historia de Manizales; se desempeñó como director del *Boletín de Historia y Antigüedades* de la Academia Colombiana de Historia; se encargó de la cátedra de historia en la Escuela Militar; fue miembro correspondiente de varios Centros de Historia del país y de tres academias extranjeras y participó en los grandes proyectos históricos de la Academia Colombiana de Historia como miembro numerario en reemplazo de José María Rivas Groot. Además del ámbito cultural, Otero también participó activamente en el mundo de la política: a los quince años de edad ya estaba a las órdenes del General Benjamín Herrera, en las filas liberales durante la Guerra de los Mil días; ocupó además puestos públicos importantes tanto en el poder ejecutivo como en el legislativo, pues fue Tesorero de Bogotá y Presidente de la Cámara de Representantes. En el mundo de los negocios se desempeñó como administrador de la compañía naviera del señor Pineda López de Cartagena, en la Cámara de Comercio de Bogotá y en la burocracia del Comité Nacional de Cafeteros.

Por todo esto Enrique Otero D'Costa fue un personaje sin igual. No solo logró fraguar su vida en medio de los conflictos sociales, las disputas políticas, las aventuras económicas y las disquisiciones académicas de su época, sino alcanzar reconocimiento en todos esos ámbitos de la vida. Como historiador académico, que es el aspecto que aquí más interesa, dejó una obra importante –si bien algunas de sus afirmaciones pueden parecer hoy desatinadas–, ya que, como se verá, se valió del positivismo histórico de principios del siglo XX para estructurar su propia obra historiográfica.

La presente investigación se justifica, además, por las siguientes razones. La profesión histórica es tan joven en nuestro país, que el interés por la historia de nuestra propia disciplina apenas está germinando. Aunque no son suficientes, ya contamos con estudios sistemáticos sobre las prácticas historiográficas decimonónicas. No sucede lo mismo, sin embargo, con la historia de la historiografía académica de los primeros 20 años del siglo XX, una producción que no solo dominó el panorama cultural y educativo de la época, sino que construyó los referentes históricos que aún persisten en la mente de la mayoría de los colombianos, pese al acartonamiento, la supuesta falta de rigor o la evidente ideologización que los historiadores universitarios le han endilgado por decreto. Y si su impacto fue y sigue siendo tan fuerte –aún hoy en día se cacarean con complacencia las fechas patrias, pese a que la historiografía universitaria ha combatido esta práctica hasta el cansancio–, ¿por qué razón hay que seguir

desconociendo la historia de un fenómeno cultural, intelectual y político tan importante?

Pues bien, son hechos como este los que justifican un estudio de caso como el que aquí se plantea, pues solo a través de investigaciones de este tipo se puede caracterizar a un historiador *académico*, así como comprender las prácticas de un oficio cuyo impacto social es profundo. De lo que se trata entonces no es de desagraviar a la historiografía *tradicional*, sino de reconocer su existencia. Pero sobre todo, de buscar los medios que permitan comprender qué sentido tuvo para su época –y pueda tener para la actual– la obra historiográfica de un académico como Enrique Otero D'Costa. Porque, sin duda, responder a una cuestión como esta ayudará a entender –y ojalá a eliminar– esos prejuicios que nublan la mirada de los historiadores profesionales cuando, no por casualidad, tienen que volver sus ojos sobre las obras de los académicos: ¡cuántos estudios no tienen que comenzar las labores de heurística en sus viejos y acartonados libros! Así pues, abrir el entendimiento a formas aparentemente incompresibles de *hacer la historia*, no es resucitar sus contenidos ni sus métodos, sino trazar las líneas de la historia como práctica. Y es por esta razón, precisamente, que hablar de la obra historiográfica de un intelectual de la primera mitad de nuestro siglo XX cobra sentido; que preguntar por el autor, los contenidos, los métodos y las formas de escritura de sus obras, pero también por el contexto intelectual, las concepciones de la historia y la cultura de una época, se justifica.

Un segundo aspecto debe ser justificado: ¿por qué la obra de Enrique Otero D'Costa? Porque Otero D'Costa vivió los tres acontecimientos nacionales que impulsaron y le dieron sustento a la escritura de la historia en su época: La Guerra de los Mil Días, la fundación de la Academia Colombiana de Historia tras el fin de la guerra y la celebración del Centenario de la Independencia nacional en 1910. Fueron estos hechos los que motivaron a los intelectuales de la primera mitad del siglo XX a investigar el pasado, porque consideraban que el relato histórico, así como la Academia de Historia y la celebración del Centenario de la Independencia, podían reconciliar a los colombianos en torno a un relato histórico común. También porque Enrique Otero D'Costa jugó un papel importante como organizador y director de los primeros Centros de Historia de Colombia, hecho que lo convirtieron en una especie de autoridad académica especializada, si bien no profesional, en el campo de la historia.

En síntesis, el presente trabajo se propone examinar la obra historiográfica de Enrique Otero D'Costa, objetivo que procura alcanzar mediante la reconstrucción del itinerario vital y académico del historiador –principalmente de sus primeros 30 años de vida–, a través de la descripción del contexto histórico en el que produjo su obra historiográfica y por intermedio de un análisis del contenido de sus dos obras principales: los textos conocidos como *Gonzalo Jiménez de Quesada* y el *Cronicón solariego*.

1.1. MARCO HISTORIOGRÁFICO

En Colombia no hay aún estudios sistemáticos dedicados a la producción historiográfica de los miembros de la Academia Colombiana de Historia. El tema apenas ha suscitado el interés de los miembros de esta institución o de los historiadores profesionales. El primer grupo a lo sumo ha cumplido con bosquejar los elogios que merecen los colegas ya fallecidos; mientras que el segundo, durante décadas programáticamente alejado de la *Historia Académica*, escasamente ha querido reconocerles algún mérito. En consecuencia, como miembro de la Academia Colombiana de Historia, la misma suerte ha corrido la obra historiográfica de Enrique Otero D'Costa. De él solo hay algunas referencias biográficas marginales y de su obra una imagen poco lúcida, consistente en la enumeración descontextualizada y no comentada de su producción. En conclusión, de su obra es poco lo que se conoce, pese a que su trabajo fue realizado en el mismo escenario intelectual en el que se desarrolló la generación del centenario, generación intelectual con la cual Colombia hacía su arribo al siglo XX y que permitiría al país transitar hacia un periodo de tranquilidad política.

En estas circunstancias, el presente balance historiográfico solo contempla aquellas obras relacionadas con un tema más general: *los intelectuales y la historiografía nacional*. Los resultados de este acercamiento son presentados en tres apartados, todos ellos relacionados con lo que en la actualidad se conoce como historia intelectual. En el primero se comentan brevemente aquellos textos

que nos ofrecen alguna noticia sobre la vida y obra de Enrique Otero D'Costa, así como aquellos en que los historiadores profesionales han presentado las obras historiográficas de los miembros más reconocidos de la Academia Colombiana de Historia. En el segundo se analizan los trabajos historiográficos más interesantes que se han producidos en los últimos años en nuestro medio, todos dedicados a entender, comprender y valorar las obras históricas del siglo XIX. El tercero apartado, en fin, y dado que el presente trabajo se perfila como una investigación de historia intelectual, centra su atención en algunos estudios que sobre esta materia se han realizado en los últimos 36 años.

1.1.1. Noticias sobre Enrique Otero D'Costa y la historiografía académica

Aunque no han sido pocas las personas que en algún momento y por diferentes circunstancias han escrito sobre Enrique Otero D'Costa, ninguno de ellos aporta datos sustanciales sobre su vida o sobre su obra historiográfica. Entre sus prologuistas tenemos a Gustavo Otero Muñoz, Mario Acevedo Díaz y Gonzalo España, y entre sus comentaristas y deudos a Horacio Rodríguez Plata, Alberto Miramón y Alonso Otero de la Espriella. Otero Muñoz fue el primer prologuista de *Historietas: leyendas y tradiciones colombianas*⁵; Acevedo Díaz el encargado de presentar la segunda edición del *Cronicón solariego*⁶ –primera que realizara el departamento de Santander–, y Gonzalo España el prologuista de las recientes

5 OTERO MUÑOZ, Gustavo. "Enrique Otero D'Costa", en Enrique Otero D'Costa. *Historietas: leyendas y tradiciones colombianas*. s. l., (Sic) Editorial, s. f. p.13-23.

6 ACEVEDO DÍAZ, Mario. "Prólogo", en Enrique Otero D'Costa. *Cronicón solariego*. s. l., Vanguardia-Cámara de Comercio de Bucaramanga, 1972.

ediciones de *Dianas tristes: episodios de la Guerra de los Mil Días e Historietas...*⁷

De estos textos solo el *Cronicón solariego* es una obra de historia, los restantes, como sus títulos lo indican, son obras de ficción basadas en algunos sucesos históricos vividos por su autor.⁸ En resumen, los tres prologuistas citados solo aportan datos circunstanciales de la vida y de las obras de Enrique Otero D'Costa. Gustavo Otero Muñoz, amigo cercano del historiador, es quien más datos menudos ofrece. Los demás parecen seguirlo a pie juntillas, pues todos recaen en los mismos hechos que presenta Otero Muñoz, tales como su origen provinciano, su participación en la Guerra de los Mil Días, su autodidactismo, las afinidades intelectuales de su familia y su sin igual interés por las letras y el conocimiento histórico.

Los textos de sus comentaristas y allegados son piezas de retóricas que enaltecen una vida puesta al servicio del Estado colombiano, de las letras y de la historia. Mientras que el texto de E. de Saldanha –un texto autobiográfico– intenta ser comprensivo y sistemático, pues presenta una exhaustiva lista de los libros, artículos, discursos e informes del historiador santandereano, los textos de Horacio Rodríguez Plata, Alberto Miramón y Alonso Otero de la Espriella lindan con el panegírico. Los cuatro textos forman parte del homenaje póstumo que la Academia Colombiana de Historia le rindió al historiador y literato el 1 de

7 ESPAÑA, Gonzalo. "Literatura y guerra en Santander", en Enrique Otero D'Costa. *Dianas tristes: episodios de la Guerra de los Mil Días* (1905). s. l. (Sic) Editorial, s. f. p. 3-18. ESPAÑA, Gonzalo. "Enrique Otero D'Costa: un ruiseñor trotamundos", en Enrique Otero D'Costa. *Historietas: leyendas y tradiciones colombianas*. s. l., (Sic) Editorial, s. f. p. 3-12.

8 Los demás libros de Otero D'Costa no incluyen presentaciones ni prólogos.

septiembre de 1964, una semana después de su muerte, y que serían consignados en el número 603 del *Boletín de Historia y Antigüedades*⁹.

Por su parte, los historiadores profesionales nada ha dicho de Enrique Otero D'Costa. Su atención solo ha recaído en historiadores como Germán Arciniegas, Horacio Rodríguez Plata, Gustavo Arboleda, Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. Sin embargo, sus aportes no son más que brevísimas caracterizaciones biográficas e intelectuales. Germán Arciniegas, por ejemplo, es presentado como un verdadero “agitador intelectual” por Juan Camilo Rodríguez¹⁰, en un texto sencillo y sin mayores pretensiones. Algo similar es lo que hacen Javier Ocampo López, Alonso Valencia Llano y Bernardo Tovar Zambrano al presentar respectivamente las obras historiográficas de Horacio Rodríguez Plata, Gustavo Arboleda y la dupla conformada por Jesús María Henao y Gerardo Arrubla.

En su texto sobre Horacio Rodríguez Plata, Javier Ocampo López lo presenta como un acucioso practicante de la “historia integral”, una concepción que reconoce que la historia “no debe interpretarse desde un punto de vista exclusivo o monista: económico, racial, humano, jurídico, providencial, estético, ético, religioso, geográfico, etc., sino en la total complejidad de elementos que la

9 Boletín de Historia y Antigüedades. Órgano de la Academia Colombiana de Historia. Vol. LII, N° 603, Bogotá, enero de 1965. Los textos aludidos son: E. de Saldanha, “Don Enrique Otero D'Costa”, p. 5-28; Horacio Rodríguez Plata, “Homenaje a un ilustre historiador”, p. 29-32; Alberto Miramón, “Elogio de Enrique Otero D'Costa”, p. 33-41; Alonso Otero de la Espriella, Sin título, se trata del agradecimiento de la familia Otero de la Espriella por el homenaje rendido a Enrique Otero D'Costa. p. 41-42.

10 RODRÍGUEZ GÓMEZ, Juan Camilo. “Germán Arciniegas. Un agitador intelectual”, en Revista Credencial Historia. Bogotá, jul. de 1999, n° 115. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

realidad contiene”, en palabras del mismo Rodríguez Plata¹¹. A Gustavo Arboleda, por su parte, lo define Alonso Valencia Llano como un riguroso positivista, más cercano a la crónica que a la historia, pero sin cuya obra, definitivamente, muy poco se conocería sobre la vida política de principios del siglo XX¹². Finalmente, los aspectos contextuales que hicieron posible la aparición del libro de historia más exitoso en nuestro país, la *Historia de Colombia* de Henao y Arrubla, es el objeto sobre el cual centra su atención Bernardo Tovar¹³. Destaca el hecho que el texto siga impertérrito, lozano y juvenil pese a la voraz crítica de que fue objeto a partir de los años sesenta.

Mención aparte merece el reciente estudio de Daniel Mauricio Preciado Camargo, un trabajo que incursiona en el enfoque de la historia intelectual con el objeto de comprender la historiografía colombiana de la década del treinta a partir de la obra de Enrique Otero D’Costa. El estudio se titula *Hacia una nueva comprensión de la historiografía colombiana: Breve historia intelectual de Enrique Otero D’Costa (1881-1964)*¹⁴. El autor de este estudio propone que la obra historiográfica de Enrique Otero D’Costa es una muestra palpable de la heterogeneidad que

11 OCAMPO LÓPEZ, Javier. “Horacio Rodríguez Plata. Figura ilustre de una historia integral”, en Revista Credencial Historia. Bogotá, jul. de 1999, nº 115. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

12 VALENCIA LLANO, Alonso. “Gustavo Arboleda. Cronista de la historia política y social”, en Revista Credencial Historia. Bogotá, jul. de 1999, nº 115. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

13 TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. “Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. Nueva lectura de una vieja Historia de Colombia”. En Revista Credencial Historia. Bogotá, jul. de 1999, nº 115. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

¹⁴ PRECIADO CAMARGO, Daniel Mauricio. “Hacia una nueva comprensión de la historiografía colombiana: Breve historia intelectual de Enrique Otero D’Costa (1881-1964)”, Trabajo de grado para optar al título de historiador, Universidad del Rosario, Bogotá, 2014.

caracterizaba la historiografía académica de la década del treinta, en contravía de lo que propusieron Melo y Colmenares en sus balances historiográficos nacionales. Así pues, desde esta perspectiva, la obra de Otero D'Costa es presentada como una obra disidente en el contexto de la historia académica, ya que su fin fue incluir un nuevo actor histórico: el pueblo. Se argumenta que para la década del treinta, en efecto hubo en Colombia una ruptura con la historia académica, desde la académica misma, y que tal ruptura se hallaba inmersa en un contexto intelectual dominado por el proyecto liberal de la “cultura de masas”, es decir, por el intento del partido liberal de granjearse el favor de los sectores populares¹⁵. Tal ruptura consistiría en dejar de lado el estudio de los hechos y los personajes heroicos para abrirle paso al pueblo, desde una especie de “historia desde abajo”¹⁶, como artífice principal de la historia nacional. Esta idea del autor se ampara en la tesis presentada por Alexander Betancourt en *Historia y nación* – texto que se presenta más adelante–, tesis según la cual, en Colombia hubo hacia la década del treinta un “primer revisionismo historiográfico” consistente en reinterpretar en términos político-ideológicos la historia patria. El texto intenta con ello hallar las claves del diálogo que la obra historiográfica de Otero pudiera haber tenido con su contexto político e intelectual, de ahí que se acerque a la conceptualización del intelectual como un actor histórico cuyo fin es acercar la ideología de partido a las masas emergentes.

¹⁵ *Ibíd.*, p., 45-46.

¹⁶ *Ibíd.*, p., 48.

Si bien la idea es sugestiva, el trabajo de Preciado Camargo adolece de dos gravísimas inconsistencias. En primer lugar, ha de señalarse su falta de rigurosidad historiográfica, al confundir las obras de historia de Enrique Otero D'Costa con sus obras literarias, ya que aplica el mismo análisis al *Cronicón Solariego* –una obra histórica–, y a *Montañas de Santander e Historietas: leyendas y tradiciones colombianas* –obras literarias–. Este error puede deberse a la supervaloración otorgada a las tesis de Betancourt para enmarcar el estudio, o al desconocimiento de la obra de Otero. En segundo lugar, al estudiar la obra historiográfica de Otero, el trabajo de Preciado Camargo cae en anacronismo. En efecto, el autor saca al *Cronicón Solariego* de su contexto verdadero, las dos primeras décadas del siglo XX, para ubicarlo en un contexto distinto: los años 30. Sin duda, el autor pasa por alto el hecho de que este libro fue escrito y publicado durante las dos primeras décadas del siglo XX, periodo de la historia colombiana que, en materia historiográfica, es muy distinto al de la década del 30. Esta situación invalida el análisis historiográfico del *Cronicón Solariego*, ya que su lectura es artificiosa, pues es realizada según las coordenadas intelectuales de una década para la cual no fue escrita.

Un estudio mucho más profundo y comprensivo sobre la *historia académica* fue realizado por Jorge Orlando Melo en *La literatura histórica en la República*¹⁷. En términos generales, en este texto el autor sienta lo que podríamos llamar la

17 MELO, Jorge Orlando. *La literatura histórica en la República*. Disponible en <http://www.jorgeorlandomelo.com/historiografia2.htm>. Consulta realizada el 24 de abril de 2012. También en: *Manual de Literatura Colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988.

cronología de la historia de la historiografía nacional: sus inicios con la obra de José Manuel Restrepo; su desarrollo a lo largo del siglo XIX en las obras de Acosta, Plaza, Groot, Samper y Quijano Otero; su ingreso al siglo XX con los relatos costumbristas de José María Cordovez Moure o Pedro María Ibáñez, los estudios sobre los indígenas precolombinos y la historia académica; y la ruptura con la tradición encabezada por las obras de Luis Eduardo Nieto Arteta, Guillermo Hernández Rodríguez, Luis Ospina Vásquez y Juan Friede.

Aunque el autor no utiliza el concepto de historiografía para referirse a las obras de historia, ni enfoca su objeto de estudio desde la historia de las ideas, de los intelectuales o de la cultural, su manera de abordar el tema como un problema de la *literatura histórica* le permite no solo comentar críticamente los textos en sí mismos, sino analizar las problemáticas, los métodos, los conceptos, los debates y el contexto histórico en que surgieron y se desarrollaron. Por esta razón, sus conclusiones sobre la *historia académica* son mucho más sustanciales que las que al respecto aportaron Rodríguez, Ocampo, Valencia y Tovar en los textos ya reseñados. Así entonces, lo que caracterizó a la *historia académica* fue, en su opinión, la “estrechez metodológica”, “el carácter aficionado de la práctica histórica”, una visión demasiado limitada de los aspectos de interés histórico, un evidente y perjudicial desconocimiento de los principios de las ciencias sociales y de la historia, y un exagerado predominio de la paráfrasis documental, así como de una narrativa “sosa” repleta de metáforas convencionales y gastadas,

características estas que con gallardía solo eludieron los bogotanos Joaquín Tamayo, Tomás Rueda Vargas y Germán Arciniegas.

Bernardo Tovar Zambrano, aparte del texto ya descrito, ha dedicado al estudio de la *historia académica* una buena sección de su profundo análisis de la historiografía colonial. En efecto, en el texto *La colonia en la historiografía colombiana*¹⁸ Tovar se da a la tarea de estudiar pormenorizadamente una de las obras más importantes de la historia académica: aquellos tomos que *La historia extensa de Colombia* consagró al periodo colonial. Después de presentar una vívida historia de la Academia Colombiana de Historia, el autor procede a analizar de la manera más rigurosa posible no solo el contenido de la obra sino los procedimientos y los conceptos que sus autores emplearon para su elaboración. Descubre, quien lo creyera, que fueron los historiadores académicos los primeros en estudiar aquel periodo desde casi todas las perspectivas posibles: los personajes, las instituciones, las administraciones de gobierno, las “individualidades destacadas en la ‘cultura’ (arte, literatura, ciencias y profesiones)”, “la vida social (en actividades económicas, militares, religiosas)”, y en fin, “una variedad de personas implicadas en los más diversos acontecimientos de la vida pública y privada (litigios, abusos, robos, homicidios, persecuciones, infidelidades, rebeliones, piratería, juicios inquisitoriales, epidemias, brujería,

18 TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. “La colonia en la historiografía colombiana”, en Bernardo Tovar Zambrano (comp.) *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Vol. 1. 1ª ed. 1994. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas-Departamento de Historia, 1995, p. 21-134. Una primera versión en: *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. N° 11, Bogotá: Universidad Nacional, 1983.

diversiones)". Por ende es tanta su sorpresa que no duda en concluir que "Dentro de ésa multiplicidad temática, muchos asuntos resultan de notable interés, y sugieren hoy nuevas investigaciones que se inscriben, como veremos, en el campo de la historia cultural."¹⁹

Rafat Ghotme también ha querido abordar el tema de la producción de la Academia Colombiana de Historia. Sus investigaciones, basadas en el concepto metodológico de "operación histórica" de Michel de Certeau, le han permitido analizar cómo algunos historiadores de la Academia Colombiana han creado la figura-personaje "héroe/antihéroe", un concepto utilizado por la intelectualidad nacional para consolidar el proceso de construcción de la nación durante la primera mitad del siglo XX. Su enfoque es claramente culturalista y su objetivo consiste en examinar cómo se llevó a cabo ese proceso de construcción del mito del héroe/antihéroe nacional en nuestro país, más específicamente el doble discurso del santadereanismo/antisantandereanismo, en un periodo –según lo afirma– marcado por "el primer nacionalismo moderno en Colombia, de corte intelectual y partidista, pero con la idea común de nación, un sistema educativo y lengua centralizados, una nacionalidad apriorísticamente reconocida –la colombiana– y unos héroes fundadores que usualmente compartían los partidos liberal y conservador".²⁰ En su breve estudio sostendrá entonces que en el

19 *Ibíd.* P. 26.

20 GHOTME GHOTME, Rafat Ahmed. "Santanderismo, antisantanderismo y la Academia Colombiana de Historia: la operación histórica en el proceso de construcción de nación en

...espíritu de la época, dos o más generaciones de intelectuales-políticos nacionalistas encarnaron la idea de nación a través de la Academia Colombiana de Historia, la cual, a la vez, sintetizó su misión en darle a la historia el aliento suprapartidista en el proceso de (re)construcción nacional. En resumen: el primer periodo del nacionalismo moderno en Colombia se debatió principalmente en tres corrientes intelectuales: la liberal –más bien santanderina–, la conservadora –más bien bolivariana, en el caso de Laureano Gómez o Guillermo Camacho Montoya– y el Estado –más bien la Academia Colombiana de Historia–, proceso que, en cierta medida, reflejó el triunfo virtual del santanderismo como modelo de nación en Colombia.²¹

Con respecto al papel de la Academia en este proceso cabe resaltar la siguiente tesis del autor: según él “la Academia se abrogó la tarea de conformar un cuerpo de ideas típicas en torno a la nación, de redactar un nuevo *logos* interpretativo de la historia de Colombia y de darle a la historia el carácter de una disciplina acientífica capaz de superar los debates partidistas e ideológicos que sumieron al país en un periodo de cruentas guerras civiles”.²² En efecto, este investigador encuentra que

...los miembros de la Academia se caracterizaran por su individualismo y sus obras personales, dejando a un lado sus gustos partidistas y

Colombia, 1910-1970”, en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, n° 34, 2007, Universidad Nacional de Colombia. p. 125-126. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=127112570011>. Consulta realizada el 26 de mayo de 2012.

21 *Ibíd.* p. 127.

22 *Ibíd.* p. 129. El subrayado es nuestro.

tendencias filosóficas. Esto muestra el carácter suprapartidista de los académicos. Puesto que se trataba de llenar páginas 'originales de antología patriótica', la nación, los valores democráticos, la cultura cívica y el amor a la patria, superaban las pasiones y los asuntos de partido. Desde entonces, la Academia se centró en cultivar la 'grandeza de nuestro pasado histórico', avivar 'la fe en el destino futuro de la nación' y 'acentuar en el corazón de los ciudadanos el orgullo de ser hijos de esta patria colombiana'.²³

Se trata, en definitiva, de un estudio que si bien aborda el problema de la producción del conocimiento histórico –concepto metodológico que no define categóricamente–, deja de lado el tema de los métodos empleados por los productores de la *historia patria* –como la denomina–. Ello se debe, por supuesto, a que es un estudio más cercano a la historia de la cultura política que de la historiografía en sí.

Por su interés en la historia de las academias de historia del país, dos trabajos más deben ser reseñados en este balance historiográfico. El primero de ellos es el trabajo de Alexander Betancourt titulado *Historia y nación: tentativas de la escritura de la historia en Colombia*²⁴; el segundo –la más reciente investigación

²³ *Ibíd.* P. 150.

²⁴ BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación: tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta/Universidad Autónoma Luis Potosí/Coordinación de Ciencias Sociales y Humanas, 2007.

sobre este tema—, es trabajo elaborado por Gabriel Samacá Alonso y titulado *Historiógrafos de solar nativo. El Centro de Historia de Santander 1929-1946*²⁵.

El primer estudio centra su atención en las tradiciones de la escritura de la historia que surgieron en Colombia a lo largo del periodo republicano, es decir, entre la independencia y la década de 1990. Esta obra logra identificar y caracterizar seis tradiciones de la escritura de la historia en Colombia: 1) la tradición que sentó las bases del oficio histórico en Colombia a través de la obra de José Manuel Restrepo, y cuya preocupación central fue definir los orígenes de la República colombiana; 2) la tradición encargada por el Estado de la tarea de institucionalizar el “pasado nacional” a través de la Academia Colombiana de Historia, en el periodo que va de la Guerra de los Mil Días a la década de 1920; 3) la tradición liberal y marxista que propuso una revisión de la “historia nacional” durante los años 30 y que propuso nuevos actores históricos sin que se cambiara en extremo el mismo panorama histórico dejado por las anteriores tradiciones; 4) el revisionismo de los años 60, surgido como reacción al régimen del Frente Nacional, y amparado en la “ebullición de la cuestión social” le permitió a las posturas partidistas contrarias al Frente Nacional plantear el pasado como un recurso para justificar la lucha social, en el caso de la izquierda, o para plantear la necesidad de hacer visible la realidad de las clases marginadas, para el caso de los liberales disidentes; 5) la historia profesional, que “trajo consigo la sustitución

²⁵ SAMACÁ ALONSO, Gabriel David. *Historiógrafos de solar nativo. El Centro de Historia de Santander 1929-1946*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2015.

de los relatos heroicos por la aproximación hacia temas económicos” y que le dieron un perfil de cientificidad a la reinterpretación del pasado nacional; y 6) la historia ante el fin de los paradigmas históricos que la empujaron a buscar nuevos referentes teóricos, a abrir nuevos campos temáticos y a utilizar nuevas herramientas metodológicas para rehuir del problema de la representación de la nación.²⁶

Desde el punto de vista teórico y metodológico, el trabajo de Betancourt es, en esencia, un análisis historiográfico que supera la mera descripción de obras de historia. Con base en los criterios propuestos por Michael de Certeau en *La escritura de la historia*, principalmente en el concepto de “lugar de saber”, y en el concepto de “comunidades científicas” propuesto por Thomas Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, el estudio historiográfico emprendido por Betancourt es un “ejercicio de reflexión sobre el quehacer histórico” y sobre “la escritura de la historia”, un ejercicio que prestar atención al “contexto que le da sentido a la producción de los escritos históricos”²⁷ en Colombia.

El trabajo de Samacá Alonso, por su parte, amplía la lupa del investigador para observar en detalle la tradición que según Betancourt institucionalizó la historia nacional en Colombia, es decir, la historia académica. No obstante, este trabajo no es un análisis historiográfico en sí. Con base en los conceptos de sociabilidad,

²⁶ BETANCOURT, Alexander. Óp. Cit. pp., 37, 45-46, 85-86, 145-153 y 158.

²⁷ *Ibíd.* p., 13 y 15.

hombre de letras y realizaciones, Samacá Alonso caracteriza una asociación de aficionados a la historia en particular: el Centro de Historia de Santander. Su enfoque le permite, en primer lugar, caracterizar el funcionamiento interno del Centro de Historia de Santander, al describir y analizar las normas del Centro, las personas que lo conformaron y la manera como se relacionaban entre sí. En segundo término, el trabajo logra describir las conexiones que los miembros del Centro y el Centro mismo entablaron con su contexto social, político y académico en los niveles local, regional, nacional e internacional. Y en tercer lugar, este enfoque le permite describir las acciones o realizaciones del Centro: sus proyectos editoriales y su papel en los actos conmemorativos de carácter histórico. Aunque el libro deja por fuera el estudio de las obras de historia –tarea que hubiera hecho inviable la investigación–, este trabajo logra representar la vida de una asociación de historiadores eruditos, al develar el día a día de sus integrantes, sus intereses, sus aportes, los conflictos que debieron afrontar o provocaron y sus concepciones acerca de la función social de la historia.

En conclusión, podemos señalar que la historia de la historiografía nacional y de sus autores, pero sobre todo la historia de la obra de la Academia Colombiana de Historia, aunque no es un campo virgen, como hemos visto, adolece aún de un grave descuido.

1.1.2. De la historiografía crítica a la historia cultural del libro

En el campo de la historiografía crítica y de la historia cultural contamos en la actualidad con los aportes de Germán Colmenares y Sergio Andrés Mejía, ambos interesados en la historiografía hispanoamericana del siglo XIX.

El libro que Germán Colmenares titulara *Las convenciones contra la cultura* fue el primer estudio sistemático que abordó como objetos de investigación histórica las obras de importantes historiadores latinoamericanos tales como José Manuel Restrepo, Bartolomé Mitre, Rafael María Baralt o Diego Barros Arana. Apoyado en la obra teórica de Roland Barthes –y en menor grado en la de Hayden White–, Colmenares se propuso llevar a cabo un análisis profundo de la historiografía hispanoamericana del siglo XIX. El trabajo consistió entonces en analizar “el relato histórico” “como forma narrativa”, para examinar no solo las ideologías y los valores implícitos en un texto de historia, sino los aspectos que caracterizaron la construcción de aquellos relatos históricos, así como los conflictos culturales con los que tropezaron y las convenciones historiográficas que adoptaron para resolver aquellos problemas. En resumen, en este estudio Colmenares se propuso analizar “las condiciones intelectuales específicas” en que se produjeron las principales obras de historia en el mundo hispanoamericano decimonónico.²⁸

Su análisis le permitió concluir que los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX solo quisieron “construir una imagen de su pasado reciente para fijar con ella

28 COLMENARES, Germán. Op. Cit. pp. XV y 26.

los rasgos de una identidad colectiva”, hecho que les costó muchísimo trabajo, dado que esperaban que esa identidad se pareciera a la de las naciones civilizadas del mundo occidental. Colmenares sigue aquí la idea de J.W. Burrow²⁹, un estudioso de la historiografía victoriana, para quien las actitudes de una sociedad con respecto a su pasado revelan las “presunciones y creencias” que aquella sociedad tienen sobre “su propio carácter y destino”. “En dichas actitudes –explica Colmenares– se operaba una transposición por medio de la cual una dimensión del presente [como deseo] estaba contenida en las imágenes sobre el pasado [como realidad]”. La naturaleza de tal transposición dependía en gran parte de “las herramientas conceptuales y del lenguaje mismo de que se disponía para expresar tales imágenes” y no, como podría creerse, del estatuto epistemológico de la ciencia histórica, sino de unas convenciones lingüísticas que Hispanoamérica no poseía. En consecuencia, el problema de la historiografía hispanoamericana decimonónica radicaba en que las convenciones historiográficas utilizadas iban en contra de la propia cultura.³⁰

Sin duda, tras una conclusión como ésta se oculta una pretensión mezquina: demostrar que la historiografía decimonónica de esta parte del mundo solo ha retrasado el ejercicio de una historiografía verdaderamente científica; manifestar que la historiografía hispanoamericana del siglo XIX nunca dejó de ser más que una “prisión historiográfica” para la *Nueva Historia* –diríamos utilizando aquí su

29 El texto de Burrow es: J. W. Burrow, *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge, 1983.

30 COLMENARES, Germán. Op. Cit. p. 119-120.

propia metáfora³¹—. Y en efecto, no olvidemos que Colmenares fue el máximo exponente de una historiografía fuertemente ligada a las técnicas y los enfoques que proponían un acercamiento aséptico al pasado, pero que veía con suspicacia toda representación histórica que no estuviera libre de cualquier tinte ideológico. De ahí el hecho que su principal crítica de la historiografía del siglo XIX consista en señalar que tales historiadores obviaron a propósito el estudio de la *Colonia*, pues vieron en aquel periodo un trasunto de una identidad que era necesario borrar de la memoria colectiva³².

No obstante, es necesario reconocer que Colmenares supera con creces los esfuerzos historiográficos de sus coetáneos. Fue el primero en hacer un análisis bien estructurado de las obras de historia, basado, en su caso, en un conjunto de principios teóricos de orden lingüístico, pues siempre estuvo cerca de las demás disciplinas sociales, tal como se lo enseñó la escuela de *Annales*. Se resistió a escribir una historia lineal de la producción historiográfica y optó, más bien, por una mirada sincrónica que le permitiera aplicar un análisis denso de los textos. En este sentido, su libro es la puerta de entrada a un nuevo campo de investigación

31 COLMENARES, Germán. "La 'Historia de la Revolución' por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica", en Revista de Extensión Cultural. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, nº 19, 1985, p. 6-13.

32 Al respecto dice Colmenares: "La supresión de la Colonia como un periodo histórico en el que pudiera discernirse una acción dramáticamente significativa aproximaba el horizonte de los orígenes y creaba una sensación de juventud." "El republicanismo hacía radicar su eficacia en el hecho de mostrarse como camino hacia la comunidad imaginada en la participación política que el principio dinástico había negado a los americanos." COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura... Op. Cit. p. 22.

historiográfica, uno que reconoce la complejidad del proceso de construcción historiográfica.

Quien más ha explorado este campo de investigación histórica en la actualidad es Sergio Mejía, el más decidido continuador y crítico de Colmenares. Sus dos obras –la primera sobre Groot y la segunda sobre Restrepo– se levantan de hecho en contra y gracias a este estudio de Colmenares. Efectivamente, en ellas se propone demostrar que las obras de los historiadores latinoamericanos del siglo XIX no fueron *convenciones en contra de la cultura* –como lo señalara Colmenares–, sino cultura a secas, más exactamente “instancias específicas” de nuestra “cultura escrita”, obras que llegaron a constituirse –junto a otras piezas de cultura– en “la columna vertebral” y en “parte sustantiva de nuestra historia cultural”.³³ Dejará en claro, por consiguiente, que el verdadero problema que suscita el estudio de la historiografía latinoamericana del siglo XIX no se relaciona con su estatus epistémico en sí, ni con las ideologías, ni la tramas, ni los tropos que puedan engendrarlas, sino con el hecho irrefutable de su existencia, es decir, de su vehemente persistencia en no desaparecer de nuestra historia.

El primer trabajo que Sergio Mejía dedicó a este tema se tituló *El pasado como refugio y esperanza. La Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada de José*

33 MEJÍA MACÍA, Sergio Andrés. Op. Cit. p. 349 y 444.

Manuel Groot.³⁴ El trabajo está construido desde el enfoque de la historia cultural. Se trata sin duda de un enfoque que, en oposición al de Colmenares –tal como lo hemos señalado– permite un acercamiento mucho más contundente a las obras de historia en sí mismas, al percibirlas como productos culturales, y en términos más precisos, al tomarlas como lo que concretamente son, es decir: libros de historia. El trabajo Mejía propone, por consiguiente, una historia del libro; en este caso, una historia del libro que José Manuel Groot tituló *La Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*. Con estudios de este tipo, en consecuencia, en Colombia, el tránsito de la historiografía crítica a la historia cultural del libro está dado.

En este primer trabajo Mejía se propone escribir la historia de una de las obra más importantes del siglo XIX. Esto lo lleva a cabo a través de cuatro estrategias muy precisas: la primera consistió en determinar la “evolución de la vida y el pensamiento de José Manuel Groot”, razón por la cual se ve obligado a investigar su biografía, su formación y el carácter de todos los escritos que antecedieron su obra magna. La segunda estrategia radicó en relatar la historia de su publicación, para descifrar cada uno de esos momentos y episodios que marcaron su historia. La tercera estrategia se centró en el contenido de la obra en sí para determinar su proceso de producción, de ahí que se preste atención a los periodos, los hechos, el lenguaje y las maniobras de investigación y producción del texto en sí.

34 MEJÍA MACÍA, Sergio Andrés. El pasado como refugio y esperanza. La historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada de José Manuel Groot. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo-Universidad de los Andes, 2009.

Finalmente, la cuarta estrategia consistió en determinar el significado de esa obra para nuestra cultura: su impacto al aparecer en la escena pública y el uso que se hace de ella en nuestros días.

Sus fuentes como las de todo historiados, son variadísimas. No solo incluyen –por supuesto las ediciones de *La Historia Eclesiástica y Civil*– sino la correspondencia privada de Groot, los borradores de sus escritos, su obras inéditas y las numerosas intervenciones que como apologista conservador publicó en la prensa nacional, además de la principales obras historiográficas que estudian los siglos XVIII y XIX en Colombia.

En resumen, este texto de Mejía no es ni un análisis historiográfico clásico, ni una biografía intelectual de corte sociológico, sino un estudio que quiere dilucidar todo el proceso de producción de *un* libro, prestando atención a las concepciones del autor, a las ideas de su tiempo, a los debates en los que se vio involucrado y a los objetivos por los cuales decidió emprender su empresa intelectual, todo con el fin de ofrecer una nueva imagen de la historia cultural colombiana.

En su segundo libro, *La Revolución en las letras. La Historia de la revolución de Colombia de José Manuel Restrepo (1781-1863)*³⁵, Mejía centra su mirada en el primer libro de historia nacional escrito en este país. Aunque no es una biografía

35 MEJÍA MACÍA, Sergio Andrés. *La Revolución en las letras. La Historia de la revolución de Colombia de José Manuel Restrepo (1781-1863)*. Bogotá, Universidad de los Andes-Facultad de Ciencias Sociales-Departamento de historia-CESU-EAFIT, 2007.

de José Manuel Restrepo, en esta ocasión el autor decide prestarle mayor atención tanto a la vida política e intelectual de Restrepo como a su contexto socio-cultural. En todo caso, el texto es aprovechado para discutir, una vez más, las hipótesis de Colmenares. Principalmente aquellas que señalan, primero, que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX no incluyeron al pueblo en su concepto de nación; segundo, que solo crearon relatos sobre héroes y batallas, y tercero, que sus historias fueron diseñadas para inventar historias nacionales de acuerdo a las convenciones culturales importadas de Europa, las historias de unas naciones que aún no existían. Su propuesta consistirá entonces en demostrar, con un caso particular más, que estas historias fueron mucho más que simples relatos ideologizados. De hecho, al concluir su investigación sobre la manera en que fue concebida y escrita *La historia de la revolución de Colombia*, y de discutir las ideas y los propósitos que le dieron fama, Mejía descubre que José Manuel Restrepo se “propuso construir una identidad particular para los ciudadanos de la nueva república”³⁶; que quiso así influir sobre su presente, y ayudar a construir una nación a través de un texto en el que confluía el poder político, dado que él mismo había sido un agente activo del hecho histórico que daba a luz los nuevos tiempos: la independencia.

Puede señalarse, en síntesis, que ambos trabajos están muy bien enfocados; no solo logran rebatir las hipótesis de Colmenares sino que complejizan aún más los problemas que Colmenares identificó en su trabajo pionero hace más de 25 años.

36 *Ibíd.* p. 15.

No obstante, estos textos merecen una crítica –en todo caso marginal, en cuanto solo atañe al presente proyecto de investigación–, y es la misma que se hizo el planteamiento del problema: es un hecho que los trabajos de Mejía se separan de la tendencia abierta por el estudio de Colmenares, pero nos asombra que caiga también él en la trampa de señalar –sin pruebas extraídas de las fuentes, con todo lo que esto significa en el mundo de la ciencia histórica– que la *historia académica* solo constituyó un conjunto de obras que transformaron en *historia oficial* los grandes esfuerzos investigativos e imaginativos desarrollados por sus antecesores del siglo XIX. Esto, como se ha señalado, será necesario demostrarlo también con estudios sistemáticos desarrollados sobre obras puntuales, tal como procedió Mejía en su momento.

En suma, del breve análisis de estas obras se pueden extraer las siguientes reflexiones. En primer lugar, hay que reconocer que los historiadores no son proclives a cavilar sobre su propia disciplina. Resulta elocuente que en la actualidad no se pueda contar con más de tres libros dedicados al estudio de la historiografía nacional. Y en segundo lugar, es particularmente misterioso que se haya pasado de la historiografía crítica a la historia cultural del libro en tan solo una generación, sin que surgieran puntos medios o de conexión entre la una y la otra, además de la temática. Esto puede deberse al desprestigio que tiene entre los historiadores el cultivo de la historiografía. Con todo, no se pretende desconocer que los trabajos de Colmenares y Mejía hayan sido productivos, ya

que entre sus logros debe señalarse que gracias a estas investigaciones se ha podido eludir las dificultades metodológicas que el estudio de los libros trae consigo, así como señalar que la historia –inventada, imaginada o construida– es un arma poderosa en manos de los gobernantes.

1.1.3. Los estudios sobre los intelectuales y algo de historia intelectual

El primer trabajo dedicado a estudiar la vida y la obra de un historiador colombiano fue escrito por Gonzalo Cataño en 1976. Estuvo consagrado al insigne historiador, economista, jurista y filósofo Luis Eduardo Nieto Arteta, y solo hasta el año 2002 pudo ser publicado bajo el discreto subtítulo de *esbozo intelectual*³⁷. Los resultados de este trabajo fueron recientemente ampliados en una historia del pensamiento moderno en Colombia y publicados en *La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis Eduardo Nieto Arteta*³⁸.

En resumen, tanto en el *Esbozo intelectual*, como en el trabajo ampliado, Cataño se acerca desde la perspectiva de la sociología del conocimiento al periplo académico e intelectual de Nieto Arteta. El *Esbozo* un texto escrito a tan solo 20 años de la trágica muerte de Nieto Arteta, razón por la cual Cataño le confiere un sabor a homenaje de relevo generacional. Como en toda biografía intelectual, Gonzalo Cataño abarca aquí todos los hechos significativos de la vida académica

37 CATAÑO, Gonzalo. Luis Eduardo Nieto Arteta: esbozo intelectual. Bogotá, Instituto de Estudios Constitucionales Carlos Restrepo Piedrahita, 2002.

38 CATAÑO, Gonzalo. La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis Eduardo Nieto Arteta. Bogotá. Universidad Externado de Colombia, 2013.

de su biografiado: su primera formación, su paso por la universidad, sus viajes al extranjero, su desempeño profesional como investigador, como docente y como político, todo ello con el fin de sopesar la influencia que estos hechos pudieron tener sobre sus obras. Para lograrlo el autor basa su relato –estéticamente muy bien escrito, ameno y fluido– en un acervo documental completo, que incluye además de sus obras, principalmente la correspondencia personal trazada entre Nieto Arteta y sus allegados, algo de fuente oral, y un nutrido grupo de revistas y diarios del país. Complementa sus fuentes con algunas obras de historia sobre el siglo XX y con cuanto se ha escrito sobre su personaje.

En *La introducción del pensamiento moderno en Colombia*, Cataño complementa el esbozo biográfico de Nieto Arteta con la introducción de una tesis muy significativa para la historia intelectual colombiana: la idea de que fue a través de la obra de Luis Eduardo Nieto Arteta y su círculo intelectual que se introdujo el pensamiento moderno en Colombia, pues fue este el intelectual a quien se le deben los primeros estudios no ideologizados sobre el marxismo y su utilización como herramientas teóricas para el estudio de la historia económica, social y cultural colombiana.

Si bien en el *Esbozo* el análisis de la obra de Nieto Arteta no es aún sistemática – pues se centra más en recrear una imagen panorámica y comprensiva de la vida de un individuo que se destacó por su desempeño sin igual en un campo intelectual que por aquellos años era descuidadamente cultivado, tal como lo era

el de las ciencias sociales— ya se plasman las directrices de un estudio pormenorizado de toda su obra, tarea que tendrá éxito en *La introducción del pensamiento moderno en Colombia*. Así entonces, sin descuidar el contexto histórico —como buen sociólogo—, Cataño busca en su origen social, en el ambiente familiar paterno, en su formación profesional y en los rasgos de su personalidad las señas que den cuenta de su desarrollo intelectual. Como todo trabajo histórico, con el apoyo de la sociología, el trabajo de Cataño da la pauta con respecto al tratamiento que debe dispensársele a este tipo de problemas: emprender un análisis del contexto socio-histórico, realizar un estudio de la ideas y de la ciencia durante una época y, por supuesto, emprender una mirada psicológica que permita ir más allá de lo que las obras mismas puedan señalar. Es por esta razón que hemos querido incluir este texto de Gonzalo Cataño en el presente balance, pues aunque no refiera la obra de Enrique Otero D’Costa, nos da luz, no solo sobre el desarrollo de las ciencias sociales en la primera mitad del siglo XX sino sobre el enfoque que un estudio como el que aquí se propone debería tener en cuenta.

Un estudio análogo al de Cataño, pero no de la misma calidad es el de Alibio Martínez Simanca sobre el periodista, jurista y literato Carlos Henrique Pareja Gamboa, conocido en el mundo de las letras como *Simón Latino*. El texto³⁹ es presentado por su autor como un ensayo donde se recogen y ordenan “algunas

³⁹ MARTÍNEZ SIMANCA, Alibio. *Simón Latino y la librería La Gran Colombia*, patrimonio cultural de Bogotá. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá-Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

noticias fragmentarias de la vida y la obra de un hombre”. Se trata pues de una biografía que intenta sacar a la luz los hechos más significativos de la vida de uno de los personajes de la vida cultura de la Bogotá de la primera mitad del siglo XX. Un personaje reconocido no solo por sus textos de derecho administrativo (fue el primer colombiano en publicar un tratado de derecho administrativo), o por su obra poética y periodística, sino por su incesante difusión de la cultura a través de sus empresas editoriales.

El ensayo está basado principalmente en la autobiografía inédita de Pareja Gamboa, sus artículos periodísticos, su obra literaria y algunos textos de historia de Colombia. Al respecto cabe señalar que el autor sigue confiadamente el texto autobiográfico de su personaje, sin aplicar ninguna crítica documental que le permita clarificar algunos hechos. Por este motivo, el trabajo pierde consistencia, aunque hay que reconocer que ese no es su principal propósito. En todo caso, el texto logra presentar una imagen del ambiente cultural en el que bien pudo desenvolverse, junto a *Simón Latino*, Enrique Otero D’Costa.

La biografía más importante escrita hasta el momento sobre un historiador la escribió hacia 2007 José Eduardo Rueda Enciso. Se trata de la biografía de Juan Friede Alter, uno de los historiadores más importantes de la historiografía nacional de la segunda mitad del siglo XX, ya que gracias a sus trabajos ayudó a revolucionar el campo de los estudios históricos. La obra en mención se titula *Juan*

*Friede, 1901-1990: vida y obras de un caballero andante en el trópico*⁴⁰. La obra de Rueda Enciso está estructurada en dos partes. La primera aborda la vida común de Juan Friede: su formación, sus actividades económicas y sociales. Se titula *Juan Friede, comerciante*. Está basada en una serie de entrevistas que le realizaron a Friede hacia los años ochenta, así como en entrevistas que el mismo Rueda Enciso realizó a personas cercanas al historiador de origen polaco. La segunda parte está dedicada a la obra intelectual de Friede. Se titula *Itinerario intelectual de Juan Friede* y tiene por objeto describir y analizar toda su obra intelectual, tratando de ubicar hitos, temas y problema. Es como su título lo indica, una crónica crítica de la producción académica del biografiado. La fuente principal de esta parte son tanto las obras de Friede, como su correspondencia académica y los borradores de sus trabajos.

El concepto que guía este análisis es el de “itinerario intelectual”. Si bien el autor no presenta una definición del concepto, apelando al contexto, puede entenderse que el itinerario intelectual es el “trasegar” que da cuenta de los momentos por los que atraviesa la obra intelectual de Juan Friede.⁴¹ El concepto permite romper con el modelo empleado tanto por Colmenares como por Mejía en los textos analizados con anterioridad, ya que no solo se centra en las obras de su biografiado sino que analiza estas obras a lo largo del camino recorrido por su autor al elaborarlas. De esta manera, la obra de Rueda Enciso se inscribe en la

⁴⁰ RUEDA ENCISO, José Eduardo. *Juan Friede, 1901-1990: vida y obras de un caballero andante en el trópico*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICAHN, 2008.

⁴¹ *Ibíd.*, p., 196.

más novedosa tendencia bio-historiográfica, la de la biografía y la historia intelectual. En términos sucintos, la tesis de Rueda Enciso indica que Friede escribió “una obra histórica de la Conquista y la Colonia diferente, distinta, hasta cierto punto innovadora, cercana a la historia social” que lo ubicó entre los precursores de la moderna historia de Colombia.⁴² Los argumentos que sustentan el trabajo provienen de distintas fuentes, entre las que cabe destacar las obras del autor, los análisis historiográficos modernos sobre la obra de Friede y la correspondencia del historiador con distintos colegas o críticos. De todas ellas se extraen muestras de los temas que le interesaban a Friede, así como de los métodos que empleaba para llegar a sus conclusiones. Juan Friede era un apasionado del tema indígena y fue el primer investigador en plantear un estudio sistemático del elemento indígena como parte constitutiva de la nacionalidad colombiana, apoyando sus estudios en el análisis de documentación de primera mano. Es por esta razón que en el mundo de la historiografía se lo considera precursor de la etnohistoria nacional moderna. La obra presenta a Friede como un comerciante de la élite, con formación en ciencias sociales y humanas muy interesado en la vida intelectual y que descubre en la cultura y la historia nacional el principal tema de su reflexión y producción intelectuales.

Por otro lado, en el campo la historia intelectual en Colombia se destacan los trabajos que han adelantado recientemente Miguel Ángel Urrego y Ricardo Arias

⁴² *Ibíd.*

Trujillo. Se trata de trabajos de largo aliento pero de enfoques teóricos contrapuestos. Mientras que el primero emprende una investigación guiada por una definición *a priori* del concepto de *intelectual*; el segundo prefiere un acercamiento empírico que le permita reconstruir el concepto tal como se lo representaban los individuos en una época y un espacio determinados.

En efecto, en *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia* Miguel Ángel Urrego se propone “analizar las dinámicas y las contradicciones de la relación de los intelectuales con el Estado, y la evolución de los tipos de intelectuales y sus funciones a lo largo del siglo XX”⁴³, a partir de una definición que conjuga la visión gramsciana del *intelectual orgánico* con los conceptos que Bourdieu y Max Weber aportan para estudiar el rol que juegan los intelectuales no solo al interior de la sociedad sino en su relación con el Estado. Desde esta óptica Urrego entenderá, en consecuencia, que los intelectuales colombianos del siglo XX se caracterizaban por poseer los rasgos del intelectual orgánico gramsciano –una categoría abstracta que destaca la relación negativa o positiva del intelectual con el poder político–, los caracteres del legítimo legitimador de Bourdieu y la fisonomía del transformador de las políticas estatales weberiano. Así entonces, el fenómeno histórico general se caracterizaría por la existencia de intelectuales orgánicos que actuarían como legítimos legitimadores de las acciones institucionales emprendidas por el Estado:

43 URREGO, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991. Bogotá, Universidad Central-DIAC-Siglo del hombre, 2002. p. 9.

Cada etapa histórica –escribe Urrego– define las normas específicas de la reproducción del capital, de las relaciones de poder, de los límites de la legítima legitimación y del tipo de especialistas que requiere el Estado para su funcionamiento. Los intelectuales, en principio, constituyen este tipo de especialistas que requiere el Estado. Su especificidad es el dominio de la persuasión, y cuando es necesario justifican la coerción.⁴⁴

Con esta concepción del intelectual, Urrego podrá concluir que la relación entre los intelectuales y el Estado colombiano durante la mayor parte del siglo XX no puede ser entendida como un simple fenómeno de vinculación burocrática del intelectual a los aparatos estatales, sino como una relación multivalente y plurifuncional del intelectual con el poder. La experiencia histórica colombiana demuestra –afirma Urrego– que en efecto los intelectuales colombianos son *intelectuales orgánicos* porque su característica principal es su vinculación con el Estado a través de una gama amplia de opciones. En consecuencia, ese fenómeno histórico debería entenderse como una situación en la que

...el Estado –entendido como un conjunto de instituciones, un lugar de confrontación de las clases y la suma de capitales culturales, políticos y económicos, así como el predominio de uno de éstos–, establece más formas específicas de relación entre las necesidades de legitimación de los proyectos políticos y las funciones que los intelectuales asumen en la sociedad. Estas formas, que son producto de las relaciones entre la cultura –espacio de trabajo de los intelectuales–, la política y la economía resultan ser variadas y complejas. Variadas, por cuanto la

44 *Ibíd.* p. 14.

sociedad ha tenido diferentes etapas y en cada momento han existido particularidades en los procesos de legitimación. Complejas, pues no se reducen al simple cumplimiento de unas funciones predeterminadas, sino que las posibilidades son muchas: ministro, congresista, maestro, escritor, artista, etcétera.⁴⁵

En concordancia con este postulado, la historia de la relación entre los intelectuales y el Estado en el siglo XX conocería tres etapas bien delimitadas: la primera etapa, que abarcaría casi toda la primera mitad del siglo XX, se caracterizaría por la subordinación de los intelectuales a los partidos políticos tradicionales; la segunda, comprendida entre los convulsivos años sesenta y la década de 1970, tendrían como principal característica la ruptura de la anterior subordinación y la consecuente construcción un *campo cultural autónomo* para los intelectuales; la última etapa se caracterizaría por la reincorporación de los intelectuales al Estado, a partir de las reformas neoliberales introducidas en el gobierno de Belisario Betancourt y complementadas en la Constitución de 1991.

El camino que emprende Ricardo Arias Trujillo es, como ya lo señalamos, contrario al de Miguel Ángel Urrego. En su estudio titulado “*Los Leopardos*”. *Una historia intelectual de los años 1920*⁴⁶, Arias Trujillo se propone reconstruir desde la realidad histórica misma las representaciones que sobre sí mismos tenían los intelectuales colombianos de los años veinte. Si bien el autor reconoce la

45 *Ibíd.* p. 223.

46 ARIAS TRUJILLO, Ricardo. “Los Leopardos”. *Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá, Universidad de los Andes-Facultad de Ciencias Sociales-Departamento de Historia-Uniandes, 2007.

importancia de la discusión teórica en torno al concepto de *intelectual*, antes que seguir un concepto *a priori* prefiere entrar en el debate ofreciendo una caracterización que emerja de la realidad histórica misma, pues entiende que los actores de su historia se percibían a sí mismos como intelectuales. En consecuencia, serán estas nociones o representaciones propias del intelectual de los años veinte las que se proponga descubrir. No obstante, Arias también basa su estudio en conceptos de orden sociológico. En su caso, el estudio está adscrito a la “teoría de los campos” de Pierre Bourdieu. Teoría que le permitirá, en su parecer, comprender las dinámicas que llevaron a un grupo específico de intelectuales –*Los Leopardos*– a ganar el suficiente capital simbólico como para ocupar los lugares de hegemonía en el *campo intelectual*, concepto que es entendido como “un microcosmos dotado de sus propias leyes y como un espacio de dominación y de conflictos a través de los cuales diferentes corrientes que hacen parte de él buscan las posiciones hegemónicas y la apropiación de una determinada forma de capital”.⁴⁷ Solo así, dirá Arias, es posible delimitar el perfil del intelectual colombiano de la década de los veinte.

Para ello Ricardo Arias Trujillo se da a la tarea de analizar los debates en los que se enfrentaron dos tendencias intelectuales: las que representaba la posición de la “nueva izquierda”, por un lado, y la de los intelectuales de la “nueva derecha”, por el otro. Mientras que los primeros se consideraban “voceros de la modernidad”, los segundos se empeñaban en revitalizar al partido conservador. Para completar

47 *Ibid.* p. XVI.

este cuadro histórico, el autor presta atención a los elementos que definen o caracterizan el mundo intelectual de la época. Al respecto, no solo analiza las ideas que aquella generación de intelectuales exponían sobre los distintos problemas sociales, políticos y culturales, sino que estudia con detenimiento el proceso mismo de difusión y recepción de las ideas y las obras más importantes por aquellos años, así como las formas de sociabilidad que en tal proceso habían adoptado estos individuos. Todo esto le permitirá al autor analizar, caracterizar y describir en detalle a *Los Leopardos*, el grupo de intelectuales cuya coherencia y unidad fue mayor en un campo intelectual convulsivo.

Se trata entonces de un estudio de “historia cultural” que logra definir el perfil de un grupo de intelectuales colombianos cuyos principales rasgos son, primero, su gran actividad cultural, pues no solo fundaron empresas editoriales sino que cultivaron distintos géneros literarios; segundo, su alto interés por dinamizar el movimiento estudiantil universitario y la opinión pública a través del periodismo; tercero, su intensa búsqueda de unos principios que les permitieran actualizar a sus partidos en los debates políticos, y cuarto, su aguda crítica de la sociedad nacional, a través del análisis de la “problemática social”, aunque esto no significara una ruptura con el bipartidismo (Arias coincide aquí con Urrego) ni con el orden social establecido.⁴⁸

48 *Ibíd.* 385-388.

De lo que se ha mostrado hasta aquí podemos sacar dos conclusiones generales. En primer lugar, nuevamente hay que decir que carecemos de estudios profundos sobre la vida y la obra de los historiadores colombianos, aunque es necesario reconocer que el trabajo que ha realizado Gonzalo Cataño, pese a no ser profundo, es estimulante y esclarecedor. Y en segundo lugar, habría que señalar que en el campo de la historia intelectual y de los intelectuales han primado aquellos estudios dedicados a mostrar las evidentes conexiones que los intelectuales trazan con el poder político.

1.2. MARCO CONCEPTUAL

El desarrollo del presente estudio exige, como toda investigación, una aclaración de los conceptos que de una u otra manera puedan ayudar a entender la información extraída de los materiales históricos. Por consiguiente, esos conceptos han de estar a su vez relacionados con las dimensiones que configuran el problema de estudio, a saber: el autor, la obra y su contexto histórico; pero también con la metodología de investigación. Como en este caso se trata de un estudio que procura comprender la obra de un individuo cuya actividad intelectual se desarrolló en el campo de la historia, los conceptos de *intelectual*, *itinerario académico* y *operación historiográfica* –vistos más como estrategias metodológicas que como terminologías categóricas y cerradas– son los conceptos más adecuados para guiar este proceso de investigación. Se apela también a

estos instrumentos conceptuales ya que esta investigación se ubica dentro del enfoque historiográfico conocido como la *historia de las ideas*, enfoque que ha sido actualizado, tal como lo señala François Dosse, a través de las estrategias de una *nueva historia intelectual*, una tendencia historiográfica mucho más amplia y comprensiva que su antecesora, pero dedicada, en todo caso, al estudio de los productos del intelecto.

La historia intelectual, más que una moda académica, es un intento de reformulación de la historia de las ideas, que procura no dejar por fuera de su mira ni a los productores intelectuales ni a las épocas en que estos actúan. La historia intelectual es entonces una historia ubicada en los puntos de corte en donde convergen la historia clásica de las ideas, la historia de la filosofía, la historia de las mentalidades, la historia cultural, la historia de las ideas políticas y la historia social del conocimiento. Es una historia, tal como lo señala Carl Schorske, con la cual:

El historiador busca situar e interpretar la obra en el tiempo e inscribirla en la encrucijada de dos líneas de fuerza: una vertical, diacrónica, a través de la cual vincula un texto o un sistema de pensamiento a todo lo que les ha precedido en una misma rama de actividad cultural...; [y] (...) otra, horizontal, sincrónica, por la que la historia establece una relación

entre el contenido del objeto intelectual y lo que se hace en otros dominios de la misma época.⁴⁹

La historia intelectual también reúne, como lo dijera Darnton, tanto el estudio de los pensamientos sistemáticos e informales, como el estudio de las corrientes de opinión y de las tendencias literarias, la historia social y cultural de las ideas, las visiones de mundo o las mentalidades.⁵⁰ En definitiva, sin “intención imperial”, la “historia intelectual simplemente tienen como ambición... hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente la redes de sociabilidad”.⁵¹

Se trata entonces de un enfoque investigativo que le permite al historiador percatarse tanto de la obra como del autor, ubicados ambos en su propio tiempo y con todas sus herencias. Es una modalidad, en fin, cuyo centro de atención es ese complejo y multifacético mundo de los productos o creaciones del intelecto, al cual la historia intelectual accede no como disciplina autónoma en el campo de la actividad historiográfica sino como práctica transversal que “explora los

49 SCHORSKE, Carl. Vienne, fin de siècle. París, Seuil, 1981. p. 13. Citado en DOSSE, François. La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual. Valencia, Universitat de València, 2006, p. 14-15.

50 DARNTON, Robert. “Historia intelectual y cultural”, en Revista Historias nº 19, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D.F., oct.-mar de 1988. p. 46. Disponible en: http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_19_41-58.pdf. Consulta realizada el 27 de mayo de 2012.

51 DOSSE, François. *Ibid.* p. 14.

intersticios” que las otras maneras de observación histórica no logran abarcar: los productores y el contexto de producción, en la historia de la ideas; los individuos, en la historia social del conocimiento, o los contenidos de los productos intelectuales, en la historia contextual de la cultura.⁵²

Aclarado este punto, pueden ahora ser presentados los conceptos que guiarán esta investigación en los términos de una historia intelectual.

1.2.1. El intelectual: un lente para observar al historiador

Aunque el término intelectual, por su origen histórico tiene implicaciones políticas, el presente trabajo se apoya en él porque es el único instrumento conceptual que puede ayudar a captar la actividad productiva misma del historiador, y percibirlo en el marco de las relaciones sociales, políticas y culturales en que actúa. En efecto, y de manera extensiva, como todo intelectual, el historiador es un productor y consumidor de bienes simbólicos: la historia como conocimiento, la historia como escritura, la historia como legado y la historia como ideología.

No hay un consenso académico con respecto a la conceptualización del agente de la actividad intelectual. La discusión ha sido tan ardua, que en una reciente síntesis del tema, su autor ha tenido que comenzar la exposición con una advertencia drástica: “El concepto intelectual –dice– no tiene un significado

52 *Ibíd.* p. 127.

establecido”, pues es “multívoco, polémico y de límites imprecisos”.⁵³ De hecho, la disputa ha dividido a los investigadores en dos grupos más o menos bien delimitados: el de los que prefieren una visión amplia del término, centrada en los atributos culturales; y el de los que optan por una definición más circunspecta, centrada en los atributos sociológicos y políticos.

La causa de esta discusión puede ubicarse en una peculiaridad lingüística del término intelectual: que puede ser usado tanto en su forma de adjetivo como en la de sustantivo. Para el primer grupo, el término gana importancia en cuanto calificativo, pues es así como el concepto puede ayudar a enunciar cierto tipo de actividad humana –la de elaborar, expresar y utilizar ideas–, e identificarla en cualquier etapa de la historia universal. Para el segundo, por el contrario, el término intelectual es sin duda un sustantivo, pues se refiere a un actor social que entra en escena solo con la modernidad y cuya importancia radica en su función social y política.

El caso francés, muy bien estudiado, ejemplifica esta disputa. En este país se ha practicado una doble historia intelectual: la historia intelectual sin intelectuales, y la historia intelectual de los intelectuales, tal como lo ha señalado François Dosse. El punto de partida de la primera práctica es el convencimiento de que “no se puede reducir la existencia de los intelectuales solamente al periodo contemporáneo, en cuyo transcurso se identifica un grupo social específico y denominado como tal”,

53 ALTAMIRANO, Carlos. Intelectuales: notas de investigación. Bogotá, Norma, 2006. p. 17.

pues la figura del intelectual se “inscribe en las profundidades de una larga historia, en cuyo transcurso hubo intelectuales, antes de que el término se convirtiera en sustantivo”.⁵⁴ Tal es la idea que en su tiempo defendiera Raymond Aron:

Todas las sociedades han tenido sus escribas, que poblaban las administraciones públicas o privadas, sus letrados o artistas, que transmitían o enriquecían la herencia de la cultura, sus expertos, juristas que ponían a la disposición de los príncipes o de los ricos el conocimiento de los textos y el arte de la disputa, sabios que descifraban los secretos de la naturaleza y enseñaban a los hombres a curar las enfermedades o a vencer en los campos de batalla. Ninguna de estas tres especies pertenece exclusivamente a la civilización moderna.⁵⁵

Desde entonces los historiadores franceses han ‘encontrado’ intelectuales no solo en el ágora de los antiguos griegos o en los fríos habitáculos de los monjes medievales, sino en el áureo salón de los humanistas o en el apartado zócalo de los primeros hombres de ciencia.⁵⁶ Es innegable dirán, que en las actividades del adivino, del héroe, del sabio, del sofista o del filósofo-médico de la Grecia antigua; que en las acciones del goliardo aventurero, bohemio y errante buscador de maestros del siglo XII; que en el *humanista* lector y vivificador de viejos sabios, o

54 DOSSE, François. Op. Cit. p. 19.

55 ARON, Raymond. L'Opium des intellectuels. París, Calmann-Lévy, 1955. p. 213. Citado en DOSSE, François. Ibid. p. 19-20.

56 Los ejemplos más representativos en: LORAUX, Nicole y Carles MIRALLES. Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne. París, Belin, 1998. LE GOFF, Jacques. Los intelectuales en la edad media. Barcelona, Gedisa, 2001. MANDROU, Robert. Des humanistas aux hommes de science. París, Seuil, 1973. DARNTON, Robert. La gran matanza de gatos y otros episodios de historia cultural francesa. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

que en el letrado del Siglo de las Luces, se ven con claridad “lo que llamamos hoy funciones intelectuales”, es decir, el entregarse a la producción y a la distribución de la cultura. Ninguna etapa de la historia carecería entonces de un personaje al que no le calzara a la perfección el adjetivo *intelectual*.⁵⁷

En resumen, lo que verdaderamente importa para este tipo de perspectiva es que el concepto intelectual permite hablar de aquellos individuos, modernos o antiguos, medievales o contemporáneos que “tienen por oficio pensar y enseñar su pensamiento” –tal como lo señalara Le Goff⁵⁸– o que facilita la comprensión de las acciones de “todos los que crean, distribuyen y emplean la cultura –ese universo de los símbolos que comprende el arte, la ciencia y la religión”, como lo señalara en su momento Seymour Martin Lipset⁵⁹–.

Por su parte, la segunda perspectiva sostiene que si bien la noción de intelectual es histórica, lo es no porque sea susceptible de un estudio histórico-cronológico, sino porque posee una genealogía propia, ya que aparece en un momento y tiempo determinados –la nación francesa de finales del siglo XIX–, así como por su inevitable relación positiva o negativa con el poder político. El objetivo para esta perspectiva consiste entonces en identificar los rasgos característicos de un nuevo

57 DOSSE, François. Op. Cit. p. 19-28.

58 LE GOFF, Jacques. Op. Cit. p. 21.

59 LIPSET, Seymour Martin. “American Intellectuals: their Politics and Status”, en *Daedalus*, Journal of American Academy of Arts and Sciences. Verano de 1959, p. 460-486. Citado en DOSSE, François. Op. Cit. p. 44.

personaje histórico, unos rasgos que permiten seguirle la pista en las más disímiles geografías y temporalidades de la época moderna.

El caso paradigmático para este enfoque lo constituyó, sin duda, la cuestión *Dreyfus*. Aquel famoso debate que dividiría a la opinión pública francesa de finales del siglo XIX entre *dreyfusards* y *antidreyfusards*, es decir, entre defensores y atacantes de la causa del capitán alsaciano del ejército francés Alfred Dreyfus, arrestado, enjuiciado y condenado –pese a la “fragilidad de la pruebas”– a cadena perpetua en 1894 por haber entregado “información secreta al agregado militar alemán en París”. Fue a partir de aquí, pues, cuando el término *intelectual* se convierte en un sustantivo y empieza a ser usado para referirse a aquellos escritores y universitarios agrupados “en torno a una idea”: defender o atacar la causa de un individuo en contra del Estado.⁶⁰ Su característica principal no sería tanto su habilidad para trabajar con el pensamiento como su “compromiso” para usarlo a favor o en contra de la sociedad.⁶¹

Esta manera de entender el concepto de intelectual señalará entonces que la peculiaridad del término no radica en la producción y consumo de bienes simbólicos sino en el uso político de esos bienes. Por esta razón, esta perspectiva analítica encontrará indicios muy sugerentes en las obras de Gramsci, Mannheim, Edward Shils y Pierre Bourdieu, principalmente.

60 ALTAMIRANO, Carlos. Op. Cit. p. 18-22. Como se recordará, Alsacia se ubica en la frontera franco-alemana, y a lo largo de su historia ha pertenecido de manera oficial y alternada a ambos países.

61 DOSSE, François. Op. Cit. p. 64.

En la obra de Antonio Gramsci, esta perspectiva encontraría una conceptualización del intelectual centrada más en la relación que éste estable con el poder político que en sus capacidades intrínsecas.

Se podría decir que todos los hombres son intelectuales –dice Gramsci–; pero todos los hombres no ejercen en la sociedad la función intelectual. Cuando se distingue entre intelectuales y no intelectuales, no nos referimos en realidad más que a la función social inmediata de la categoría profesional de los intelectuales, es decir, que se tienen en cuenta la dirección en la que se ejerce el peso más fuerte de la actividad profesional específica: en la elaboración intelectual o en el esfuerzo muscular y nervioso.⁶²

Para Gramsci, en consecuencia, la especificidad que define al intelectual recae sobre la función social que éste cumple, y no sobre una supuesta capacidad superior en el uso de su pensamiento, ya que, desde su óptica marxista, todos los hombres aplican de una u otra manera su intelecto dentro del proceso de producción. Así pues, para Gramsci todos los seres humanos son intelectuales en cuanto pueden usar su capacidad de pensamiento, pero no lo son en cuanto no tienen la misma relación con el poder y en cuanto no cumplen la misma función social. Estos puntos lo llevarán a concluir que

Por intelectuales hay que entender no [solo] aquellas capas designadas comúnmente con esta denominación, sino en general toda la masa social que ejerce funciones organizativas en sentido lato, tanto en el

62 GRAMSCI, Antonio. Cuadernos de la cárcel. Tomo III. México D. F., Era, 1984. p. 339.

campo de la producción, como en el de la cultura, como en el campo administrativo-político.

Ahora bien, aclararía Gramsci, en esta “masa social” pueden distinguirse dos tipologías de intelectuales, la de los intelectuales tradicionales⁶³ –maestros, sacerdotes o burócratas– cuya tarea consiste en reproducir las condiciones sociales, y la de los intelectuales que se imponen la función de defender los intereses de las categorías sociales (clases) a las que están vinculados, intelectuales a los que denominaré *orgánicos*. En definitiva, para Gramsci, los intelectuales no son más que los “cuadros” encargados de elaborar la ideología del grupo que domina la sociedad o que pretende dominarla⁶⁴.

Los aportes de Karl Mannheim a la conceptualización serían similares a los de Gramsci. Desde su óptica, lo que distingue a los intelectuales es su pertenencia a un grupo mucho más amplio conocido como la *intelligentsia*, grupo cuya principal “función social” consiste –afirma Mannheim– en suministrar a su sociedad “una visión general del mundo”. Los intelectuales son en consecuencia todos aquellos individuos que actúan como “depositarios de la interpretación autorizada del mundo natural y social”⁶⁵: “Así los magos, los brahmanes, y la clerecía medieval

63 GRUPPI, Luciano. El concepto de hegemonía en Gramsci. México D. F., Cultura Popular, 1978. p. 108-109. Escribe este autor: “Los intelectuales –dice Gramsci– son los ‘persuasores’ de la clase dominante, son los ‘empleados’ de la hegemonía de la clase dominante.”

64 Ibíd. Indica Gruppi que el concepto de intelectual debe ser entendido en la teoría de Gramsci como un elemento del análisis del problema de la hegemonía política.

65 ALTAMIRANO, Carlos. Op. Cit. p.71.

deben considerarse –decía Mannheim– como capas intelectuales, cada una de las cuales, en su sociedad respectiva, disfrutó el monopolio en la formación de la concepción del mundo”.⁶⁶ Como creadores de las concepciones del mundo, se hacía evidente que los intelectuales podrían llegar a cumplir funciones ideológico-políticas importantes al interior de sus sociedades.

Otra lección importante fue aportada por el funcionalismo norteamericano, de la mano del sociólogo Edward Shils. En síntesis, para Shils

En toda sociedad (...) existen algunas personas con una sensibilidad particular para lo sagrado, una frecuente reflexividad sobre la naturaleza del universo y las reglas que gobiernan su sociedad. Hay en toda sociedad una minoría de personas que, más de lo que es corriente en el resto, inquiere y desea estar en comunión frecuente con símbolos cuyo alcance es más general que el de las situaciones concreta de la vida cotidiana y más remoto (sic) en sus referencias de espacio y de tiempo. En esta minoría existe la necesidad de exteriorizar esta búsqueda en la forma del discurso oral y escrito, en la expresión poética y plástica, en la reminiscencia o la escritura histórica, en prácticas rituales y en acciones de culto.⁶⁷

66 MANNHEIM, Karl. *Ideología y utopía*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1987. p. 9. Citado en ALTAMIRANO, Carlos. p. 71-72.

67 SHILS, Edward. *The Constitution of Society*. Chicago, The University of Chicago Press, 1982. p. 179-180. Citado en ALTAMIRANO, Carlos. p. 76.

A estos peculiares personajes sociales Shils llamará sin más intelectuales. Y les encomendaría la función de supremos integradores de la sociedad gracias a sus destacadas habilidades en el manejo de los símbolos.

Las enseñanzas de la “escuela Bourdieu”, en último término, no recaerían solamente sobre la función social de los intelectuales, sino sobre una característica menos palpable pero mucho más importante, su constante e inevitable dinamismo dentro de un campo social en el que se enfrentan por lograr posiciones superiores de prestigio. Tal como lo indica Dosse, el modelo interpretativo de Bourdieu se basa en una adaptación del esquema económico al “plano de los juegos de dominación” simbólica. De ahí el hecho que reduzca “toda la vida intelectual a un intento por parte de cada uno de maximizar su interés, no en tanto que actor racional, sino según las leyes propias de unas lógicas de ‘campo’”, de donde se desprenden “las confrontaciones intelectuales”. Esa lógica de la que habla Bourdieu es la del “campo intelectual”, un “lugar” de competencia en el que se enfrentan los intelectuales, cada quien con sus propios productos simbólicos, por obtener el capital simbólico necesario para adquirir consagración o reconocimiento.⁶⁸

En resumen, los interesados en el estudio de los intelectuales han encontrado en las posturas de Gramsci, Mannheim, Shils y Bourdieu, una serie de indicaciones que llevarán a los sociólogos, por una parte, a caracterizar a los intelectuales

68 DOSSE, François. Op. Cit. p. 104.

desde sus funciones sociales y políticas; y a los historiadores, por otra, a buscar intelectuales donde quiera que un letrado, un artista, un universitario se levante como defensor de las causas justas; ahí donde el debate político lo solicite como configurador de ideas y argumentos gracias a su dominio erudito del saber. Al historiador le corresponderá entonces definir las particularidades históricas; las tipologías propias de cada país y cada época, según la manera en que cada tipo cumple sus funciones, pero también en describir sus actividades sociales –las sociabilidades–, así como las generaciones que cada tipo configura en el entorno social moderno.

Con todo, en estos diversos enfoques analíticos es posible encontrar una idea esclarecedora de la problemática que envuelve al concepto de intelectual, y que puede ayudar a forjar una idea clara de lo que un historiador hace al interior de su sociedad. Así pues, y en concordancia con lo que propone el historiador colombiano Gilberto Loaiza Cano, puede resultar beneficioso para todo estudio sobre los intelectuales tener presente, aunque solo sea como guía, una definición sintética del concepto; una definición que permita ver ciertos rasgos que de otra manera tal vez sigan siendo inaccesibles o inabarcables para el investigador poco entrenado. En consecuencia, puede decirse, con Loaiza Cano, que un intelectual es –y esta es la manera en que se entiende el concepto en este trabajo–

...un productor y consumidor sistemático de símbolos, valores e ideas de todo orden, siempre dirigiéndose a un auditorio, a un público.

Producción, distribución y consumo parecen ser los términos que permiten entender el papel central del intelectual. El intelectual produce, distribuye y consume permanentemente símbolos, valores e ideas, por eso su obvio papel protagónico en el campo de la cultura. Todo esto significa que no se acepta como intelectual a un enunciador esporádico de ideas, sino a alguien que cumple su labor persuasora con una frecuencia que lo distingue y lo diferencia de otros actores de la vida pública. Es un seductor constante, dicen algunos. Con sus mensajes refuerza o cuestiona consensos, conquista o aleja auditorios. En todo caso el intelectual es un individuo (...) con alta 'vocación por el arte de la representación'. Su propensión a erigirse 'conciencia de la humanidad', su histórica inclinación por ser el guardián de los valores, de la verdad y de la justicia, hacen del intelectual un enunciador y modelador permanente de opiniones. Para el intelectual, por tanto, el énfasis está en todas las formas del decir y no en el hacer; es el político, no el intelectual, afirma Pierre Bourdieu, quien 'tiene el poder de hacer que exista lo que él dice'. En un deslinde simple pero eficaz, Norberto Bobbio dirá que al intelectual le corresponde el mundo de las ideologías y al político el mundo de las decisiones; el uno hará parte de una historia de las ideas políticas, el otro de una historia política. Ambos, eso sí, ejercen y han ejercido poder, en terrenos diferentes y complementarios.⁶⁹

Ésta pudo haber sido la tarea que desempeñó Enrique Otero D'Costa como historiador, al ofrecer una serie de productos simbólicos basados en los valores, las ideas y los principios que consumía al interior de su propio entorno cultural, y

69 LOAIZA CANO, Gilberto. "Los intelectuales y la historia política en Colombia", en AYALA DIAGO, César Augusto. La historia política hoy. Sus métodos y las ciencias sociales. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. S.f. p. 67-69.

que su sociedad –como auditorio– pudo haber utilizado para legitimar o no algún fin político.

1.2.2. El itinerario académico: una estrategia de la biografía histórica

La biografía fue durante mucho tiempo un género poco apreciado en el mundo de la historia. Su cercanía con la literatura y sobre todo con la psicología siempre le acarreó el desprecio de los historiadores. Hoy en día este prejuicio está del todo superado, sobre todo porque se han encontrado maneras de complementar el ejercicio biográfico con las estrategias propias de la historia. A este nuevo híbrido lo ha denominado Gilberto Loaiza Cano la *biografía histórica*, un ejercicio que no se contenta con la idea de que los hombres actúan en la sociedad a voluntad, como si estuvieran solos, sino que logra mostrar todas las vinculaciones que se trazan entre el individuo y sus circunstancias históricas⁷⁰.

La propuesta consiste, entonces, en conjugar dos campos que hasta ahora estaban separados: el de las estructuras sociales, y el de la voluntad individual.

70 Loaiza Cano resume este panorama en los siguientes términos: “Así, pues, la biografía, hoy, ha tenido en su contra a aquellos que creen que corremos el riesgo de regresar a los grandes héroes de Carlyle o a los hombres representativos de Emerson. Temor relativamente fundado de volver a una romántica y excesiva idea de la importancia del individuo o, peor, de ciertos individuos en el proceso histórico. También cuenta con la enemistad de quienes piensan que el cánón de cientificidad sustentado en el estructuralismo se evapora en ocupaciones acontecimentales y que el discurso histórico se trivializa con el relato lineal y cuasi literario que deja a un lado la argumentación y la demostración. Mientras tanto, sus defensores y nuevos oficiantes se preocupan por presentar una idea más matizada y problemática del individuo biografiado. También encuentran en la biografía una puesta en cuestión del problema no resuelto de la relación entre determinismo y libertad, entre destino individual y sistema social con sus normas, y también creen que el género biográfico soluciona la falsa dicotomía entre narrar o explicar.” LOAIZA CANO, Gilberto. Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX. Medellín, Universidad de Antioquia-Universidad nacional sede Medellín-Universidad EAFIT, 2004. p. XVIII-XIX.

Los pilares de tal enfoque los sentaron en su tiempo Fernand Braudel y Pierre Bourdieu. Para el primero, pese a que la biografía tenían un áspero sabor a historia acontecimental, el estudio de los individuos cobraba sentido en cuanto remitiera siempre y en última instancia al “contexto estructural y profundo” de la historia. Pierre Bourdieu por su parte, llamaría la atención de los investigadores ante la *ilusión biográfica*, aquel “riesgo simplificador” que se corre al otorgarle “un papel excesivamente activo y coherente al individuo”, sin tener en cuenta –nos explica Loiza Cano parafraseando a Bourdieu– que “todo individuo está en relativa libertad de actuar dentro de un conjunto previsible de conductas” que le impone la estructura social. En consecuencia, la “unidad de sentido que logramos percibir, en la totalidad de la obra de un artista o en la trayectoria de una vida, es el resultado de una interacción entre las constricciones de una estructura previa y ‘la libertad condicionada y condicional’ [del individuo]...”⁷¹

Sentadas ya las bases, la tarea de la biografía histórica no puede ser otras más que alcanzar esa totalidad que configuran la relación individuo/sociedad y sociedad/individuo: “La relación del todo con las partes y de las partes con el todo parece ser, entonces, el meollo del asunto”, concluye Loiza Cano. Queda claro entonces, que “la biografía contemporánea trata de reconstruir la vida de individuos en situación”. Por esta razón, si “la biografía no los sitúa, si no construye en su relato un diálogo intenso entre el contexto normativo y el

71 Ibid. p. XXVII.

microproceso existencial, el resultado será muy cuestionable”, advierte finalmente este historiador.

Ahora bien, dentro de este nuevo campo de la biografía histórica podemos ubicar una modalidad dedicada específicamente a los hombres de letras, los filósofos, los artistas, los escritores y en fin, todos aquellos individuos cuya principal actividad consiste en producir y consumir bienes simbólicos. Esa modalidad es por supuesto la *biografía intelectual*. Esta, tal como lo señala el enfoque de la biografía histórica contemporánea, no consiste en la simple descripción de las vidas de los pensadores y sus obras, sino en una estrategia de abordaje del fenómeno intelectual que puede ayudar a desentrañar el centro mismo de la obra en la cual el autor ha empeñado su vida –o parte de ella–, y por la cual es de particular interés. Esto no quiere decir, sin embargo, que la biografía intelectual descuide aspectos “tan mínimos” en la vida de los intelectuales como lo son sus costumbres, sus vidas familiares, o sus relaciones íntimas; ni aspectos “tan importantes” como su contexto cultural, pese a que se esgrima el argumento de que tales hechos no aportan nada al conocimiento de sus obras, el medio en el cual, se supone, el intelectual expresa toda su vida.

La biografía intelectual puede llevarse a cabo de muchas maneras, tal como lo ha mostrado François Dosse⁷². Unas se proponen seguir toda la trayectoria cronológica de su “héroe”, otras pretenden alcanzar una “experiencia íntima” con

72 DOSSE, François. La apuesta biográfica: Escribir una vida. Valencia, Universitat de València, 2007. p. 363-376.

su biografiado. En todo caso, tal vez la manera más humilde de acercarse a la vida de un hombre de letras es a través de su trayectoria académica, es decir, a través de la descripción de aquellos eventos personales que solo interesan en cuanto están directamente relacionados con la obra intelectual en sí misma. En este sentido, un itinerario académico, el principal corolario de la biografía intelectual, debe ser entendido como la descripción de las actividades específicamente intelectuales del personaje en cuestión: la cronología de las obras, las relaciones sociales y culturales que las hicieron posibles y todos esos hechos que están ligados a su producción. La trayectoria o el itinerario académico es entonces el decurso de quien habita y se realiza en el mercado cultural; la biografía, según las normas del *data y cargo*, de quien se entrega a la creación y al consumo de símbolos, de reflexiones, de ideas, de elucubraciones o de sistemas de pensamiento, de quien domina con solvencia las técnicas del lenguaje formal.

1.2.3. La operación historiográfica

El concepto de *operación historiográfica* fue creado por Michel de Certeau en 1974 como aporte al debate intelectual que por esos años habían suscitado Pierre Nora y Jacques Le Goff en torno al problema de la función de la historia y el papel del historiador en la sociedad. Aunque han pasado ya cuatro décadas desde su

aparición el concepto tiene aún vitalidad. Paul Ricoeur, por ejemplo, lo utilizó en su última obra para explicar precisamente cómo es que se produce la historia⁷³.

En efecto, con este concepto Michel de Certeau quiso tratar el problema de la *producción* de la historia, y su pregunta central fue por ende ¿cómo produce el historiador aquello de lo que habla en sus textos?

La respuesta tiene como punto de partida las siguientes tres ideas. La primera señala que la historiografía es una *heterología*, es decir, un discurso sobre el 'otro'; un discurso que supone la existencia de la alteridad que opone sujeto y pasado, y cuya estructura está dada por la separación entre "un sujeto que se supone sabe leer" el pasado y un "objeto que se supone escrito en una lengua que no se conoce, pero que debe ser descifrada" por el historiador.⁷⁴ Así entonces, para Michel de Certeau la historiografía no es más que una práctica escrituraria moderna surgida gracias a la separación sujeto–objeto. La segunda idea indica que la historia ocupa un lugar en la política, es decir que se escribe desde el presente para resolver problemas presentes, con lo cual queda claro que parte desde ciertos intereses: "El 'hacer historia' se apoya en un poder político que crea un lugar propio (...) donde un *querer* puede y debe escribir (construir) un

73 RICOEUR, Paul. La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004. p. 175-370.

74 CERTEAU, Michel de. La escritura de la historia. 2ª ed. México D. F., Universidad Iberoamericana-Departamento de historia, 1993, p. 17.

sistema (una razón que organiza prácticas)".⁷⁵ Finalmente, la tercera idea de la que parte de Certeau es que, en efecto, la historiografía es una producción.

En este contexto, la *operación historiográfica* ha de entenderse entonces como un *análisis* que permite develar lo que es presentado como discurso del historiador. Ese análisis debe prestar atención a sus tres dimensiones, a saber: el *lugar social*, las *prácticas*, y la *escritura*.

1.2.3.1. La operación historiográfica es producto de un lugar social

Para Michel de Certeau la historia es un producto social. En consecuencia, la historiografía debe ser producida en algún espacio preciso, tal como se producen los demás bienes de consumo. En este sentido, de Certeau niega la idea de que la historia sea producida por individuos aislados gracias a sus dotes intelectuales superiores. Desde su óptica, por el contrario, si bien la historia es escrita por individuos su obra solo tiene sentido gracias a que están inscritas en un lugar social, es decir, ese espacio en el cual se encuentran los expertos no solo para legitimar ese producto llamado historiografía, sino para convenir las reglas de su producción.

Toda investigación historiográfica –escribe De Certeau– se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una

75 *Ibíd.* p. 20.

profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan.⁷⁶

A ese lugar de producción de la historia, Michel de Certeau lo identificó como una *institución del saber*, es decir, un grupo de personas interesadas en temas específicos que se ven a sí mismos como autoridades del conocimiento, y que por ello se legitiman como los únicos oficiantes. Lo más importante del lugar, sin embargo, es que solo él hace posible la historia. Si bien el método y el objeto son importantes, es el lugar social el que dota de valor tanto al uno como al otro. Es un hecho, además, que el método solo describe “un comportamiento institucional y las leyes de un medio”.⁷⁷ En resumen, es el lugar social el que hace posible la historia.

1.2.3.2. La historia es una práctica

“‘Hacer historia’, es una práctica”, dice De Certeau. Esto quiere decir, sin lugar a dudas, que la historiografía debe tener unas “técnicas de producción”. ¿Cuáles son esas técnicas? La principal técnica consiste en articular la naturaleza con la cultura a través del *método*. Técnica que consiste en trabajar “sobre un material

76 *Ibíd.* p. 69.

77 *Ibíd.* p. 79.

para transformarlo en historia”. Ese material está conformado por “objetos físicos” tales como papeles, piedras, imágenes o sonidos que, manipulados como cualquier otra materia de la naturaleza son transformados en cultura. “Desde su documentación (donde introduce guijarros, sonidos, etcétera) hasta su libro (donde las plantas, los microbios, los glaciares, adquieren la condición de objetos simbólicos), el historiador realiza un desplazamiento de la articulación naturaleza-cultura”.⁷⁸ Esto se lleva a cabo mediante una estrategia especial, la de *producir documentos*, es decir, la de separar de la naturaleza todos aquellos objetos que serán transformados después en materia de la historia, coleccionándolos, archivándolos y ordenándolos para ello. Como práctica, la historia consiste entonces en fechar, clasificar y redistribuir las *fuentes*, los materiales que le han de posibilitar su trabajo.

1.2.3.3.La historia es escritura

De Certeau define la historiografía como un acto escritural. Sin embargo, aclara, como representación no es una simple escenificación literaria, por el contrario, es representación en cuanto “se apoya en un *lugar social* de la operación científica”, y porque “está, institucional y técnicamente, ligada a *una práctica de la desviación* referente a modelos culturales o teóricos contemporáneos. No hay relato histórico donde no está explicitada la relación con un cuerpo social y con una institución del saber”. Desde su punto de vista, la escritura es la causa de una verdadera

78 *Ibíd.* p. 85.

inversión de la práctica historiográfica: “Una transformación asegura el tránsito desde lo indefinido de la ‘investigación’ a lo que H. I. Marrou llama la ‘servidumbre’ de la escritura. ‘Servidumbre’, en efecto, porque la fundación de un espacio textual lleva consigo una serie de distorsiones en lo referente a los procedimientos del análisis. Con el discurso parece imponerse una ley contraria a las reglas de la práctica.”⁷⁹

Esta serie de coacciones son las siguientes:

1. “prescribir como comienzo lo que en realidad es un punto de llegada, y aún un punto de fuga en la investigación.” En efecto, mientras que la investigación comienza en la actualidad del lugar social que la hace posible, la exposición sigue un orden *cronológico* al tomar como punto de partida lo más antiguo.
2. Presentar como completo, ya logrado, finiquitado o saldado, lo que en la práctica investigativa jamás se verá acabado.

Establecido el panorama, De Certeau señala que en efecto la historia no tiene más remedio que presentarse como discurso, como narrativa. En la historia esto se lleva a cabo de tres maneras: a través de la cronología, de la construcción desdoblada y la ubicación de un doble lugar, el del muerto y el del lector. La cronología, como exposición acoplada al discurrir temporal, le presta dos servicios a la historia: en primer lugar, hace a la historia inteligible gracias a la utilización de un tiempo narrativo, y en segundo lugar, hace posible su comprensión mediante la

⁷⁹ *Ibíd.* p. 101.

división en periodos.⁸⁰ La construcción desdoblada hace referencia a un fenómeno particular del discurso histórico: la utilización de citas como introducción en el texto de un extra-texto necesario, porque lo vuelven verificable.⁸¹ El doble lugar, finalmente, hace referencia a esa paradoja de la historia según la cual “la escritura hace entrar en escena a una población de muertos”, pero para ubicar al lector en el lugar de los vivos: la escritura cumple con dos funciones primordiales, exorcizar “la muerte al introducirla en el discurso”, y *simbolizar* un espacio de lo aún no muerto, cuando le permite a la “sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: ‘marcar’ un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente *lo que queda por hacer*, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos”.⁸²

El concepto de operación historiográfica también ha sido trabajado por Paul Ricoeur. Aunque lo toma de Michel de Certeau, no duda en utilizarlo a su gusto. En su caso llama *fase documental* a las tareas realizadas desde la declaración de los testigos oculares a la constitución de los archivos; *fase explicativa/comprendiva* a la etapa en que el historiador se propone resolver la pregunta del porqué de los

80 *Ibíd.* p. 104-108.

81 *Ibíd.* p. 111.

82 *Ibíd.* p. 116-117.

hechos; y *fase representativa* a la configuración literaria o escrituraria del discurso histórico.⁸³

Desde su punto de vista la fase más importante es sin duda la fase representativa, pues es en ella donde “se declara plenamente la intención historiadora: representar el pasado tal como se produjo”, es decir, una “cosa ausente ocurrida antes”.⁸⁴ Es esta la manera en que Ricoeur entiende la *operación historiográfica*, como una serie de *fases* relacionadas de un mismo fenómeno, como “momentos metodológicos imbricados ente sí” y no como “estadios cronológicamente distintos”, pues para nadie es un misterio que consultar un archivo sin que se tenga ya un proyecto de explicación, o que se intente explicar un acontecimiento sin que se recurra a una configuración literaria de tipo narrativo, retórico o imaginativo, es imposible.

En definitiva la *operación historiográfica* es para Paul Ricoeur la producción de la historia a través de tres fases: la archivística, la explicativa y la representacional. Desde esta óptica, una obra historiográfica es una doble escritura iniciada en la operación archivística y finalizada en la fase representacional, pero mediada por la explicación/comprensión.⁸⁵ Lo importante de esta manera de entender el concepto es que de entrada queda claro que el problema es de orden epistemológico, y mejor aún, que el problema es el del oficio de la historia, y no el de la filosofía. Y

83 RICOEUR, Paul. Op. Cit. p. 176-177.

84 *Ibid.* p. 177.

85 *Ibid.* p. 179.

es por esta razón que el concepto puede ser utilizado para analizar la manera en que Enrique Otero D'Costa –o cualquier otro historiador– produjo conocimiento histórico, es decir, para entender cómo llevó a cabo su oficio. Las preguntas inevitables serán entonces: ¿Desde qué lugar social concibió Otero D'Costa su obra, o, lo que es lo mismo, cómo configuró su archivo? ¿Qué estrategias explicativas empleó? ¿Cuáles fueron sus estrategias escriturales, o, qué cronologías trazó? De esta manera será posible ubicar en sus textos no solo los fines o los objetivos, sino su concepción de la historia, así como el manejo que le dio a sus temas o sus estrategias discursivas.

1.3. FUENTES Y ORGANIZACIÓN DE ESTA INVESTIGACIÓN

Como el problema de la presente investigación está vinculado a la vida de un individuo, pero también al ámbito intelectual e institucional en el que ésta persona se desarrolló, los materiales que aportarán los datos para esta historia están relacionados con las instituciones –culturales, políticas y sociales– a las que perteneció Enrique Otero D'Costa, su obra historiográfica y el contexto intelectual nacional de las primeras dos décadas del siglo XX. El trabajo de heurística llevado a cabo ha permitido encontrar materiales históricos relevantes en el Archivo General de la Nación, el Archivo Histórico Regional de la Universidad Industrial de Santander, la Biblioteca y Hemeroteca de la Universidad Industrial de Santander, la Biblioteca y Archivo de la Academia de Historia de Santander, la Biblioteca y

Archivo de la Academia Colombiana de Historia y en la Biblioteca del Banco de la Republica Luís Ángel Arango.

Los tipos de materiales históricos encontrado fueron clasificados en dos tipologías: los restos y las fuentes. Entre los restos se encuentran los residuos de las actividades personales o institucionales relacionadas con la vida de Enrique Otero D'Costa, como las actas y los informes de las academias de historia y la correspondencia personal y oficial del protagonista de esta historia. Entre las fuentes consultadas están los boletines de historia de las distintas academias de historia a las que perteneció Otero, los periódicos nacionales más importantes de la época, la historiografía moderna sobre la política, la cultura y la vida social de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, algunas crónicas, biografías y memorias de intelectuales, y sobre todo, la obra historiográfica de Otero: sus investigaciones, sus artículos y sus libros.

Se trata, en fin, de un variado grupo materiales históricos que hablan de las actividades culturales, sociales e intelectuales realizadas por Enrique Otero D'Costa a lo largo de su vida, principalmente de aquellas que realizó entre 1904 y 1929 y que permiten trazar su itinerario académico, descubrir algunos rasgos personales de Otero y entender el “ambiente intelectual” de la época, pues tanto en las actas como en los informes o en la correspondencia quedaron plasmados no solo los debates que se desarrollaron en los distintos grupos académicos a los

que Enrique Otero perteneció, sino una buena cantidad de datos menudos sobre su vida intelectual y personal.

El procesamiento de la información se llevó a cabo a través de una lectura transversal de los materiales históricos, lectura que permitió ubicar en los textos las respuestas a las preguntas que fundamentan esta investigación y a construir un texto en el que se representa el itinerario vital y académico de Enrique Otero D'Costa así como caracterizar su obra histórica y analizar su principales publicaciones. Esta lectura estuvo guiada por las herramientas conceptuales ya definidas.

La elaboración del texto siguió las dos técnicas narrativas más comunes en el campo de la historia, tal como lo resume Antoine Prost⁸⁶, el relato y el cuadro. El primero, permitió ordenar la secuencia de hechos que configurarían el itinerario vital y académico de Enrique Otero D'Costa, así como la cronología de su obra. El segundo, por su parte, posibilitó poner de relieve todos aquellos elementos que caracterizaron el contexto histórico en el que se desarrolló Otero.

Los resultados de la investigación son presentados en un texto estructurado en dos apartados. En el primero de ellos se caracteriza la vida de Enrique Otero D'Costa, describiendo aquellos aspectos de su vida intelectual y personal que pudieran influir en la elaboración de su obra histórica, de ahí que se preste mayor

86 PROST, Antoine. Op. Cit. p. 238-240.

atención a los primeros 30 años de vida del historiador santandereano. En el segundo apartado se describe y analiza su obra historiográfica con el fin de caracterizarla. En ambos apartados se presta atención al contexto histórico en el que coexistieron el autor y su obra. Se intenta generar así una especie de contrapunto entre la vida de Otero y su mundo, por un lado, y entre su obra y las circunstancias intelectuales que la envolvieron, por el otro.

2. PRIMERA PARTE: ITINERARIO VITAL Y ACADÉMICO DE ENRIQUE OTERO D’COSTA

Tal como se comentó en el capítulo introductorio, el itinerario vital de Enrique Otero D’Costa aún no ha sido objeto de una investigación biográfica. Solo algunas semblanzas han intentado recoger los momentos más importantes de la vida pública e intelectual de este historiador. Tres de esos escritos constituyen prólogos o textos de presentación de algunas de sus obras, tres más forman parte de la necrología de la Académica Colombiana de Historia, uno es un breve texto autobiográfico y otro es una aproximación a su historia intelectual. En síntesis, aquellos textos solo mencionan algunos datos de la vida del historiador santandereano.

Dada esta situación, y debido a que el acercamiento a la obra historiográfica de Enrique Otero D’Costa requiere también de una aproximación a su biografía, la tarea del presente capítulo es ofrecer mayor luz sobre la vida del historiador, principalmente de los años en que Otero concibe, escribe y publica su obra importante, es decir, los primeros 30 años de su vida. Para esto se utiliza principalmente la información acumulada en su archivo personal.⁸⁷ Debe aclararse que el relato biográfico aquí presentado no constituye una biografía en el pleno sentido de la palabra, sino una representación de su itinerario vital, especialmente

⁸⁷ Archivo General de la Nación (AGN), Colección Enrique Otero D’Costa (CEODC). Documentos y Correspondencia. Para hacer referencia a este archivo y colección se emplearán las siglas indicadas.

de aquellos hechos que lo llevan a formar parte de la ACH y que circunscribieron la elaboración y publicación de sus principales obras. Esta parte del trabajo ofrece, entonces, un relato de aquellos hechos que configuraron el rumbo de Enrique Otero D'Costa y que enmarcaron su producción historiográfica. Todo esto tiene como objetivo final generar una representación histórica de las circunstancias en que trabajaban los aficionados a la historia durante las primeras dos décadas del siglo XX, ya que uno de los intereses de este trabajo de investigación es establecer los rasgos intelectuales de los aficionados a los estudios históricos en una época en que la profesionalización de la historia aún no era la norma. El relato elaborado está construido a partir de “retazos de información accidentales” – usando aquí la fórmula de Gombrich– encontrados en cartas, periódicos y libros, pedazos de información que obligan al investigador a resignarse a la idea de que no todo lo que quisiera lo puede contar.

2.1. LOS OTERO D’COSTA: UNA FAMILIA DE CAFICULTORES Y COMERCIANTES SANTANDEREANOS

Luis Enrique Otero D'Costa nació el 26 de enero de 1883 y falleció el 25 de agosto de 1964.⁸⁸ Como todos los políticos e intelectuales de la Generación del Centenario⁸⁹, Otero vivió los tres acontecimientos más importantes de la Colombia

⁸⁸ E. de SALDANHA, Óp. Cit., p., 7.

⁸⁹ La Generación del Centenario fue el nombre que Luis Eduardo Nieto Caballero le otorgó al grupo de políticos e intelectuales más dinámicos de las décadas de 1910 y 1920 y que tuvieron como experiencia común, además de la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá, la

de finales del siglo XIX y principios del siglo XX: la Guerra de los Mil Días, la pérdida de Panamá y la celebración de los cien años de independencia y vida republicana. Pero ¿cómo era el país por aquellos años en que Otero vino al mundo?

Como la mayoría de los pequeños países periféricos de América del Sur, Colombia era al finalizar el siglo XIX una nación atrasada. Muy pocos aspectos de los desarrollos económico, tecnológico, científico y cultural experimentados por las naciones europeas parecían influir en el devenir de esta aislada república. Los adelantos tecnológicos y los valores culturales que por aquellos años reconfiguraran la civilización occidental, apenas si la afectaban tangencialmente. La medicina, por ejemplo, si bien en el nivel académico se plegaba al cambio de paradigma impulsado por la ciencia experimental, a nivel práctico aún constituía una mezcla de pragmatismo, saber libresco e intuición. De la higiene y de su relación con las enfermedades contagiosas nada o muy poco se sabía. En una

celebración del primer centenario de la independencia de Colombia. Nieto Caballero incluyó en esta generación a personajes como Luis Cano, Eduardo y Enrique Santos, Luis López de Meza, Enrique Olaya Herrera, Alfonso López, Aurelio Martínez Mutis, Laureano Gómez o José Eustasio Rivera. Otero D'Costa no formaba parte de la lista de Nieto, sin embargo él también perteneció a esta generación no solo cronológicamente, ya que, como los demás, se interesó en aspectos políticos tan importantes como la alianza Republicana que, una estrategia política seguida por quienes deseaban, tras la Guerra de los Mil Días, darle un rumbo más pacífico a la política nacional, y formó parte de la institución que encabezó la celebraciones del centenario, la Academia Colombiana de Historia. Sobre el concepto de Generación del Centenario ver: REINA RODRÍGUEZ, Carlos Arturo, "Historia de los jóvenes en Colombia: 1903-1991", Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de Doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia/Facultad de Ciencias Humanas/Departamento de Historia, Bogotá, 2012, p., 50.

ciudad como Bogotá –nos cuenta Henderson– filtrar el agua y hervirla para potabilizarla era aún una práctica poco frecuente incluso entre los ricos⁹⁰.

En términos demográficos y urbanísticos, Colombia era un país rural y atrasado. Según se desprende de los cálculos ofrecidos por Christie, hacia la primera década del siglo XX menos del 8% de la población colombiana vivía en las cabeceras municipales, es decir, en localidades de más de veinte mil habitantes⁹¹. En total, la población no superaba los 4.3 millones de personas; para la mayoría de ellos la expectativa de vida bordeaba los 29 años de edad⁹², y solo el 32% de los colombianos tenía algún grado de alfabetización⁹³. Las calles de la mayoría de las ciudades y pueblos aún conservaban el aspecto de las vías coloniales. Las cloacas bogotanas –refiere Melo– eran en 1882 “canales abiertos que corrían por la mitad de la calle”.⁹⁴ El agua para el consumo diario se obtenía de las fuentes públicas y las edificaciones, de una y dos plantas, aún se levantaban en tapia pisada.

Desde el punto de vista socio-económico, Colombia, pese a los esfuerzos de un sector pujante de la élite nacional (aquel sector que por lo menos desde 1850

⁹⁰ HENDERSON, James D., *La modernización en Colombia: Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2006, p., 69.

⁹¹ CHIRSTIE, Keith H., *Oligarcas, Campesinos y política en Colombia: aspectos de la historia sociopolítica de la frontera antioqueña*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986, p., 11.

⁹² Base de Datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/graficarseries.html> consulta realizada el 10 de mayo de 2014.

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ MELO, Jorge Orlando, “La evolución económica de Colombia, 1830-1900”, en www.jorgeorlandomelo.com PDF, p., 10. Consulta realizada el 12 de mayo de 2014.

venía impulsando un ideario político que propendía por la separación efectiva entre la iglesia y el estado) aún no contaba con una clase media que convirtiera las ciudades en polos de desarrollo. De hecho, el sistema educativo, controlado por la iglesia católica desde 1886, tuvo por principal objeto contrarrestar el influjo liberal que en 1870 le dieran los radiales. Hacia finales del siglo, Colombia carecería en consecuencia de una clase media capaz de emprender las reformas liberales necesarias para llevar al país hacia los tiempos modernos. De ello dan cuenta los métodos de trasporte. El sistema de transporte comercial, tanto como el de pasajeros, apenas había mejorado si se lo compara con el que existía antes de la independencia. Así por ejemplo, con la excepción de Honda, el puerto fluvial que lograba vincular al país con el resto del mundo a través del río Magdalena, “prácticamente a todas las poblaciones del interior se llegaba a caballo, a lomo de mula o a pie”⁹⁵. El ferrocarril era un adelanto apenas soñado por una reducida elite modernizadora y solo el transporte a vapor por el río Magdalena lograba agilizar el movimiento de mercancías a lo largo del territorio colombiano. En síntesis, durante este periodo de la historia nacional, el país se caracterizaba por la carencia de una estructura productiva moderna.⁹⁶

En un país en el que el río Magdalena continuaba siendo su único medio de comunicación con el mundo, la vida cotidiana debió ser apacible, casi inmutable.

En efecto, los colombianos de aquella época vivían su día a día de manera

⁹⁵ HENDERSON, James D., La modernización en Colombia, p., 14.

⁹⁶ TOVAR ZAMBRANO, Bernardo, “La economía colombiana (1886-1922)”, en Nueva Historia de Colombia, t. V, Bogotá, Planeta, 1989, p., 24. pp., 9-50.

pausada y tranquila. Mientras que la misa dominical, el día de mercado y las fiestas religiosas y patrióticas acompañaban la rutina, los momentos cruciales de la vida eran marcados, como hitos, por el bautismo, el matrimonio y el funeral –los tres sin excepción, según los ritos del catolicismo–. En los pueblos tanto como en las ciudades, para una pequeña porción de la población infantil asistir a la escuela se había convertido en una tarea ineludible, por lo menos desde 1870⁹⁷. Una porción menor lograba incluso terminar sus estudios de secundaria y gracias a ellos no eran pocos los que podían enrolarse en las filas de un aparato burocrático cada vez más grande. Pese a que algunos cosmopolitas venían introduciendo nuevos espacios de sociabilidad, siguiendo la moda europea, como los teatros, los clubes y los almacenes, para la gente del común los espacios sociales primordiales continuaban siendo la iglesia y la plaza de mercado. Todas las acciones humanas seguían aún un ritmo lento: las ocupaciones laborales, las actividades de esparcimiento y en fin todas las acciones de la vida cotidiana de la mayoría de los colombianos seguían siendo tradicionalistas.

Bucaramanga, la ciudad natal de la mayoría de los Otero D'Costa, también era hacia 1880 una pequeña villa tradicional. Su población no superaba los 11000 habitantes. El poblado estaba conformado por seis barrios, tres pequeñas plazas y tres vías centrales, entre las cuales la principal era la calle del comercio, una vía

⁹⁷ RAUSCH, Jane M., La educación durante el federalismo. La reforma escolar de 1870, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo/Universidad Pedagógica Nacional, 1993, pp., 169-170.

que desde mediados de siglo venía aglutinado pequeños negocios.⁹⁸ No obstante, gracias a la expansión cafetera que experimentó el país entre 1886 y 1896⁹⁹ –pero principalmente gracias a la que experimentó Rionegro¹⁰⁰– la pequeña villa bumanguesa empezó a transformarse en una ciudad moderna. Este proceso de transformación se hizo evidente, por lo menos, en dos aspectos: primero, en el crecimiento demográfico, pues su población aumentó a más de 20000 habitantes antes de finalizar el siglo¹⁰¹, y segundo, en la apertura de la sociedad hacia la modernización. Así pues, la riqueza generada por el café ayudó a configurar una urbe en la que las redes comerciales modernas, los bancos privados, el desarrollo urbanístico o la introducción de aparatos tecnológicos como el telégrafo, el teléfono y el alumbrado eléctrico adquirirían una importancia cada vez mayor¹⁰². Bucaramanga se ponía de frente, entonces, ante el mundo moderno. En todo caso, no debe creerse que el desarrollo de la ciudad superara con creces el desarrollo del resto del país.

⁹⁸ RUEDA, Néstor José y ÁLVAREZ FUENTES, Jaime, Historia urbana de Bucaramanga, 1900-1930, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2012, pp., 49-51.

⁹⁹ PALACIOS, Marco, El café en Colombia, 1850-1970. Una historia económica, social y política, 4ª ed., México D.F., El Colegio de México, 2009, 107-122. MORA VILLAMIZAR, Óscar, La élite en Bucaramanga en la segunda mitad del siglo XIX, Tesis de grado, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1994, p., 29.

¹⁰⁰ Johnson ha señalado que Rionegro era el centro productor más grande del departamento. Ver: JOHNSON, David C. “Lo que hizo y no hizo el café: Los orígenes regionales de la guerra de los Mil Días” en Humanidades, vol. 20, núm., 1, Bucaramanga, UIS, 1991, p., 80.

¹⁰¹ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro y GONZÁLEZ MONSALVA, Cesar Augusto, Historia de la erección de la parroquia de Bucaramanga y del crecimiento de su población 1778-1923, Tesis de grado, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1993, t., II.

¹⁰² MORA VILLAMIZAR, Óscar. Óp. Cit., p., 29.

Si bien por aquellos días se cultivaba café en algunos sitios de Bucaramanga, su importancia para el comercio regional provenía de su ubicación geográfica. La red de caminos con la que contaba –y que le abría horizontes económicos hacia los cuatro puntos cardinales– le permitió integrar “una red de pueblos” agrícolas y “puertos fluviales”. Esto convirtió a Bucaramanga en un “centro de acopio agrícola y artesanal”: con Rionegro, ubicado al norte, se comercializaba café; con Lebrija, al oeste, además del grano, se mercadeaban sombreros y ganado; con Girón, al sudeste, tabaco, cacao y oro; con Floridablanca y Piedecuesta, al sur, ganado, panela, maíz, arroz, textiles y alfarería; y con Tona, Matanza y Suratá, al este, café, ganado y harina.¹⁰³

Pronto una élite de comerciantes empezó a controlar la producción cafetera y artesanal de los poblados aledaños, convirtiendo a Bucaramanga en “un centro de redistribución mercantil”. Los mismos exportadores de “café y otros productos” “traían de vuelta lo más significativo del comercio de ultramar”: ropa, drogas, conservas, máquinas, herramientas y artículos de lujo y de recreo “hacían parte del muestrario de los almacenes de la ciudad.” La villa adquirió entonces un semblante más urbano. Gracias a las Casas Comerciales nacionales y extranjeras

¹⁰³ RUEDA, Néstor José y ÁLVAREZ FUENTES, Jaime, Historia urbana de Bucaramanga, pp., 33-37.

que se disputaban el mercado y a las asociaciones, clubes y bancos que con el tiempo iban surgiendo, Bucaramanga se transformaba en una urbe moderna.¹⁰⁴

Así era la ciudad en la nació Luis Enrique Otero D'Costa el 26 de enero de 1883¹⁰⁵. Como todos los miembros de su familia paterna, desde su niñez, las actividades cotidianas en el campo y en la ciudad lo vincularían a aquel proceso de transformaciones económicas y sociales, y ya entrado el siglo XX recordaría con agrado aquellos años de juventud, no sin idealizar la vida en el campo. Aunque Enrique nació en Bucaramanga pasó su niñez en la hacienda cafetera *San Pablo*, en Santa Bárbara de Rionegro, a 19 kilómetros de su solar natal.¹⁰⁶ Como la mayoría de las haciendas de la región, *San Pablo*, “el cielo apacible de los campos” bajo el cual “burbujeó” su niñez –según lo expresara Otero en el prólogo a *Montañas de Santander*¹⁰⁷–, funcionaba mediante el sistema de la aparcería, el método de producción cafetera preferido por los hacendados y

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p., 38.

¹⁰⁵ E. de SALDANHA, “Don Enrique Otero D'Costa”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. LII, núm., 603, Bogotá, enero de 1965, p., 5. OTERO De la ESPRIELLA, Alonso, Sin título, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. LII, N° 603, Bogotá, enero de 1965, p, 42.

¹⁰⁶ AGN-CEODC, Rollo 6, caja 13, carpeta, 34, f, 218.

¹⁰⁷ OTERO D'COSTA, Enrique. *Montañas de Santander*, 3a. Ed., Bucaramanga, Alcaldía de Bucaramanga-Instituto Municipal de Cultura-(Sic), 2000, p., 11. Se utilizan los relatos de Otero D'Costa como testimonios de su vida, porque él mismo señaló que aquellos textos constituían los recuerdos de su primera juventud: “Vieja casona montañera a la que nunca, nunca regresé; bosques seculares que me abrigaron bajo sus follajes; pájaros cantores; fuentes que me brindaron su deleite; ribazos bordeados de sauces entre cuyas linfas me zambullía cabe la tarde canicular; silvestres pomos que vertieron para mi sus más dulces mieles... ¡Sol! ¡Oh bello sol de mis sierras nativas, ardiente sol que dorasteis la espiga de mi primera juventud...! ¡Cuán lejos os halláis pero cuán fresco titila vuestro recuerdo sobre el pebetero de mi corazón!” Debe tenerse en cuenta que estos recuerdos no debieron ser del todo inexactos, pues Otero tenía ya 16 años de edad cuando abandonó Rionegro. En todo caso esta información es confrontada con su correspondencia.

comerciantes de esta zona del país¹⁰⁸. La hacienda familiar, además de cafetales, contaba con diversos cultivos de pancoger, algunos ganados¹⁰⁹ y una “vieja casona montañera” de “tejados rojizos y alegre chimenea”¹¹⁰. Estaba a cargo de Pablo, un apacible y sencillo labrador a quien los Otero D’Costa referían siempre a secas por su nombre de pila.¹¹¹

La infancia de Otero se deslizó “tranquila en medio de los campos”, el “cielo perennemente azul” y el “horizonte de verde eterno” que enmarcara la hacienda familiar.¹¹² Según refiriera Otero en su relato *Misa de gallo*, la hacienda estaba situada –posiblemente– “en la cumbre de una serranía” a una legua del pueblo.¹¹³ En ella, don Pedro Elías Otero Gutiérrez y doña Esther D’Costa Gómez, sus progenitores, criaron además a Eugenia, María, Evangelina, Esther, Pedro Elías, Benjamín, Genoveva, Isabel y Carlos. Enrique fue el primer varón y el quinto hijo de este matrimonio. El sustento de la familia lo garantizaban las distintas ocupaciones de don Pedro Elías Otero, quien además de pequeño caficultor¹¹⁴, se

¹⁰⁸ MACHADO C. Absalón, “EL café en Colombia a principios del siglo XX”, en MISAS ARANGO, Gabriel, (Ed.) Desarrollo económico y social en Colombia. Siglo XX, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001, p., 81. (pp., 77-98)

¹⁰⁹ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Pedro Elías Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Bucaramanga, 18 de noviembre de 1906.

¹¹⁰ OTERO D’COSTA, Enrique, “Las abejas de Ñor Pabón”, en OTERO D’COSTA, Enrique, Montañas de Santander, p., 15. (13-19)

¹¹¹ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Pedro Elías Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Bucaramanga, 2 de febrero de 1908.

¹¹² OTERO D’COSTA, Enrique, “La misa de gallo”, en *Ibid.*, p., 27. (27-32)

¹¹³ *Ibid.*

¹¹⁴ Don Pedro Elías exportó 5.484 bultos entre 1892 y 1898, lo que lo ubicaba entre los 28 principales exportadores, con el 1,15% de las exportaciones. Ver: GUERRERO RINCÓN, Amado y AVELLANEDA NIEVES, Maribel, “La elite empresarial de Santander (1880-1912)”, DÁVILA

desempeñaba como abogado e institutor particular en la ciudad de Bucaramanga. A diferencia de don Pedro Elías Otero, la familia paterna de doña Esther se dedicaba especialmente a la exportación de café: don Alfredo D'Costa Gómez, tío por línea materna de Enrique Otero, era uno de los principales exportadores cafeteros de la región.¹¹⁵

Aunque los Otero D'Costa no eran acaudalados, tenían garantizado su sustento y formaban parte, gracias a su patrimonio, de la élite comercial y trabajadora de la región. Las actividades académicas, profesionales y comerciales de don Pedro Elías, les permitió a los Otero D'Costa entablar relaciones con familias importantes de la localidad e incluso del país. Eugenia, la hija mayor de la familia Otero D'Costa , emparentó con el empresario barranquillero Francisco Pineda López, uno de los transportistas y comerciantes más importantes de la Costa Caribe y aquel que le dio a la familia Otero D'Costa la oportunidad de iniciarse en la actividad comercial internacional, así como posesionarse al interior de la élite comercial del país. Aunque no hay datos concretos que permitan describir la manera cómo los Otero D'Costa empezaron a relacionarse con un personaje como Francisco Pineda López, probablemente fue el interés económico particular y la dinámica comercial de la ciudad lo que los llevó a reforzar las relaciones familiares. La compañía de Francisco tenía agencia en la ciudad de

LADRÓN de GUEVARA, Carlos (comp.), Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX, Bogotá, Norma/Uniandes, 2003, p., 157. (141-178)

¹¹⁵ Don Alfredo exportó 12.492 bultos de café entre 1892 y 1898. *Ibíd.*, pp., 157-158.

Bucaramanga¹¹⁶, y es probable que el comercio de café propiciara una relación no solo comercial entre la familia productora y el transportista. Como se sabe, los lazos matrimoniales constituyen una estrategia social destinada a preservar o a aumentar el prestigio social y el poder económico. Es posible, en consecuencia, que el matrimonio entre Eugenia Otero D'Costa y Francisco Pineda López fuera también un pacto comercial tácito del que se beneficiaban tanto la familia caficultora como el empresario transportista. De hecho, don Pedro Elías fue hasta el final de sus días representante legal de la firma comercial de su yerno¹¹⁷, mientras que Enrique y Pedro Elías hijo se encargaron durante un buen tiempo de los aspectos comerciales de la compañía.

El poder económico de la familia llevó a varios de sus miembros a desempeñar puestos políticos de importancia. En 1909 Pedro Elías hijo fue elegido concejal de Rionegro en representación del liberalismo¹¹⁸, partido al que pertenecía toda la familia; y familiares políticos cercanos como Víctor Manuel Ogliastri formaban parte de una élite comercial y financiera que impulsaba proyectos económicos trascendentales, como la creación de la Compañía Colombiana de Mutualidad de Bucaramanga, un trust de empresas conformado por el Banco de la Mutualidad, el Banco Hipotecario, la Compañía Empresaria y la Colombian Mutual Corporation,

¹¹⁶ La Juventud, Bucaramanga, 15 de abril de 1899, p., 22.

¹¹⁷ AGN-CEODC, Rollo 6, caja 12, carpeta, 30, Carta de Pedro Elías Otero a Enrique Otero D'Costa, Bogotá, 21 de diciembre de 1920.

¹¹⁸ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Pedro Elías Otero D'Costa a Enrique Otero D'Costa, Bucaramanga, 5 de diciembre de 1909.

una sociedad de inversionistas que contaba con un capital superior al millón de pesos.¹¹⁹

Enrique Otero D'Costa tuvo pues la fortuna de contar con una familia educada, trabajadora y pujante, vinculada a la producción cafetera de finales de siglo y al comercio cada día más boyante de una ciudad que, como Bucaramanga, empezaba el tránsito hacia una época de modernización durante el siglo XX.

2.2. ENRIQUE OTERO D'Costa INICIA SU AVENTURA INTELECTUAL

Enrique Otero D'Costa creció entonces en el seno de una familia próspera, que dividía sus días entre las comodidades de la ciudad y el trabajo en el campo. Los trabajos de la hacienda, recordaba Otero D'Costa en su autobiografía, le permitieron “formar su carácter”, así como el hogar citadino, gracias a la educación de su padre, adquirir las primeras letras.¹²⁰ Don Pedro Elías era además un hombre de aficiones literarias. Le interesaban sobremanera las ciencias, los idiomas y las humanidades, actividades en las que inició especialmente a sus hijos varones, pues como Enrique, Pedro Elías hijo y Benjamín también cultivaron las

¹¹⁹ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Víctor Manuel Ogliastri a Enrique Otero D'Costa, Bucaramanga, 19 de noviembre de 1920. AGN- CEODC, Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Víctor Manuel Ogliastri a Enrique Otero D'Costa, Bogotá, 22 de diciembre de 1920. Víctor Manuel Ogliastri Figueroa, descendiente de comerciantes italianos fue uno de los empresarios bumanguenses más importantes de esta época y de principios del siglo XX. Además de fundar la Compañía Colombiana de la Mutualidad, siguiendo el mutualismo económico de Proudhon, estuvo encargado de distintas empresas santandereanas, como la de teléfonos, la de acueducto y la sociedad de mejoras públicas. Ver: SEVILLA TORRES, Diana Carolina, Utopía y realidad: la Mutualidad en Bucaramanga, Tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011, p., 44.

¹²⁰ AGN-CEODC, Rollo 6, caja 13, carpeta, 34, f, 218.

letras. Ambos escribieron y publicaron algunos textos y poemas en revistas locales: Pedro Elías hijo bajo el seudónimo de *Santander B. Ocio*¹²¹ y Benjamín bajo el de *Claudio Fierro*¹²². Ninguno alcanzó, sin embargo, la notoriedad de Enrique, pese a que solo ellos tuvieron la oportunidad de adelantar estudios universitarios: Pedro Elías en el campo del derecho y Benjamín en el de la medicina. Al culminar su carrera Pedro Elías hijo estableció una firma de abogados en la ciudad de Barranquilla –la firma Mendoza Amaris & Otero D’Costa¹²³–; mientras que Benjamín se dedicó a la práctica médica en la ciudad de Bogotá.

“Salvo las lecciones de primera enseñanza que recibió de su progenitor y de los dos años de latinidad* que cursó en San Pedro Claver”, Enrique Otero D’Costa “no tuvo otros estudios formales”.¹²⁴ El acontecimiento que obstaculizó la culminación de su formación secundaria fue la Guerra de los Mil Días, conflicto que perjudicó

¹²¹ Pedro Elías Otero D’Costa publicó en 1896 *La Ismaelada*, un ditirambo en el que alababa al poeta santandereano Ismael Enrique Arciniegas, inspirado en la semblanza biográfica publicada en *El cojo ilustrado*, uno de los periódicos literarios caraqueños más importantes de Hispanoamérica de finales del siglo XIX y principios del XX. Ver: SANTANDER B. OCIO, *La Ismaelada*, Bogotá, Imprenta del comercio, 1897. LAMEDA, León, “Don Ismael Henrique Arciniegas”, en *El cojo ilustrado*, Caracas, 1 de octubre de 1896, p., 730.

¹²² OTERO MUÑOZ, Gustavo, “Seudónimos de escritores colombianos”, en *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, t. XIII, No. 1,2 y 3, p. 116 y 129. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/13/TH_13_123_120_0.pdf Consulta realizada 12 de febrero de 2015.

¹²³ AGN-CEODC, Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Pedro Elías Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Bogotá, 18 de julio de 1928.

* Es decir, de secundaria.

¹²⁴ AGN-CEODC, Rollo 6, caja 13, carpeta, 34, f, 218. En una carta a su padre de finales de 1909 Otero dice: “Mis intenciones con Charles no han variado, y no pierdo la esperanza de que podré cumplirlas; me apenaría que los dos últimos [vástagos de la familia Otero D’Costa] se quedaran sin terminar estudios, como nos quedamos los dos primeros.” AGN-CEODC, Rollo 6, Caja 12, Carpeta 30. Carta de Enrique Otero D’Costa a Pedro Elías Otero, S. C., S. F. se trata de una carta escrita probablemente entre diciembre de 1909 y febrero de 1910.

enormemente al departamento de Santander.¹²⁵ No obstante, gracias a su perseverancia y disciplina, Otero siempre pudo ponerse al corriente en todas las materias que le interesaban y exigían estudio: contabilidad, leyes, idiomas, literatura o historia. De las lecciones de su padre le quedaban, además, el conocimiento del inglés –idioma que don Pedro Elías dominaba con solvencia– y las puertas abiertas a la tradición cultural occidental a través de obras importantes como las de Platón, Aristóteles, Zoroastro, Georges Edward Moore, Dante o Shakespeare, entre otros.¹²⁶

El abandono de la educación formal no constituiría para Enrique Otero D’Costa el fin de su actividad intelectual. Pensaba que el estudio era “el mayor alimento del cerebro humano y el factor principal de la inteligencia del hombre” y apreciaba, en consecuencia, todos los saberes. Del estudio de la historia creía, por ejemplo, que “a la par de fiel y verdadero” era “ameno, divertido e instructivo”¹²⁷. Sus inquietudes literarias eran de alto aliento y desde joven lo impulsaron a emprender tareas significativas. Atraído e influenciado por un periódico literario local denominado *Ecos de Soto*, dirigido principalmente a jóvenes como él, a los 16 años de edad y tras duras batallas de orden económico creó, en 1899, un periódico al que bautizó *La Juventud*¹²⁸. Su principal colaborador fue Evaristo Puyana, un empresario destacado de la región, a quien además del comercio y los

¹²⁵ E. de SALDANHA, Óp. Cit., p., 6.

¹²⁶ AGN-CEODC, Rollo 6, Caja 12, Carpeta 30. Carta de Pedro Elías Otero a Enrique Otero D’Costa, Bogotá, 21 de diciembre de 1909.

¹²⁷ *La Juventud*, Bucaramanga, 15 de abril de 1899, p., 17.

¹²⁸ *La Juventud*, Bucaramanga, 18 de marzo de 1899, p., 1.

negocios financieros¹²⁹ le atraían el periodismo y la publicidad. Como se trataba de una idea suya, Otero estaba a cargo del contenido del semanario, mientras que Evaristo Puyana ejercía tareas administrativas.

De *La Juventud* solo aparecieron nueve números, entre el 18 de mayo y el 15 de julio de 1899. Se trataba de un “semanario literario y de variedades” que publicaba, además de poemas y narraciones, curiosidades regionales y anuncios mercantiles. La idea central de Otero era “poner á las órdenes de (...) [la] inteligente juventud [santandereana] un órgano en el cual [vieran] la luz sus [propias] producciones”.¹³⁰ Aunque todo el público estaba llamado a enviar textos, solo se publicaban los artículos que aprobaba la “Junta Censora”, de manera que la calidad de los textos quedara asegurada. Para sentar la pauta, bajo los seudónimos de Arnaldo del Campo, Adalberto y Fray Zapote, Enrique Otero publicó dos relatos y nueve rimas, además de los nueve textos editoriales, las noticias locales y los anuncios comerciales. Como nota importante, cabe indicar que en el segundo número del semanario Otero publicó su primer texto de contenido histórico. El escrito se titulaba *La sorpresa*¹³¹ y si bien no era un trabajo histórico en estricta forma, hacía una exposición detallada de las causas por las cuales se rebeló José Antonio Galán –el comunero– y no dudaba en celebrar y

¹²⁹ Evaristo Puyana formaba parte del primer contingente de accionistas del Banco Santander, junto a los habitantes pudientes del departamento. Ver: GUERRERO RINCÓN, Amado y AVELLANEDA NIEVES, Maribel, “La élite empresarial de Santander (1880-1912)”, p., 164.

¹³⁰ *La Juventud*, Bucaramanga, 18 de marzo de 1899, p., 1.

¹³¹ *La Juventud*, Bucaramanga, 1 de abril de 1899, p., 9.

poner de ejemplo la acción rebelde que lo convirtiera en héroe de la patria colombiana.

El periódico *La juventud* fue una aventura intelectual y económica importante en la vida de Enrique Otero D'Costa. Lo fue tanto por el esfuerzo que en él debió invertir como por los beneficios obtenidos. Según se ha mostrado, en el semanario Otero se encargaba, además de los editoriales, de revisar los textos que remitían los jóvenes escritores de la región, así como de las noticias y los anuncios publicitarios. Si se tiene en cuenta, también, que la correspondencia del periódico era amplia –se respondían entre tres y seis cartas por semana– y que en él se publicaban dos páginas de anuncios comerciales puede deducirse que la actividad editorial y creativa de Otero era constante. Pero el esfuerzo le traería beneficios: como empresa económica, el periódico le permitió a Otero entrenarse en la lid comercial y junto a un representante distinguido del empresariado santandereano, como Evaristo Puyana. El semanario se enviaba a distintos puntos del departamento, aunque en cantidades mínimas¹³², y ya con el cuarto número era autofinanciable. Como empresa intelectual *La Juventud* también fue un logro, pues el semanario le ofrecía a Otero un espacio académico no solo para publicar su voz a través de versos y relatos, sino para formar criterio intelectual, ya que estaba a cargo de la redacción. Sin duda, este entrenamiento le fue útil para afrontar y

¹³² *La Juventud*, Bucaramanga, 17 de junio de 1899, p., 50. A algunos municipios cercanos a Bucaramanga se enviaba entre 10 y treinta ejemplares por número.

sacar avante las demás empresas editoriales de las que se encargaría a lo largo de su vida, pero ya en el campo de la historia.

Otero asegura en su autobiografía que en el semanario “dio rienda suelta a las ideas” que terminaron por empujarlo a la guerra.¹³³ Sin embargo, en los números analizados –los únicos encontrados en los archivos nacionales– no se observan alusiones políticas. Como en todos los periódicos de la época, atendiendo a las normas legales, también en *La Juventud* se publicó por entregas la Ley 51 de 1898, ley mediante la cual se atenuaba la censura impuesta en el país desde 1888 a través de la ley 61¹³⁴. No se trataba, por ende, de un semanario subversivo. Y las ideas de las que habla tal vez fueron adquiridas en sus conversaciones con Evaristo Puyana y otros comerciantes y caficultores que, como él y su familia, estaban viendo disminuidos sus ingresos debida a las leyes arancelarias de los gobiernos regeneracionistas de finales del siglo.

En todo caso, es claro que con *La Juventud*, Enrique Otero D’Costa da inicio a una aventura intelectual que jamás dejaría de ocupar el centro de su actividad vital, y pese a que más adelante, amigos y familiares consideraran contradictorio que un hombre de negocios invirtiera tanto esfuerzo y empeño en mantener vivas sus

¹³³ E. de SALDANHA, Óp. Cit., p., 5.

¹³⁴ La “Ley 61 del 25 de mayo de 1888, denominada por Fidel Cano como Ley de los Caballos (...) reconoció al Presidente facultades extraordinarias para regular lo relativo a la libertad de prensa; se puede afirmar, por tanto, que mediante esta normatividad se apuntaba a criminalizar y acallar cualquier intento de oposición al Gobierno.” Ver: MAYA, María José, “Discordia, reforma constitucional y Excepción de Inconstitucionalidad”, Revista de estudios sociales, No., 42, Bogotá, 2012, p., 122. (118-128)

aficiones literarias, él nunca dejó de aprovechar los espacios que le dejaban los negocios para trabajar en algún proyecto intelectual. Para sus familiares, hablar sobre sus creaciones literarias e historiográficas se convertiría en pan de todos los días. Su hermano Pedro Elías, por ejemplo, leería su producción con interés y no dejaría de señalarle incluso el defecto menos notorio, pese a que lo consideraba un buen escritor.¹³⁵

2.3. ENRIQUE OTERO D’COSTA Y LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS

De los avatares de Enrique Otero D’Costa en sus ciudad natal y de su ingreso a la Guerra de los Mil Días hay escasa información. Sobre su vida juvenil se ha podido establecer que entre sus mejores amigos se encontraban los señores Rafael García Burban y Fernando García, personas con quienes además de tratar temas literarios y políticos –evitando por pedido suyo las críticas a los gobiernos¹³⁶– departía con alegría en sus momentos de ocio. Ambos recuerdan que en su juventud Otero era afecto a las fiestas. Solían llamarlo el “inventor de las

¹³⁵ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Pedro Elías Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Bucaramanga, 18 de noviembre de 1906. Con ocasión del cuento El compadre de Mundonuevo, en el que Otero describe un león destacando de él sus “grandes ojos”, Pedro Elías le señaló que era un error describir aquel animal en esos términos ya que “el león como todos los felinos y otros muchos carnívoros, de instintos sanguinarios, de taimada, de refinada astucia, tienen ojos pequeños y redondos.”

¹³⁶ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 10 de octubre de 1908. En Bucaramanga el círculo de amigos y amigas de Otero D’Costa estaba conformado por jóvenes bachilleres: las señoritas Ana y Rosario, dos de sus amigas cercanas eran maestras de escuela. AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 15 de julio de 1908.

serenatas a la luz de la luna”.¹³⁷ Su amigo Fernando lo llamó en una ocasión: “el invicto serenatero que jamás temió inviernos, ni tempestades aunque fueran a oscuras.”¹³⁸ Otero era también asiduo participante de las tertulias literarias. Hacia el mes de abril de 1899, invitado por su presidente y demás socios, empezó a asistir a la tertulia *Biblioteca Santander*, una sociedad creada por jóvenes educados y defensores entusiastas de la memoria del General Francisco de Paula Santander.¹³⁹ También perteneció al Club Industrial Colombiano.¹⁴⁰

Los únicos testimonios sobre su experiencia en la Guerra de los Mil Días se encuentran en los relatos publicados en *Dianas Tristes*, su primera producción literaria de largo aliento, y en *Montañas de Santander*, una de sus últimas producciones literarias. Según lo reconociera el propio Otero D’Costa en su pequeño texto autobiográfico, “tentado por sus ideales y por el belicismo de la época, tomó armas al lado de los revolucionarios”, es decir, de los liberales. Comenzó como soldado raso, pero pronto ascendió a teniente de caballería, y sin duda sus habilidades en el campo de las letras y los números lo convirtieron en

¹³⁷ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 21 de junio de 1907.

¹³⁸ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 15 de julio de 1908. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 5 de julio de 1909.

¹³⁹ La Juventud, Bucaramanga, 15 de abril de 1899, p., 21.

¹⁴⁰ La Juventud, Bucaramanga, 17 de junio de 1899, p., 53.

edecán del General Benjamín Herrera, jefe del ejército del Norte. Combatió en nueve batallas y en varios encuentros guerrilleros.¹⁴¹

Aunque no de manera explícita, los detalles de este tramo de su vida, pero sobre todo sus impresiones del conflicto, han quedado referidos en sus 23 relatos de la Guerra de los Mil Días¹⁴². Tal como lo hicieron otros sobrevivientes de la conflagración, Enrique Otero D'Costa también quiso relatar su experiencia. Como *Dianas tristes*, finalizados los enfrentamientos, varias producciones literarias alcanzaron la imprenta: cuentos, memorias, relatos, poesías, anécdotas, crónicas, novelas e historias empezaron a circular por todo el país. En Antioquia la revista *Cascabel* abrió un concurso de cuento centrado en el regreso del recluta a su hogar¹⁴³. Hacia 1901 los organizadores del evento publicaron los diez mejores relatos en un libro antológico titulado *El recluta*. En 1902 José María Vargas Vila publicó en Europa su novela *Los parias*. En noviembre de 1904, la revista *Lectura y Arte* de la ciudad de Medellín empezó a publicar por entregas la novela *A flor de tierra*, de Saturnino Restrepo. Lo mismo hizo hacia 1906 la revista *Alpha* (también

¹⁴¹ E. de SALDANHA, Óp. Cit., p., 5.

¹⁴² Gonzalo España señal, con respecto al uso memorialista que podría hacerse de estos relatos lo siguiente: "Es casi seguro que muchos recuerdos sepultados en el olvido por el retronar de los cañones y el impacto aturdidor de las descargas volvían a él de tarde en tarde, y entonces tomaba la pluma y escribía." ESPAÑA, Gonzalo, Una versión menos detallada de esta aproximación a *Dianas tristes* y *Montañas de Santander* fue presentada en el I Congreso de Historia y Literatura de Barranquilla en ACEVEDO TARAZONA, Álvaro y MALTE ARÉVALO, Rolando Humberto, "La vida en tiempos de guerra: los relatos de Enrique Otero D'Costa sobre la Guerra de los Mil Días", en ELÍAS-CARO, Jorge y MACÍAS RAMOS, Margarita (eds.), *La historia en la literatura y la literatura en la historia Latinoamericana y Caribeña. Memorias Congreso Internacional de Historia y Literatura*, Barranquilla, 23-25 de octubre, 2014, pp., 12-27.

¹⁴³ ESPAÑA, Gonzalo, "Pequeño mapa de la Guerra de los Mil Días", en ESCOBAR MESA, Augusto y otros (Eds.), *Narrativa de las guerras civiles colombianas: La Guerra de los Mil Días*, vol. 3, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2005, p., 55. (pp., 11-57)

de Medellín) con *Nobleza Obliga*, una novela corta de José A. Gaviria¹⁴⁴ y en 1907 Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot publicaron en Bogotá *Pax*, la novela más importante que sobre este tema se escribiera en la época, según lo refiere Eduardo Santa¹⁴⁵.

Los jefes militares de uno y otro partido, pero principalmente los del bando liberal¹⁴⁶, también se aventuraron en el campo de la escritura. En sus *memorias*, además de explicar las causas de la guerra, analizaban las repercusiones históricas de la misma; describían aquellos combates que a su juicio eran memorables; ensalzaban la memoria de los caídos en combate o saldaban cuentas con sus enemigos.¹⁴⁷ Nada o muy poco decían, sin embargo, de aspectos tan cruciales como la vida militar o los horrores de la muerte. Pese a que la Guerra tuvo momentos sangrientos y demenciales, parece que ninguno de los memorialistas quiso recordar, al respecto, detalle alguno.¹⁴⁸

¹⁴⁴ NARANJO M. Jorge Alberto, *Antología del temprano relato antioqueño*, Medellín, s.e., 1995, Disponible en: <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/12/lit-atra-jan.pdf> Consulta realizada el 30 de mayo de 2014.

¹⁴⁵ SANTA, Eduardo, “Consideraciones en torno a la novel «Pax»”, en *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, t., XLV, No. 2, 1990, p., 441. (pp., 441-465) Disponible en: http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/45/TH_45_002_137_0.pdf Consulta realizada el 14 de febrero de 2015.

¹⁴⁶ Entre los memorialistas cabe destacar a Joaquín Tamayo, Lucas Caballero, Henríque Arboleda, Eduardo Rodríguez, Víctor Salazar, Pedro Franco, Manuel Pineda y Sabas Socarras. Con la excepción de Víctor Salazar todos estaban adscritos al partido liberal.

¹⁴⁷ PÉREZ MUTIS, Adolfo, “Notas historiográficas e interpretativas sobre los estudios de las guerras civiles en Colombia: el caso de la guerra de los mil días, 1899 – 1902”, en *Revista Divergencia*, No. 2, año 1, julio-diciembre de 2012, p., 170. (169-177)

¹⁴⁸ DEAS, Malcolm, “La memorias de los generales. Apuntes para una historiografía de la guerra”, en SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario (Eds.), *Memoria de un país en guerra: los mil días:*

Las narraciones de Otero D'Costa, por el contrario, además de relatar las vivencias de quien fue de la guerra un testigo ocular, transmiten a través del lenguaje literario la brutalidad del conflicto. Si bien los hechos narrados son ficcionales, las fechas y los lugares señalados se corresponden con la verdad histórica, elemento que permite trazar por lo menos el itinerario de su autor a lo largo de la guerra. Como se verá, las fechas y los lugares son utilizados por Otero para establecer las coordenadas espacio-temporales de las acciones humanas que relata y sirven por ende para reconstruir su participación en la misma.

La guerra comenzó el 17 de octubre de 1899 en Pinchote, un poblado cercano al Socorro. Diversos hechos actuaron como detonantes del conflicto¹⁴⁹. Tal como había sucedido en las demás guerras civiles del siglo XIX, la Guerra de los Mil Días también tenía su sustrato principal en el faccionalismo de la élite colombiana, en la exclusión política como práctica predominante de gobierno y en el

1899-1902, Bogotá, Planeta/IEPRI/UNIJUS/Universidad Nacional de Colombia, 2001, p., 135. (pp., 125-141)

¹⁴⁹ Existen varias teorías sobre el origen de la guerra: Para Bergquist este conflicto fue el resultado del choque de intereses económicos divergentes entre las élites nacionales. Por un lado estaban quienes defendían la economía de exportación –principalmente de café– y por otro quienes preferían la producción agrícola interna y tradicional. Ver: BERGQUIST, Charles, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, Medellín, FAES, 1981, p., 9. Otros analistas indican que debe tenerse en cuenta como causa de la guerra la pugna entre un sector político interesado en crear un estado central y otro preocupado en mantener su posición oligárquica en materia comercial. Ver: SAFFORD, Frank, *Aspectos polémicos de la Historia Colombiana del siglo XIX*, Bogotá, Siglo del Hombre, 1983, p., 80. Citado por JOHNSON, David C. *Óp. Cit.*, p., 78. Johnson, por su parte, asegura que las causas deben buscarse en las “alianzas políticas”, los “vínculos familiares”, la “orientación religiosa” y la “visión del mundo” de quienes se trenzaron en la lucha por el poder, pues no existen pruebas concretas documentadas de que liberales y conservadores defendieran intereses económicos particulares, porque tanto unos como otros estaban vinculados al mismo tipo de economía agrícola, exportadora y comercial, es decir, que habían en la misma magnitud liberales o conservadores dedicados a la exportación de café o al comercio así como a la producción agrícola tradicional. Ver: JOHNSON, David C. *Óp. Cit.*, p., 86.

regionalismo característico del país. No obstante, este conflicto contó con “factores agravantes” que hicieron de la guerra la peor conflagración del siglo.¹⁵⁰ El factor más importante se relacionaba con la economía del café. La súbita caída del precio del café en el mercado internacional, en 1899, hizo imposible mantener la productividad en las haciendas cafeteras, ya que la consecuente reducción de los ingresos hacía impagables los jornales, los costos de transporte y las deudas financieras particulares. Como consecuencia, con la quiebra de las haciendas la población campesina que estas empleaban quedó sumamente afectada. Los hacendados liberales no dudaron en culpar de la mala situación económica al gobierno regeneracionista y pusieron en su contra a la población campesina. El segundo factor tenía que ver con las estrategias que desde el gobierno de Miguel Antonio Caro empleaban los nacionalistas para excluir políticamente a la oposición, como “el recorte de las libertades civiles” –principalmente de la libertad de prensa–, la “anulación de la oposición en todas las esferas de la vida pública, el fraude electoral, la arbitrariedad en el manejo de las cargas fiscales y el control represivo del orden social”.¹⁵¹ Estos hechos –señaló Lucas Caballero, un combatiente del bando liberal– justificaron el levantamiento revolucionario.¹⁵²

¹⁵⁰ Se sigue aquí la versión de Henderson, por ser más comprensiva. Ver: HENDERSON, James D., *La modernización en Colombia*, pp., 54-67.

¹⁵¹ SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario, “Introducción”, en SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario (eds.), *Memorias de un país en guerra. los Mil Días: 1899-1902*, Bogotá, Planeta, 2001, p., 20.

¹⁵² CABALLERO, Lucas, *Memoria de la guerra de los Mil Días*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura/ABC, 1980, pp., 12-37. Citado en *Ibíd.*

La guerra tuvo 32 batallas, las cuales se desarrollaron en distintos lugares del país: Santander, Cundinamarca, Boyacá, Tolima y Cauca. Otero D'Costa participó en nueve de ellas, según lo señaló en su relato autobiográfico. En sus relatos, sin embargo, solo se cuentan los sucesos de cuatro batallas importantes: Piedecuesta, Bucaramanga, Capitancitos y Palonegro. Es posible que no hubiera estado en los primeros enfrentamientos del Socorro, y que su primera experiencia de la guerra la tuviera en Piedecuesta el 28 de octubre de 1899. Aquel día, un batallón del ejército nacional comandado por el general Juan B. Tobar que se dirigían al norte se detuvo a acampar en Piedecuesta. Al percatarse, el general, de la presencia de tropas liberales en la zona, y después de estudiar la situación y cerciorarse de que sus hombres estaban mejor apertrechados que el enemigo, ordenó emboscar a los liberales. Su estrategia consistió en guiarlos hasta el puente de la entrada sur del pueblo, haciéndoles creer que huían, y cuando los tuvo en su mira les abrió fuego. En medio de la confusión los liberales emprendieron la fuga, pero dejaban atrás más de un centenar de muertos y decenas de cautivos.¹⁵³ Otero recordó aquel episodio en el relato *El alférez Acosta*. Estaba a las órdenes del general Juan Francisco Gómez Pinzón¹⁵⁴, comandante del Batallón 30 de Boyacá¹⁵⁵. En efecto, el ejército nacional estaba mejor armado: “Nosotros –escribió Otero– nos defendíamos a medias,

¹⁵³ DE LA PEDRAJA TOMÁN, René, *Wars of Latin America, 1899-1941*, Jefferson - North Carolina, McFarland, 2006, p., 10.

¹⁵⁴ OTERO D'COSTA, Enrique, *Relatos de la Guerra de los Mil Días*, Bogotá, Panamericana, 2001, p., 32. Ver el relato *El alférez Acosta*.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p., 40. Ver el relato ¡Hurra!

devolviendo un disparo por cada diez de los contrarios, nuestra dotación de municiones era muy escasa y había que economizarlas lo más posible.”¹⁵⁶ El ataque recibido fue por consiguiente feroz: “El combate se arreciaba con un crescendo espantoso –escribiría en este mismo relato–; las balas silbaban lúgubrementemente y se estrellaban contra la trinchera produciendo un ruido seco a modo de latigazo. De vez en cuando... ¡uno menos! Pronto, una verdadera tempestad de plomo se desató furiosa sobre nuestras posiciones.”¹⁵⁷

Tras la batalla de Piedecuesta el ejército nacionalista se dirigió a Bucaramanga. Los liberales recuperaron su confianza y se sintieron capaces de tomar Bucaramanga¹⁵⁸. El ejército estaba comandado por los generales Juan Francisco Gómez Pinzón y Rafael Uribe Uribe. Contaba con 3.000 hombres y con arrojo emprendieron un ataque furioso pero desordenado contra el enemigo que los aguardaba en la capital santandereana. La incursión se llevó a cabo los días 12 y 13 de noviembre de 1899. Trajo “grandes sacrificios en vidas humanas” al ejército rebelde. Las pérdidas se calcularon en 1.000 muertos y 500 heridos.¹⁵⁹ Las imágenes de aquella batalla las plasmó Otero en *Memento*, el tercer relato de *Dianas tristes*:

¡Cómo recuerdo los dos terribles días de la batalla de Bucaramanga!

¹⁵⁶ *Ibíd.*, p., 29.

¹⁵⁷ *Ibíd.*, p., 30.

¹⁵⁸ DE LA PEDRAJA TOMÁN, René, *Wars of Latin America*, p., 11.

¹⁵⁹ RICORD, Humberto E., *Panamá en la Guerra de los Mil Días*, Panamá, Edición del autor/Instituto Nacional de Cultura, 1989, p., 46.

Fue en noviembre, el mes de los días tristes y de los cielos cenicientos.
El mes de los fieles difuntos.

El pueblo en que vivo queda cerca del lugar del combate y en él se estableció un hospital de sangre*. Al medio día empezaron a pasar los heridos: por debajo de mi ventana vi pasar los rostros pálidos y las camillas ensangrentadas...¹⁶⁰

Un mes después se dio la batalla de Peralonso, un río próximo a la ciudad de Cúcuta y gracias a la cual los liberales pudieron ganar terreno. Siguiendo las pistas de sus relatos, es probable que Otero solo haya conocido algunos incidentes de esta confrontación a través de testimonio ajenos, ya que la batalla no la aborda en ninguno de sus textos pese a haber sido una batalla importante para el bando liberal.

No sucedió lo mismo con la batalla de Palonegro; la batalla más cruenta de la guerra y en la que seguro intervino, pues apelando a la primera persona narra en *El Alto de la Cruz* la manera en que sufrió el bando liberal aquella confrontación:

Y nuestra ya reducida banda replicaba alegres dianas al pie de los artilleros; los cornetas lanzaban con fuerza las agudas notas; los tambores ejecutábamos el “Parche y Aro” ruidosamente; en nuestro alrededor las bombas rebotaban, estallando en pedazos, destrozando piernas y cráneos. Y en medio de toda esta tempestad de estruendos,

* Un hospital improvisado para la atención de los heridos en combate.

¹⁶⁰ OTERO D’COSTA, Enrique, *Relatos de la Guerra de los Mil Días*, p., 33.

por sobre el ruido ensordecedor de la fusilería, se oía, de tiempo en tiempo, el rugido bajo-profundo del cañón, contrastando con el grito epiléptico de las cornetas, que tocaban sin cesar el “paso de carga”.

Los heridos gritaban pidiendo socorro; los moribundos se revolcaban por el suelo, en los últimos estertores de la agonía. ¡Oh, qué cuadro aquel!

El enemigo nos duplicó la batería contraria y arreció sus fuegos; las explosivas caían ya a cortos intervalos; pronto estuvieron fuera de combate casi todos nuestros artilleros. ¿Qué murió un soldado? ¡Pues venga otro a reemplazarlo! ¿Qué están desmayando los ánimos? ¡Pues vengan las dianas! Y “¡Firmes, cachiri!” ¡Otro menos! ¿Qué? ¡No importa! Y el fuego continuaba más vivo, y las cornetas ahuchaban a los soldados con sus gritos de combate. ¡Oh! ¡Qué larga fue aquella horrible carnicería!¹⁶¹

La batalla fue “librada entre el 11 y el 26 de mayo” de 1900, “literalmente de día y de noche.”¹⁶² Lucas Caballero la describió en sus memorias como un enfrentamiento “descomunal” e “inaudito”: “Las vidas las derrochaban los combatientes sin cuidarse del instinto –escribió–. Era increíble que los nervios de los nuestros resistieran quince días de combatir de día y de noche, sin relevos, casi sin alimentación, y sin sueño.” Y coincide con Otero al indicar que el batallón de artillería liberal “pereció casi totalmente” en los enfrentamientos.¹⁶³ El estado de

¹⁶¹ *Ibíd.*, p., 44-45. Ver relato El Alto de la Cruz.

¹⁶² RICORD, Humberto E., Panamá en la Guerra de los Mil Días, p., 51.

¹⁶³ CABALLERO, Lucas, Memorias de la Guerra de los Mil Días, Bucaramanga, Fundación Libro Total/Sic, s.a., p., 107. Disponible en:

humillación de los soldados liberales también es recordado por Otero en el relato titulado *¡Cobarde!*, texto dedicado especialmente a esta batalla. Escuchémoslo: “Daba lástima ver aquellos héroes, desfallecidos de hambre, la ropa hecha girones y cubierta de barro y la fisonomía pálida y desencajada”. Dice también Lucas caballero que el ejército nacional contaba con 18 mil soldados, mientras que en las filas rebeldes habían tan solo 8 mil. Otero, si bien no indica estas cantidades exactas, señala que la diferencia numérica entre nacionalistas y liberales era de dos a uno, al decir en el relato *El Alto de la Cruz* que en Palonegro se enfrentaron “dos piezas de a cuatro”¹⁶⁴, por el lado de los nacionalistas, contra una, por el lado de los liberales, es decir, cerca de 500 artilleros contra 250.

En los relatos se mencionan también confrontaciones y escaramuzas como la del cerro Capitancitos, en inmediaciones de Zapatoca. Otero afirmó que la “refriega de Capitancitos” fue la “tumba de aquello que se llamó ‘El Ejército Grande’”¹⁶⁵, una “paliza” proporcionada por el “general Pinzón” a los rebeldes “el día diez de agosto de nuestro año de desgracia de mil novecientos”¹⁶⁶. Lucas Caballero corrobora este aserto al recordarnos que por aquellos días un grupo de generales, entre los que se encontraban Vargas Santos, Soto, Herrera, Celso Rodríguez y Benito Hernández con “todos sus ayudantes” –y seguramente Enrique Otero D’Costa,

http://www.llibrototal.com/ltotal/?t=1&d=6091_5900_1_1_6091 Consulta realizada el 1 de julio de 2015.

¹⁶⁴ OTERO D’COSTA, Enrique, *Relatos de la Guerra de los Mil Días*, p., 43. Una batería de dos piezas de a cuatro equivale a dos compañías, es decir cerca de 500 personas.

¹⁶⁵ *Ibíd.*, p., 91. Ver relato *¡Vete!*

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p., 117. Ver relato *Galalon*.

quien era edecán del General Herrera– habían acampado en el cerro Capitancitos y que fueron atacados por el ejército nacional hasta ser diezmados.¹⁶⁷

Como se puede observar, Enrique Otero D'Costa participó pues en este sangriento conflicto armado ocurrido entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Aunque no se tienen datos precisos que corroboren su intervención en las nueve batallas que señala en su relato autobiográfico, hay evidencias de su actuación en las batallas de Piedecuesta, Bucaramanga, Capitancitos y Palonegro, ya que las utilizó como marco contextual para distintos relatos sobre la guerra y porque ofrece datos aproximados o representativos sobre algunos detalles del desarrollo de los enfrentamientos, como la fecha y el lugar, el número de soldados y armas y el resultado de los conflictos. De los trece relatos que componen *Dianas tristes* once mencionan lugares y fechas reales de batallas importantes. La batalla de Piedecuesta es presentada en *El Alférez Acosta* y en *¡Viene!*; la batalla de Bucaramanga es relatada en *Memento, ¡Hurra!* y también en *¡Viene!*; la batalla de Palonegro, en los relatos *El Alto de la Cruz, ¡Cobarde!*, *El tío Clímaco* y *Agonía sangrienta*; por su parte los relatos *Pro causa* y *Muerte azul* refieren encuentros pequeños en sitios de la geografía local del territorio santandereano y que por eso no han pasado a la historia de la guerra, pero que seguramente se presentaron. De los diez relatos que componen *Montañas de Santander*, cuatro mencionan batallas importantes como la de Palonegro y la de

¹⁶⁷ CABALLERO, Lucas, *Memorias de la Guerra*, p., 138-148.

Capitancitos. La primera es nombrada en *La muerte de Juan Manuel* y la última en *¡Vete...!*, *Galalon* y *Bandera roja*.

En conclusión, 16 de los 23 relatos que conforman esta parte de la obra de Enrique Otero D'Costa, tienen como telón de fondo una batalla histórica de la Guerra de los Mil Días. Los otros siete relatos si bien no mencionan lugares y fechas reales, incluyen personajes históricos con los cuales también se logra configurar ese contexto que enmarca los hechos narrados. Personajes como Benjamín Herrera, Vargas Santos, Soto, Uribe Uribe o Max Grillo son caracterizados en algunos relatos, tal como sucede en *El tío Clímaco*:

Mira, añadió mi padre, aquel militar de lengua barba es Herrera, el león que acaudilla los guerreros del norte. Él es la estrella que guía la insurrección. Aquel venerable viejo que parece un patriarca, es Vargas Santos; fíjate bien en Uribe, ahí viene, monta una enorme mula parda, a su lado cabalga el poeta Grillo, el que escribe ahora versos con la punta de la lanza de Marte; ahí va Soto, la reliquia sagrada, el Catón colombiano. Ese otro de anchas espaldas y tez bronceada, es Soler Martínez, mira cuán largo es el machete que pende de su cinto.¹⁶⁸

En suma, la fuerza descriptiva de los relatos, tanto como los hechos narrados, revelan que Otero D'Costa participó y fue testigo directo de una guerra que él mismo consideró fratricida, y que llevaría a liberales y conservadores a buscar

¹⁶⁸ OTERO D'COSTA, Enrique, *Relatos de la Guerra de los Mil Días*, p., 58. Ver relato *El tío Clímaco*

estrategias políticas que propiciaran la configuración de un horizonte nacional común, tarea en la que él mismo participaría al unirse a la Academia Colombiana de Historia a partir de 1917.

2.4. ENRIQUE OTERO D’COSTA: UN MONJE DEL CONVENTO COMERCIAL

La Guerra de los Mil Días llegó a su fin el 24 de octubre de 1902. La paz fue pactada en la hacienda *Neerlandia*, en el departamento del Magdalena y ratificada a bordo del acorazado norteamericano *Wisconsin*, el 21 de noviembre de aquel mismo año. Los estimativos indican que el conflicto dejó 80.000 muertos, sobre una población de poco más de 4’000.000 de habitantes¹⁶⁹, y que sus efectos económicos fueron dramáticos en algunas regiones del país. Santander fue sin duda el territorio más afectado. Según lo demuestra Johnson, el “sistema de transporte colapsó dado que no pudo proporcionarse mantenimiento (...) a los caminos y puentes; y las mulas y caballos esenciales para el tráfico comercial, fueron apropiados para satisfacer las necesidades de la guerra. El comercio mismo resultó paralizado por el limitado y costoso crédito que correspondía a una atmósfera de inseguridad”¹⁷⁰.

¹⁶⁹ MARTÍNEZ CARREÑO, Aída, La guerra de los Mil Días. Testimonios de sus protagonistas, Bogotá, Planeta, 1999, p., 35.

¹⁷⁰ JOHNSON, David C. “Impacto social de la guerra de los mil días: criminalidad”, en Revista Humanidades, vol. 24, No., 2, Bucaramanga, 1995, p., 13. (13-23)

Ese efecto negativo duraría por lo menos hasta 1909. Las cifras de importaciones y exportaciones de productos dan muestra de la gravedad de la situación. Mientras que hacia 1898 en Santander se importaron 40.427 bultos de mercancías, en 1904 las importaciones se redujeron en más de un 50%, al llegar a la cifra de 17.611 bultos. Lo mismo sucedió con las exportaciones. Un año antes de la guerra, estas eran de 144.677 bultos, mientras que hacia 1909 no superaron los 83.240. El panorama era sin duda desalentador y así lo calificó un observador contemporáneo al señalar que “el gobierno y los gobernados se habían acostumbrado a la guerra”, con lo cual señalaba que en la región predominaba un ambiente anormal e inseguro.¹⁷¹

Cuando Enrique Otero D’Costa entregó las armas, en noviembre de 1902, y volvió a su ciudad natal, era muy poco lo que ésta le ofrecía. La casa paterna estaba “poco menos que arruinada” –escribiría en su autobiografía– y como no encontrara en su “tierra nativa horizontes propicios para el trabajo” decidió desplazarse a la Costa Atlántica.¹⁷² El viaje lo emprendió en un incómodo buque que abordó en la Dorada y en el que estuvo por más de doce días en una travesía monótona, lenta y calurosa a lo largo del Magdalena.¹⁷³ En Barranquilla, primera ciudad costera que conoció, se instaló en casa de su herma Eugenia, casada con Francisco Pineda López, dueño de la empresa comercial y de transporte en la que Enrique

¹⁷¹ RUEDA, Néstor José y ÁLVAREZ FUENTES, Jaime, Historia urbana de Bucaramanga, pp., 40-41.

¹⁷² E. de SALDANHA, Óp. Cit., p., 6.

¹⁷³ El Tiempo, Bogotá, 31 de enero de 1934, p., 4.

iniciaría su aventura como “monje del convento comercial”. Comenzó como contador de buque, es decir, como empleado administrativo encargado de la contabilidad marítima, pero pronto, al ganar la confianza de su cuñado, se le nombró apoderado de aquella firma comercial.¹⁷⁴

La familia Pineda Otero era una de las familias más influyentes de la ciudad. Las ostentosas fiestas con las que solía agasajar a la alta sociedad costeña y a los extranjeros que la visitaban eran famosas.¹⁷⁵ Su riqueza la obtenían de las actividades comerciales de la firma Pineda López, una agencia que negociaba productos primarios como banano y café en los puertos de Barranquilla y Cartagena para enviarlos a los grandes centros del comercio mundial: Nueva York, Paris y Londres. Las agencias comerciales de la época establecían contactos comerciales con compradores extranjeros. Tal como lo hizo Enrique Otero en 1910, la mayoría de los agentes comerciales viajaban a estas grandes ciudades para pactar con compañías como la United Fruit Company, la Hamburg American Line o la Mala Real.¹⁷⁶ A la Costa Caribe, principalmente a Barranquilla y Cartagena, llegaban distintas compañías transportistas. Algunas, como la Hamburg American Line o la Mala Real, llegaban con dos buques cargueros cada

¹⁷⁴ E. de SALDANHA, Óp. Cit., p., 6.

¹⁷⁵ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 13, Carpeta 33. Carta de Eugenia Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 6 de marzo de 1908.

¹⁷⁶ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Enrique Otero D’Costa a Francisco Pineda López & Co., Nueva York, 8 de enero de 1909. AGN-CEODC. Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Francisco Pineda López & Co. a Enrique Otero D’Costa, Bogotá, 18 de marzo de 1910.

15 días.¹⁷⁷ Estas firmas de comerciantes y comisionistas se encargaban además de toda clase de operaciones comerciales y bancarias de la época. Compraban y vendían telas, trajes, adornos, sombreros, zapatos, cinturones, hebillas, herramientas, pero también compraban y vendían giros del exterior a través de agencias como la G. Amsink & Ca de Nueva York o la Fruhilg & Goschen o Schloss Brother.¹⁷⁸

Francisco Pineda López confiaba en las habilidades comerciales de Enrique Otero D'Costa. A mediados de 1907 lo nombró apoderado de su casa comercial. El hecho llenó de gusto a su círculo familiar.¹⁷⁹ En opinión de sus amigos, compañeros de trabajo y jefes, Otero era un trabajador consagrado, activo y gran negociante.¹⁸⁰ Francisco Pineda solía pedirle asesoría sobre sus negocios, además de que lo había encargado de algunos de ellos. En 1911, por ejemplo, le comunica su idea de formar una gran empresa agrícola de productos de exportación cultivables en el litoral atlántico, principalmente de caña de azúcar. Le comunicaba pues su idea de crear una empresa productora de azúcar de exportación. Los Pineda López eran sin duda una familia pudiente, pues un negocio como el que le proponían requería

¹⁷⁷ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 12, Carpeta 30. Carta de Pineda López & Co. a Enrique Otero D'Costa, Barranquilla, 2 de febrero de 1910.

¹⁷⁸ El Tiempo, Bogotá, 2 de febrero de 1911, p., 3.

¹⁷⁹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 13, Carpeta 33. Carta de Fernando a Enrique Otero D'Costa, La Virginia, 30 de agosto de 1907.

¹⁸⁰ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 13, Carpeta 33. Carta de Fernando a Enrique Otero D'Costa, La Virginia, 21 de octubre de 1907.

de una inversión cercana –según cálculos del propio Francisco– al medio millón de libras esterlinas.¹⁸¹

A Enrique Otero le gustaba el bullicio comercial de la Costa Caribe. De hecho, jamás dejó de manifestar que había abandonado la ciudad de Bucaramanga porque en la Costa Atlántica había mayor progreso.¹⁸² Continuo trabajando entre Barranquilla y Cartagena hasta 1917 y aprovechó todo este tiempo para perfeccionar sus habilidades comerciales, empezar sus propios negocios, fundar su familia y abrirse espacio en los círculos sociales e intelectuales de la región.

Cuando tuvo ingresos suficientes decidió abandonar la casa de su hermana para vivir solo.¹⁸³ La independencia y los ideales de la vida en familia lo estimularon a buscar esposa; a los 25 años de edad se sentía a la zaga en materia marital pues consideraba que “todo hombre debe aspirar a fundar un hogar”. Llevaba ya tres años en la costa y –según lo expresara– tenía una triste vida de soltero, “sin familia, sin casa, siempre dando tumbos de hotel en hotel”¹⁸⁴. Así que, tan pronto conoce a Raquel de la Espriella, no duda en proponerle matrimonio. A sus familiares y amigos la presenta como una elegante dama barranquillera “...de

¹⁸¹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 12, Carpeta 30. Carta de Francisco Pineda López a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 15 de febrero de 1911.

¹⁸² AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 13, Carpeta 33. Carta de Fernando a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 21 de junio de 1907.

¹⁸³ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 13, Carpeta 33. Carta de Fernando a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 30 de agosto de 1907.

¹⁸⁴ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 12, Carpeta 30. Carta de Enrique Otero D’Costa a Pedro Elías Otero, S. C., S. F. se trata de una carta escrita probablemente entre diciembre de 1909 y febrero de 1910.

buena familia, magnífica hija, de grandes condiciones morales, inteligente [y] bella...”¹⁸⁵ Con ella, Otero se comprometió en matrimonio en octubre de 1909¹⁸⁶, a los 26 años de edad. La había conocido una noche de fiesta del mes de diciembre en casa de Mrs. Walter, un comerciante inglés asentado en la costa colombiana. Aunque el matrimonio se había planeado para los primeros días de abril de 1910¹⁸⁷, debido a inconvenientes laborales, fue realizado a finales de mayo. La familia con la que emparentaría fue descrita así por Enrique Otero:

...mi novia es el sumun de todas las perfecciones: empezando por la suegra –su piedra angular–, le digo que de tal no tiene más que el nombre; es una señora magnífica, de carácter muy bondadoso; no podría ser de otro modo, pues fue educada en París, donde estuvo 10 años, habiendo venido luego a New York, donde vivió tres; a pesar de esto no vaya a imaginarse que es persona dada al lujo o las superficialidades; su hogar es modelo de sencillez y costumbres sanas. Es hija de don Andrés Gómez, persona muy estimable, millonario en oro americano, y de ñapa liberal hasta la cepa. El suegro es una alhaja; trabajador, económico, muy querido de todo el mundo y simpático como pocos; tiene un carácter muy franco, y en algunos de sus arranques se me parece a su excelencia, lo cual es mucha ventaja; es socio de la casa de Espriella Hermanos, que son 8, y se da el raro caso de que todos trabajan en la mejor armonía (sic) y que ninguno ha resultado

¹⁸⁵ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Enrique Otero D’Costa a Esther D’Costa, Nueva York, 25 de enero de 1910.

¹⁸⁶ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D’Costa, La Virginia, 14 de diciembre de 1909.

¹⁸⁷ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Eugenia Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Bogotá, 16 de febrero de 1910.

vicioso o inútil. Su negocio les da para vivir cómodamente, sin que esto quiera decir que sean personalmente ricos. El padre es gerente y principal accionista del Banco Unión, una institución muy poderosa relativamente para nuestro país. El color político, como el de toda la familia de la Espriella, es Liberal. El suegro es además abogado, pero no ejerce la profesión.¹⁸⁸

Otero D'Costa emparentaba con una familia de la élite nacional, una familia que, como él, afincaba su riqueza en el comercio. Así entonces, a los 26 años de edad, este veterano de guerra, iniciado en el periodismo cultural y aficionado a las letras se convierte en un “monje del convento comercial”. Esta nueva faceta personal le permitía poner orden en su vida, gracias a que contaba con un trabajo bien remunerado, el mismo que le abría las puertas de los altos círculos sociales y le brindaba una oportunidad de dedicarse a sus intereses económicos y construir su propia familia.

Como “monje del convento comercial”, Enrique Otero D'Costa se destacó en el mundo de los negocios, y su éxito comercial le permitirá posesionarse en el campo político. Al mando de las empresas mercantiles y financieras de los Pineda López, fue artífice del crecimiento de la firma. Gracias a su intervención, la empresa empezó a abrir nuevas sucursales en el país, y con ello a maximizar sus ingresos. La boyante firma decidió abrir una sucursal en Manizales, ciudad que, dada su cercanía con los puertos de la Dorada y Honda, constituía un punto estratégico

¹⁸⁸ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Enrique Otero D'Costa a Fernando García, Nueva York, 25 de enero de 1910.

para agilizar la exportación de café y otros productos de la región, así como para surtir a la zona de las mercancías que la firma traía de las lejanas metrópolis del mundo moderno. La tarea le fue encargada al mismo Otero, quien tuvo que trasladarse a esta ciudad hacia 1918.

En 1923, por solicitud de Benjamín Herrera, quien lo postulo ante el Consejo de Bogotá, Otero es nombrado Tesorero de la capital colombiana¹⁸⁹, evento que lo obliga desplazarse a Bogotá, pero no sin dejar los negocios de los Pineda López bien posesionados en la ciudad de Manizales. Su elección en el cargo fue bien recibida por la elite política capitalina.¹⁹⁰ En Bogotá Otero no era un desconocido, en efecto, desde 1917 era colaborador asiduo del *Boletín de Historia y Antigüedades* como miembro correspondiente¹⁹¹. La capital, hacia la segunda década del siglo XX, además de ser el centro político del país, era ya una zona económica en crecimiento, y Otero no dejará de aprovechar las circunstancias para mejorar su propia situación. De ahí que no eludiera la propuesta de Eduardo L. Gerlein de ingresar a las filas de la *Eduardo L. Gerlein & Co. S.A*, la firma de exportaciones e importaciones que más crecía por aquellos años en el país

¹⁸⁹ AGN-CEODC. Rollo 5, Caja11, Carpeta 27. Recorte de periódico: La Republica, 15 de noviembre de 1923.

¹⁹⁰ AGN-CEODC. Rollo 5, Caja11, Carpeta 27. Recorte de periódico: El Republicano, 14 de noviembre de 1923.

¹⁹¹ Extracto de Actas, 1 de abril de 1924, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. XIV, núm., 165, Bogotá, junio de 1924, p., 541.

gracias a sus alianzas con firmas antecesoras como la compañía Pineda López y a sus nexos políticos¹⁹².

Su vinculación a la *Eduardo L. Gerlein & Co. S.A*, y por supuesto su conocimiento de las operaciones comerciales relacionadas con los productos agrícolas colombianos lo llevan a la Sociedad de Agricultores y a la Federación Nacional de Cafeteros¹⁹³. Las tareas desempeñadas en estos órganos gremiales le permitirán a Otero D'Costa no solo defender los intereses de su colectividad, sino acercarse a las instancias de gobierno para configurar un círculo de influencia y amistades políticas que luego lo llevarán al mismísimo Senado de la República. Así pues, al finalizar la segunda década del siglo XX, Otero se abría campo en un mundo al cual le dedicaría el resto de sus días: el comercio y la política. De ahí que su actividad intelectual, pero sobre todo su actividad historiográfica, posterior a 1922 empiece a verse reducida a la reedición de los trabajos que elaborara en las primeras dos décadas del siglo, así como a centrarse en la difusión de la historia oficial producida en la Academia Colombiana de Historia.

2.5. ENRIQUE OTERO D' COSTA: UN ACADÉMICO DE LA HISTORIA

Si bien no hay datos concretos que indiquen que Otero D'Costa se considera a sí mismo un intelectual, y teniendo en cuenta, como se recordará, que en esta

¹⁹² AGN- CEODC, Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Enrique Otero D'Costa a Eduardo L. Gerlein, Bogotá, 19 de diciembre de 1926.

¹⁹³ El Tiempo, Bogotá, 18 de noviembre de 1935, p., 7.

investigación se adopta una definición flexible del concepto, por sus acciones en el mundo de la producción simbólica Enrique Otero D'Costa fue en efecto un intelectual. De ello dan muestra su producción literaria e histórica, así como sus vínculos intelectuales. Su campo de trabajo lo constituyó, en un principio, el periodismo literario, con la fundación de *La juventud*, pero con el paso de los años su actividad creativa se centraría tanto en la historia como en la literatura. Sus propias experiencias de vida fueron objeto de sus relatos literarios, los mismos que publicó con el pasar del tiempo en obras como *Dianas tristes*, *Montañas de Santander* e *Historietas: leyendas y tradiciones colombianas*. Los círculos sociales e intelectuales a los que se vinculó en Bucaramanga, Cartagena, Barranquilla, Manizales y Bogotá, fueron sus campos de acción intelectual: en ellos entró en contacto con las obras clásicas de la literatura universal, desarrollo sus habilidades literarias, entabló relaciones con literatos pequeños e importantes como Zacarías López-Penha y, sobre todo, conoció a otros aficionados a la historia, un grupo de intelectuales y políticos que le ayudaría a configurar su propia obra historiográfica gracias a que decidieron acompañarlo en la tarea de crear los centros de estudios históricos y vincularse a la ACH.

Enrique Otero D'Costa llegó al campo de las producciones culturales gracias al afecto que por las artes, la literatura y la historia adquirió en su hogar paterno. Fue ahí donde, junto a sus hermanos y bajo la tutela de don Pedro Elías Otero –quien también llegaría a ser miembro de la Academia Colombiana de Historia- se acercó

a la música, a la poesía y a la ciencia de Clío. Pese a que no concluyó sus estudios secundarios, la formación que recibió de su padre fue suficiente para que en él cobraran brío las dotes de prosista. Como se recordará sus primeros pasos en el campo de la escritura los dio en *La Juventud*, aquel periódico que fundara hacia 1899.

Al finalizar la Guerra de los Mil días, en busca de horizontes económicos y entusiasmado ya con el arte de la escritura, Enrique Otero D'Costa se dirigió hacia Barranquilla, ciudad donde, además de vincularse a una empresa naviera, logra unirse como colaborador a los periódicos *El Siglo*, *Rigoletto* y *El Promotor*. En esta ciudad publica *Dianas Tristes*¹⁹⁴, como se recordará, su primera obra literaria, una serie de relatos sobre la Guerra de los Mil días en los que dejaba plasmadas sus ideas sobre la guerra, la patria, los partidos políticos, las guerrillas de finales del siglo XIX y demás aspectos relevantes de la naturaleza humana, como la amistad o la venganza. Sin duda, su participación en el conflicto le permitió conocer de primera mano los hechos que eternizó a través de su pluma, ya que, tal como lo señala Gonzalo España en la última edición de la obra¹⁹⁵, con las 13 breves narraciones que conformaron el libro, el joven Otero dejaba “la más conmovedora instantánea de la conflagración” con la que el país finalizaba el siglo XIX y abría el siglo XX.

¹⁹⁴ OTERO D'COSTA, Enrique. *Dianas tristes*. Barranquilla: Imprenta de los Andes, 1905.

¹⁹⁵ ESPAÑA, Gonzalo. “Literatura y guerra en Santander”, en Enrique Otero D'Costa. *Dianas tristes: episodios de la Guerra de los Mil Días*. 3ª. Ed. Bucaramanga: (Sic), 2001. p., 11.

En Barranquilla Otero entrar en contacto con un ambiente social e intelectual más dinámico que el que había conocido en Bucaramanga. Por aquellos años, Barranquilla ocupaba el tercer lugar en el índice de ciudades más pobladas del país, con cerca de 50 mil habitantes¹⁹⁶, algo así como la mitad de la población capitalina y dos veces la población bumanguesa. De ahí que Otero se mostrara tan interesado en las ciudades del caribe colombiano. En Barranquilla había un mayor acceso a la literatura contemporánea. Como ciudad puerto, a ella llegaban un sin número de curiosidades literarias. Otero no tardó en asimilar aquellas de mayor renombre e involucrarlas en sus conversaciones familiares. La revista *Alpha*¹⁹⁷, por ejemplo, una publicación periódica de temas culturales nacida en Medellín hacia 1906, imposible de conseguir en Bucaramanga, era enviada por Otero a su hermanos, para que estos se mantuvieran al tanto de lo que acaecía en materia literaria. Los textos que en ella aparecía –de Azorín, Unamuno o Blas Ibáñez– eran tema de opinión en sus cartas familiares.¹⁹⁸

Cuando se traslada a Cartagena, hacia 1908, la alta sociedad lo invita a formar parte de sus distintos círculos sociales. Otero rápidamente empieza a destacarse y a coronar una posición de dominio en este campo político e intelectual: en febrero

¹⁹⁶ MELO, Jorge Orlando, “Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)”, en: Historia económica de Colombia, Bogotá, Siglo Veintiuno Editores/Fedesarrollo, 1987. Disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/economia/histecon/histecon5a.htm> Consulta realizada el 15 de febrero de 2014.

¹⁹⁷ Alpha, Medellín, diciembre de 1908, año III.

¹⁹⁸ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Pedro Elías Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Bucaramanga, 18 de noviembre de 1906.

de 1909 es nombrado Vice-presidente del *Bouquete de Damas*¹⁹⁹, una asociación destinada a promover el buen gusto y la literatura locales; el 27 de junio de este mismo año, en reunión realizada a la una de la tarde, con ocasión de la fiesta de San Juan, Otero se posesiona como miembro activo de la logia masónica de Cartagena²⁰⁰; y en marzo de 1910 el presidente y el secretario del *Cartagena Tennis Club*, Antonio Araujo y Enrique Grau (por aquellos años gobernador del Atlántico), le abren las puertas de su exclusivo círculo social.²⁰¹

En la logia, Otero se codea con políticos liberales de renombre como Héctor Manuel Baena²⁰², Manuel de la Espriella o Alejandro Lafuerte, miembros de la Junta Directiva del Comité Liberal del Atlántico²⁰³. Los clubes sociales y literarios, por su parte, le dan la oportunidad de conocer y entablar amistad con lo más granado de la sociedad del caribe colombiano. A doña Soledad Román de Núñez, la viuda del presidente Rafael Núñez²⁰⁴, por ejemplo, la conoció en 1908. Gracias a la posición que venía adquiriendo al servicio de la firma comercial de su familia política, y a la amistad formada con doña Soledad, pudo establecer vínculos

¹⁹⁹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Junta Directiva del Bouquet de Damas de Cartagena a Enrique Otero D'Costa, Cartagena, 9 de febrero de 1909.

²⁰⁰ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Logia Masónica de Cartagena a Enrique Otero D'Costa, Cartagena, 23 de junio de 1909.

²⁰¹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 12, Carpeta 30. Carta de Cartagena Tennis Club a Enrique Otero D'Costa, Cartagena, marzo de 1910.

²⁰² AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Héctor Manuel Baena a Enrique Otero D'Costa, Barranquilla, 25 de noviembre de 1908.

²⁰³ ÁLVAREZ LLANOS, Jaime, "El republicanismo en Barranquilla, 1909-1914: dinamización de la política", en *Huellas*, núm., 45, Barranquilla, Universidad del Norte, diciembre 1995., p., 32. (pp. 30-40)

²⁰⁴ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Fernando García a Enrique Otero D'Costa, La Virginia, 10 de octubre de 1908.

comerciales con la familia Román al tomar en arriendo distintos predios de esta familia²⁰⁵. Conoció también a escritores locales como Abraham Zacarías López-Penha, Luis Carlos López, José V. Caviedes y Enrique de Narváez, entre otros. Sin duda, quien más destacaba entre sus amigos, por su carrera literaria, era López-Penha, un judío sefardita nacido en Curazao hacia 1865 y que desde principios de 1890 se había establecido en Barranquilla. Además de la afición literaria, compartía con Otero su interés por la actividad comercial, dedicándose en la ciudad de Barranquilla a la venta de toda clase de cachivaches, libros y medicamentos, así como a la promoción del cine²⁰⁶. Como escritor era un autor de talla mayor. Mantenía correspondencia con Rubén Darío; pudo ubicar sus ensayos en la prensa extranjera y sus obras en las editoriales importantes de la época. Sus principales obras fueron *Camila Sánchez*, publicada en Barcelona en 1897 y *La desposada de una sombra*, aparecida en 1903 gracias a una editorial franco-mejicana.²⁰⁷ Para difundir su obra aprovechó sus relaciones públicas, dedicando cada creación literaria a un escritor de renombre como Gaspar Núñez de Arce, Max Nordau o don Miguel de Unamuno.

López-Penha confiaba en los conocimientos y en las habilidades literarias de Enrique Otero D'Costa. No dudaba en pedirle consejos sobre su propia producción

²⁰⁵ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Soledad R. de Núñez a Enrique Otero D'Costa, Cartagena, 11 de mayo de 1909.

²⁰⁶ FAWCETT, Louise y POSADA CARBÓ, Eduardo, "Árabes y judíos en el desarrollo del Caribe colombiano, 1850-1950", en Boletín Cultural y Bibliográfico, vol., 35, núm., 49, 1998, p., 12.

²⁰⁷ *Ibíd.*, p., 11.

literaria antes de publicarla²⁰⁸, y con frecuencia lo animaba a que publicara sus propios escritos: “Consérvese bien –le decía López-Penha a Otero en una carta de 1909–, gane mucho dinero como siempre y más, y escriba de vez en cuando, hombre! No sólo á mí, sino para aquel endiablado monstruo á quien los periodistas tan comúnmente denominan “público”. Nada pierde y sí puede ganar mucho mancebo tan esforzado y de tan claros talentos como lo es Vuestra Merced.”²⁰⁹

En este círculo social, Otero D’Costa actuaba como escritor bajo el seudónimo de E. de Saldanha.²¹⁰ Para ingresar al círculo literario, dominado por José Félix Fuenmayor, Otero D’Costa apelaba a la amistad de López-Penha.²¹¹ Este, como se señaló, confiaba en las dotes literarias de Otero y lo animaba a escribir constantemente. Con motivo de una celebración a realizarse en Cartagena en 1910, lo anima a que escriba un cuento para concursar por los 500 dólares que la legación Norteamericana –encabezada por Frank Brownhill– donaría.²¹² Ya en 1909, por intermedio de Antonio Baena –escritor y periodista– López-Penha había hecho llegar un manuscrito de Otero D’Costa a Félix Fuenmayor, “quien lo tomó para publicarlo en un periódico literario” de su propiedad radicado en Barranquilla,

²⁰⁸ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 5 de abril de 1909.

²⁰⁹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 27 de mayo de 1909.

²¹⁰ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 11 de agosto de 1909.

²¹¹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 28 de junio de 1909.

²¹² AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 4 de octubre de 1909.

ya que el cuento les había parecido de buena factura –a Baena, Fuenmayor y compañía–, pese a que Otero se había arrepentido de llevarlo a la publicidad.²¹³ En 1913, antes de ingresar de lleno en el mundo de la historiografía e impulsado por sus colegas, decidió participar en el concurso de cuento que aquel año convocaba la Academia Colombiana de la Lengua. El relato que le abrió “la fama del laurel” –al decir de Alberto Miramón²¹⁴– fue *El patio de las brujas*, un cuento de prosa amena y clara que deja ver ya su interés por el folclor y las leyendas de su tierra natal, y que recogerá en 1932 junto a otros “cuentecillos escritos dispersamente, al correr de los años”, en su libro *Montañas de Santander*²¹⁵.

Integrado ya al círculo literario de la Costa Caribe colombiana, sus compañeros empiezan a llamarlo el “Cenobita compañero de la Casa de las Palmas”.²¹⁶ En efecto, Otero tenía una disciplina monacal, que aplicaba tanto a los negocios como a su actividad intelectual. Además de *Dianas tristes*, entre 1905 y 1906 publicó diversos cuentos y relatos en periódicos locales como *El Siglo*²¹⁷, periódico del cual era dueño un amigo suyo, don Héctor Manuel Baena²¹⁸. Hacia 1909 entró en contacto con el mundo de la historia y el reconocimiento obtenido le permitió

²¹³ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 5 de abril de 1909.

²¹⁴ MIRAMÓN, Alberto. Óp. Cit., p, 35.

²¹⁵ OTERO D’COSTA, Enrique. *Montañas de Santander*. Montañas de Santander. 3ª. Ed. Bucaramanga: Alcaldía de Bucaramanga-Instituto Municipal de Cultura-(Sic), 2000. P., 11.

²¹⁶ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja 13, Carpeta 33. Carta de Abraham Zacarías Abraham Zacarías López-Penha a Enrique Otero D’Costa, Barranquilla, 3 de mayo de 1909.

²¹⁷ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Juan Velásquez García a Enrique Otero D’Costa, Medellín, 2 de noviembre de 1906.

²¹⁸ ÁLVAREZ LLANOS, Jaime, Óp. Cit., p., 38.

entablar amistad con Earl Harding, un historiador y político norteamericano encargado por su gobierno de la escritura de una historia de la separación de Panamá²¹⁹. Pero su paso más importante en esta materia lo dio hacia 1911, cuando se interesa por las pesquisas históricas y hacia 1912, cuando, en compañía de Luis Carlos López, Gregorio Rueda y Domingo de la Espriella, con quienes había fundado el periódico *La Patria*, funda el Centro de Historia de Cartagena²²⁰ y su respectivo *Boletín Historia*²²¹. Así entonces, tal como lo afirmara Gustavo Otero Muñoz, fue

(...) en el ambiente de gloria que circunda a la Heroica, [donde] se avivaron sus aficiones por la Historia, y alcanzados los treinta años – gozando ya Enrique de elevada posición en la sociedad y en los negocios– en el remanso dulce del hogar formado con dignísima y amante compañera, dedicóse a cultivar «la buena musa de la lira y el laurel». Se le nombró académico de número del Centro de Historia de aquella ciudad, y se le encomendó la dirección del Boletín Historial, que se fundara en mayo de 1915 para servirle de órgano.²²²

²¹⁹ AGN-CEODC. Rollo 6, Caja13, Carpeta 33. Carta de Earl Harding a Enrique Otero D'Costa, Bogotá, 5 de agosto de 1909. En agosto de 1909 este le comunica a Otero la pronta realización de un congreso académico en el que se trataría el tema: "Thanks to so many good friends we are making splendid progress. A Congressional investigation of the separation of Panama is to begin in year days."

²²⁰ GÓMEZ F., Miguel. Sin título, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. VII, núm., 84, Bogotá, mayo de 1912, p, 767.

²²¹ GÓMEZ LATORRE, Armando. "Un forjador de cultura: el escritor e historiador Enrique Otero D'Costa" en El Tiempo, Bogotá, 7 de septiembre de 1964, pp., 5 y 26.

²²² OTERO MUÑOZ, Gustavo. Óp. Cit. p, XI.

Si bien Otero reconoce que las aficiones históricas las había adquirido desde niño, es durante su estadía en Cartagena (entre 1908 y 1917) y gracias a que se vincula a los círculos sociales, políticos e intelectuales de la costa caribe que Otero empieza a practicar el oficio de la historia, primero mediante el rescate y comentario de documentos históricos y luego a través de investigaciones de largo aliento, como las que emprende y lleva a buen término entre 1913 y 1919 con la elaboración de sus dos obras más importantes: *El Licenciado Jiménez de Quezada* y el *Cronicón Solariego*.

Por cuestiones comerciales, hacia principios de 1918, Otero D'Costa tuvo que trasladarse a la ciudad de Manizales, pues la firma para la que trabajaba había decidido expandir su mercado. Como en Cartagena, también en la capital caldense Otero supo abrirse campo entre los cultores de las letras, principalmente entre los aficionados a la historia. Entabló relaciones con Emilio Robledo, un político influyente con quien fundó el Centro de Estudios Históricos de Manizales y quien ejerció el cargo de primer presidente. Tan pronto como estuvo creado el Centro, los miembros fundadores le encargaron la tarea de poner en circulación una revista de historia²²³, tarea que conocía muy bien gracias a que en Cartagena había dirigido el *Boletín Historial*. Nada más apropiado para sus intereses intelectuales.

²²³ CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MANIZALES, *Archivo Historial*, Vol. 1, Manizales, Imprenta Departamental, 1919, Enrique Otero D'Costa, (Dir. y Ed.), (Edición facsimilar, 2004), p., 2 y 32.

Las gestiones gubernamentales iniciaron el 24 de junio de 1918, cuando el presidente del Centro solicitó a la Secretaría de Gobierno Departamental se le aprobaran recursos para imprimir una revista mensual “dedicada exclusivamente a las ciencias históricas”. El gobierno departamental, en cabeza de Pompilio Gutiérrez Arango, respondió afirmativamente y ya para el primero de julio de aquel mismo año se expidió el decreto que ordenaba la publicación de la revista con cargo al erario del departamento.²²⁴

El primer número del *Archivo Historial* apareció el 7 de agosto, bajo la dirección de Enrique Otero D’Costa. Como su director, en el *exordium* que abría la publicación, Otero, además de llamar a “todos los devotos de Clío” a participar con sus investigaciones, mostraba con ejemplos concretos que los “anales” de Caldas constituían “una de las más preciosas vetas del riquísimo filón historial colombiano”.

Ofrécenos [Caldas] –concluía– pues un vasto horizonte para las investigaciones históricas, en el cual podrá esparcirse la pluma del historiógrafo y trabajar concienzudamente sobre su temas predilectos, contando para ello con la alentadora perspectiva de que los frutos de sus labores no vendrán a quedarse inéditos o dispersos en periódicos de

²²⁴ Carta de Emilio Robledo, presidente del Centro de Estudios Históricos de Manizales, a José Ignacio Villegas, Secretario de Gobierno, fechada el 24 de junio de 1918. Y Decreto 227 de 1° de julio de 1918. *Ibíd.* p., 32.

índole no historial, donde pocos lo leerán y pocos, muy pocos, los sabrán apreciar.²²⁵

Y esto fue en efecto lo que Otero hizo mientras dirigió y colaboró con la revista, aprovechar aquel lugar social –en términos de Michel de Certeau²²⁶– para producir su propia historiografía. En efecto, en él vieron la luz 31 textos suyos; escritos que abarcaban temas referentes a las fundaciones de Tunja y Manizales, las biografías de personajes tanto de la época colonial como de la independencia (Francisco Guillen Chaparro, Francisco Silvestre, José Padilla o Francisco de Paula Santander) y algunos acontecimientos políticos importantes, como las luchas de conquista, principalmente la lucha contra los Pijaos.²²⁷

Fue esta pues una etapa prolífica para Otero, ya que bajo su dirección el Centro de Estudios Históricos de Manizales pudo cumplir con la función para la cual había sido creado, difundir el amor a la patria a través del conocimiento y la veneración de la historia. Ciertamente, mientras Otero comandó la revista, el Centro publicó 36 números, cantidad inigualable tras su retiro, pues después de 1923 el Centro apenas pudo publicar dos números más. De hecho, entre 1930 y 1934, cuando la

²²⁵ *Ibíd.* p., 3.

²²⁶ “Toda investigación historiográfica –escribe De Certeau– se enlaza con un lugar de producción”. A ese lugar lo denominó “lugar social” y lo identificó con una institución del saber, es decir, un grupo de personas interesadas en temas específicos que se ven a sí mismos como autoridades del conocimiento, y que por ello se legitiman como los únicos oficiantes. Lo más importante del lugar, sin embargo, es que solo él hace posible la historia. Si bien el método y el objeto son importantes, es el lugar social el que dota de valor tanto al uno como al otro. CERTEAU, Michel de. *Óp. Cit.*, pp., 69 y 79.

²²⁷ CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MANIZALES, *Archivo Historial*, *Óp. Cit.*, y Vols., II y III.

revista volvió a funcionar con relativa normalidad sólo se publicaron 4 número. Es evidente, en consecuencia, que Otero D'Costa jugó un papel preponderante en la vida intelectual del Centro de Estudios Históricos de Manizales.

En noviembre de 1923 Otero D'Costa fue nombrado Tesorero de Rentas de Bogotá. El nuevo cargo lo obligó a dejar la ciudad que lo había acogido durante un lustro. Sin duda para el Centro de Estudios Históricos de Manizales este hecho no era nada halagüeño, pues perdía a su más perseverante colaborador. Así lo expresaba el académico Manuel Jaramillo Isaza en las notas del último número del *Archivo Historial* que Otero dirigiera:

Este distinguido amigo y aventajado historiógrafo nos ha hecho el encargo de dar la última mano al presente número del Archivo Historial, último del tomo 3° y seguramente el último que saldrá en mucho tiempo de esta publicación, pues la partida de Otero será la muerte de ella; probablemente no habrá aquí quien tenga sus aficiones y se resuelva, patriótica pero honerosamente (sic), a ponerse al frente.²²⁸

Las palabras de Manuel Jaramillo en efecto sentenciaron al *Archivo Historial*.

Por sugerencia de Pedro María Ibáñez, miembro fundador de la Academia Colombiana de Historia (ACH), el primero de marzo de 1917 Enrique Otero D'Costa fue aceptado como miembro correspondiente de la institución de

²²⁸ CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MANIZALES, *Archivo Historial*, Vol. 3, Manizales, Imprenta Departamental, 1923. Enrique Otero D'Costa, (Dir. y Ed.). (Edición facsimilar, 2004). p., 390.

historiadores más importante del país. De su ingreso no se conserva el acta, pero hay una mención en el *Índice* que la Academia publicó en 1952 con motivo de la celebración de los 50 años de su aparición²²⁹. Como miembro de número fue nombrado el 1 de abril de 1924, en reemplazo de José María Rivas Groot.²³⁰

En la ACH, además de publicar algunos artículos, resolver dudas históricas u organizar actividades institucionales, Otero tuvo a su cargo la revista de la asociación. En efecto, el *Boletín de Historia y Antigüedades* estuvo a su cargo entre enero de 1929 (con el número 198) y noviembre de 1933 (con el número 236). Se trataba de un cargo importante ya que reemplazaba a figuras intelectuales y políticas de peso, como los doctores Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada, a quien reemplazaba directamente. Con ello, se ubicaba como el tercer director del órgano de conocimiento histórico más importante de la época.²³¹ A la Academia perteneció hasta el día de su muerte, y en un periodo de más de 30 años publicó poco más de 150 textos, la mayoría de contenido histórico. Las temáticas abordadas, tal como venía sucediendo desde su etapa inicial, tocaban diferentes aspectos de la vida social, política y cultural²³² de la historia colombiana.

²²⁹ ORTEGA RICAURTE, Daniel, *Índice General del Boletín de Historia y Antigüedades: Vols., I-XXXVIII, 1902-1952*. Bogotá, Pax, 1952, p, 35.

²³⁰ Extracto de actas, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. XIV, núm., 165, Bogotá, junio de 1924, p., 541.

²³¹ ORTEGA RICAURTE, Daniel. *Óp. Cit.* p., 66.

²³² Vale la pena mencionar que no aparecen títulos referentes a la economía o la administración pública.

El ingreso de Enrique Otero D'Costa a la ACH, como numerario, fue un reconocimiento a la intensa labor que Otero había realizado como fundador y principal colaborador de los Centros de Estudios Históricos de Cartagena y Manizales, y un premio a la labor historiográfica que venía realizando desde 1911, principalmente por sus estudios históricos sobre la fundación de algunas ciudades y por sus biografías de personajes ilustres de la Conquista, la Colonia y la República. Así lo expresaron los señores Roberto Cortázar en y Arturo Araujo en sus informes sobre la carrera intelectual Otero cuando éste iba a ser recibido como miembro de la ACH. En 1917 Cortázar escribió lo siguiente:

En el órgano oficial ha colaborado el señor Otero con distinción –escribió Cortázar–, y además, es miembro esclarecido de la Academia de Historia de Cartagena, donde ha sobresalido en las páginas del Boletín Historial de aquella corporación, que él dirige con grande acierto. Son notorias sus dotes de escritor tildado y sus condiciones de investigador de historia, basado en documentos inéditos, o poco conocidos.

Y en 1925 Araujo expresó:

Todos los miembros de la Academia no sólo conocen, sino que conservan, con el aprecio debido, obras tan de aliento como *Cronicón solariego*, *El general Padilla*, y sobre todo ese erudito y original ensayo que tantas cosas buenas y nuevas ha popularizado sobre *El Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada*. A más de esto, la colaboración del señor Otero en nuestro Boletín ha sido tan frecuente como interesante, pues ha solido escoger puntos intocados y bien oscuros. Pudiera decirse

que esta apreciable cualidad ha sido la característica de Otero D'Costa como historiador. Pero sus actividades y su amor a esta clase de estudios no se han limitado a la labor de bufete, que suele ser tan tranquila y reposada. Él ha sido un inquieto buscador en nuestros archivos, perspicaz y activo, y además en el terreno de esas actividades tiene dos títulos que difícilmente pueden ostentar otros colegas: el de fundador de dos importantísimos centros de estudios históricos, el de Cartagena y el de Manizales, y el de sus respectivos órganos, el *Boletín Historial* y el *Archivo Historial*, que tantas y tan lucidas páginas registran ya y que ha prestado servicios casi invaluableles a la cultura histórica nacional.

Así entonces, al llegar a esta etapa de su carrera académica, a los 41 años de edad, Otero D'Costa veía coronada su obra, pues si bien no dejó de trabajar en nuevas investigaciones, ninguna alcanzó la importancia que tuvieron *El Licenciado Jiménez de Quezada* y el *Cronicón Solariego*. Por esta razón, lo que cabe resaltar de esta etapa de su vida es su esfuerzo por difundir la obra histórica de la ACH como director de la misma en los periodos 1925-1926 y 1939-1940²³³, su pujante interés en reeditar algunas obras importantes de la historia nacional²³⁴, apoyar nuevos proyectos editoriales como la elaboración y publicación de la *Historia*

²³³ ORTEGA RICAURTE, Daniel. Óp. Cit., p., 89.

²³⁴ OTERO D'COSTA, Enrique. Discurso, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. XXVI, núm., 301-302, Bogotá, noviembre y diciembre de 1939, p., 796.

Extensa de Colombia, o impulsar la el mejoramiento de la Biblioteca de la ACH, para la cual donó su biblioteca personal²³⁵.

²³⁵ El Tiempo, Bogotá, 28 de mayo de 1960, p, 2.

3. SEGUNDA PARTE: LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE ENRIQUE OTERO D’COSTA

El primero de septiembre de 1964, una semana después del fallecimiento de Enrique Otero D’Costa, la Academia Colombiana de Historia decidió rendir homenaje a uno de sus más importantes miembros. Además de expresar las debidas condolencias, celebrar una sesión pública extraordinaria, bautizar la sala de lectura de la biblioteca de la Academia con su nombre y dedicarle un número especial del *Boletín de Historia y Antigüedades* la Academia acordó tomar “especial empeño” en que se hiciera “la edición completa” de su obra historiográfica.²³⁶ La misma proposición hicieron en el Senado de la república los señores Joaquín Estrada Monsalve, Augusto Espinosa Valderrama y Camilo Mejía Duque, pues consideraban que la obra de Otero D’Costa era “un acopio de cultura” que no podía “dejarse perder dispersa en publicaciones periódicas, en folletos, y aún en libros que apenas recogen por separado algunos de sus escritos”, sino que era “preciso compilarla” en “forma metódica” para que ejerciera “todo su influjo” en la “inteligencia colombiana”.²³⁷

No obstante, ni la Academia Colombiana de Historia, ni ningún otro órgano del estado publicó jamás una obra en que se recopilara la producción historiográfica completa de Enrique Otero D’Costa. Es posible que tanto la cantidad, como la

²³⁶ Acuerdo número 5 de 1964, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. LII, núm., 603, Bogotá, enero de 1965, p, 3-4.

²³⁷ *Ibíd.*, p., 44-45.

dispersión de sus escritos hicieran difícil una tarea como esa; o que debido al proceso de profesionalización de las ciencias sociales, ocurrido en nuestro país a mediados del siglo pasado y con el cual se le imprimió un giro rotundo a los estudios históricos, se abandonaran por completo las obras de los académicos. Sea como fuere, ni las instituciones a las que perteneció²³⁸, ni los organismos estatales encargados de la promoción de la cultura, ni los académicos de viejo cuño, ni los historiadores profesionales que sobrevivieron a las ideologías han vuelto sus ojos sobre la obra de Enrique Otero D'Costa.

El presente acápite tiene como objetivo, pues, describir y analizar los trabajos históricos de Enrique Otero D'Costa con el fin de caracterizar su producción historiográfica y empezar a dilucidar la manera en que la historiografía de principios del siglo XX se propuso configurar un relato ritualizado del pasado nacional, como lo ha señalado Colmenares. Con ello, la presente investigación evidencia que la historiografía de las primeras dos décadas del siglo XX se propuso completar el relato histórico decimonónico de la nación mediante investigaciones históricas apoyadas intensamente en los principios del positivismo histórico, de manera que, lo que bien hubiera podido convertirse en disputa partidista en manos de los historiadores del siglo XIX, fue en manos de los académicos una oportunidad de reconciliación nacional. Esta idea indica, en

²³⁸ Con la salvedad que ha de hacerse por la Academia Caldense de Historia, que publicó recientemente en edición facsimilar los 4 volúmenes del Boletín Historial, una revista de historia que Enrique Otero fundó y dirigió a principios de siglo en Manizales, pero que en todo caso solo representa una parte de su obra.

síntesis, que en sus investigaciones históricas los primeros académicos evitaron la confrontación bipartidista al centrarse en indagaciones metódicamente realizadas para descubrir los datos que permitieran dar lustre a una historia homogénea de la nación, de forma que ningún miembro de la colectividad se viera juzgado por los hechos de su partido.

Para ello, este texto ha sido organizado en dos apartados: el primero presenta un panorama de la producción historiográfica de Enrique Otero D'Costa, para ubicar o delimitar el contexto en que se inscriben sus trabajos más importantes, mientras que el segundo analiza las dos obras centrales de Otero D'Costa: su estudio sobre Gonzalo Jiménez de Quesada, publicado en 1916 en la revista de historia del Centro de Estudios Históricos de Cartagena, y el *Cronicón Solariego* el estudio más profundo que se realizara en la época sobre la historia de una población colombiana.

3.1. LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE ENRIQUE OTERO D'COSTA

“Su nombre encabeza una obra extensísima, de basto eco en el suelo patrio y aún fuera de él”, señaló el académico Alberto Miramón al referirse a la producción intelectual de Enrique Otero D'Costa, en la sesión solemne que la Academia Colombiana de Historia llevó a cabo el 26 de enero de 1965 en memoria del desaparecido historiador. Y extensa es, sin duda, su producción intelectual, pues

a lo largo de casi 40 años de trabajo, Enrique Otero D'Costa elaboró poco más de 300 textos, entre los que se incluyen libros, artículos, informes, discursos, conferencias, folletos, manuales escolares, transcripciones de documentos, anotaciones y comentarios de textos, reseñas bibliográficas, prólogos y relatos de ficción.

Ahora bien, en términos más restringidos, la obra historiográfica completa de Enrique Otero D'Costa la conforman 3 libros editados: *Cronicón Solariego*, *Gonzalo Jiménez de Quesada* y *Comentarios críticos sobre la fundación de Cartagena de Indias*, 2 libros inéditos: *El libro de las fundaciones* –una recopilación de artículos– y *Teatro incógnito bio-bibliográfico del Nuevo Reino de Granada*, y 100 artículos. Con la excepción del *Cronicón Solariego*, los demás libros son una recopilación de artículos aparecidos en las distintas revistas académicas o reediciones de artículos.

Cabe señalar, también, que el grueso de su obra fue elaborada durante las dos primeras décadas del siglo XX y que después de 1922, cuando se publica el *Cronicón Solariego*, su actividad en el mundo de la historia consistió en apoyar proyectos editoriales, comentar documentos históricos, difundir la historia académica y escribir pequeñas colaboraciones sobre distintos temas históricos. De ahí que su obra histórica importante no haya sido permeada por la historia liberal o marxista de los años 30 al 50 ni por la historia profesional de los años 60. La obra historiográfica de Otero no tuvo en consecuencia un desarrollo

apoyado en el diálogo disciplinar o en la confrontación de enfoques, temas y métodos, por el contrario, su obra fue el resultado del espíritu conciliador que vivió la Generación del Centenario, espíritu que evitaba toda descalificación de origen bipartidista y que se interesaba más en el rescate documental y en la utilización del método crítico de la historia, con el fin de convertir al oficio histórico en una estrategia intelectual al servicio de la unificación de la nación.

Según indica Michel de Certeau, como todo producto social, la historia escrita está ligada a un lugar de producción, es decir, a un espacio preciso que institucionaliza su producción. Se entiende, entonces, que la historia no es fruto de la creatividad individual, pues si bien las habilidades intelectuales son necesarias, lo es mucho más el lugar social que le da sentido a todo producto histórico. He ahí la razón por la cual los historiadores solo leen historia contemporánea, valga decir, a historiadores coetáneos, ya que es necesario compartir el mismo lugar social de producción para comprender la historia en los términos en los que fue creada, huelga decir: para que tenga sentido. El lugar social del que se habla es ese espacio en que se encuentran los expertos no solo para legitimar ese producto llamado historiografía, sino para convenir las reglas de la producción histórica.²³⁹ Las agrupaciones de letrados, las academias oficiales y las universidades constituyen formas concretas de ese lugar de producción. De Certeau las denominó *instituciones del saber*, grupos de personas que comparten intereses

²³⁹ CERTEAU, Michel de. Óp. Cit., pp., 69-79.

intelectuales y políticos y que se instituyen en autoridades del conocimiento –y con ello en legítimos oficiantes– por su dominio del método. Así pues, es el lugar social, la institución del saber, la que le permite a un individuo interesado por la historia producir saber histórico. Su manera de producirla estará, en consecuencia, definida por el lugar de producción al cual se ha vinculado, y aquel que le dará visibilidad a su producción.

Enrique Otero D’Costa se formó como oficiante de la historia en el único lugar de producción histórica que existía a principios del siglo XX en Colombia: la Academia Nacional de Historia. Su papel al interior de estas instituciones, como se ha mostrado, fue muy dinámico, porque en ellas no solo generó su producción historiográfica, sino porque intervino para que en dos regiones específicas del país se crearan Centros de Estudios Históricos que replicaran en sus respectivas localidades las acciones para las cuales había sido creada la Academia Nacional.

La Academia Nacional de Historia fue creada en 1902, primero como Comisión de Historia y Antigüedades Patrias, por la resolución 115 del 9 de mayo de aquel año, emanada del Ministerio de Instrucción Pública²⁴⁰ y después como Académica Nacional de Historia, a través de la Ley 24 del 28 de septiembre de 1909²⁴¹. Mediante la norma de 1902 el Estado colombiano lograba “organizar como núcleo

²⁴⁰ Acta de la sesión del 15 de julio de 1903, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 1, Bogotá, septiembre de 1902, p., 1-2.

²⁴¹ Ley número 24 del 28 de septiembre de 1909, por la cual se reconoce carácter oficial á la Academia Nacional de Historia, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. VI, núm., 1, Bogotá, septiembre de 1902, p., 462-463.

y principio de Academia de Historia y Antigüedades Colombianas, una Comisión de hombres doctos y diligentes” a quienes se les encargaba las tareas de: 1) estudiar “las antigüedades americanas y de la Historia Patria en todas sus épocas”; 2) recolectar y estudiar materiales históricos; 3) fundar museos; 4) crear los índices para los archivos públicos y privados que le fuesen donados; 5) dirigir la Biblioteca de Historia de Colombia; 6) cuidar y conservar los monumentos históricos y artísticos del país; y 7) estudiar los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano.²⁴² La ley 24 del 28 de septiembre de 1909, por su parte, le daba a la Academia el “carácter de Academia oficial” y le reconocía la función de “Cuerpo consultivo del Gobierno”.

No fueron pocas las personas que oyeron este llamado nacional. Personajes provenientes de distintas profesiones –médicos, militares y abogados– aceptaron y se sumaron a la Comisión. Destacaron figuras de reconocido espíritu intelectual, como el señor Eduardo Posada, el médico Pedro María Ibáñez, el político José María Cordobés Moure, los generales Bernardo Caicedo, Ernesto Restrepo Tirado, Carlos Cuervo Márquez, y los juristas Carlos Pardo, Santiago Cortés, Andrés Vargas Muñoz, Eduardo Restrepo Sáenz, Luis Fonnegra, Ricardo Moros,

²⁴² Resolución número 115, por la cual se establece una Comisión de Historia y Antigüedades Patrias. En Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 1, Bogotá, septiembre de 1902, p., 1-2.

Manuel Antonio de Pombo, Francisco de Paula Barrera, José Joaquín Guerra, Adolfo León Gómez, Antonio Mejía Restrepo y Anselmo Pineda.²⁴³

A esta nómina se uniría Enrique Otero D'Costa a partir de 1911, primero como colaborador, y más adelante, gracias a sus trabajos historiográficos, como miembro correspondiente y como miembro numerario. Si bien su llegada a la Academia Nacional de Historia se produce en 1924, no hay que perder de vista que desde 1915 Otero se identificaba con esta institución, ya que había ayudado a hacer realidad uno de los proyectos que contenía la resolución 115 de 1902: el de formar Centros de Estudios Históricos en las localidades con el fin de acelerar la producción y defensa de la historia patria, tal como lo establecía el artículo tres de la norma²⁴⁴. Como se recordará Otero D'Costa, junto a miembros de la élite política de Cartagena y de Manizales, fue el artífice de los Centros de Estudios Históricos de cada una de estas ciudades.

Tenemos, entonces, a un intelectual vinculado a los grupos de élite provinciana, que asimila el proyecto histórico nacional y que lo replica en las provincias en las que se instala. No cabe duda, en consecuencia, que Otero ayudó a configurar el lugar mismo de producción histórica de su época, dos lugares particulares de producción de la historia nacional durante las dos primeras décadas del siglo XX:

²⁴³ *Ibidem.*

²⁴⁴ *Ibid.*, p., 2.

el Centro de Cartagena de Indias, en 1915 y el Centro de Estudios Históricos de Manizales, en 1919.

Estos hechos indican que, desde el principio, la obra historiográfica de Enrique Otero D'Costa estuvo vinculada a ese lugar social de producción de la historia que configurarían las Academias de historia del país. No ha de sorprender, por consiguiente, que Otero replique en sus obras los fines, los métodos y los temas que priorizaba la institución a la que pertenecía. He ahí la razón por la cual el presente trabajo argumenta que la obra de Enrique Otero D'Costa, como se verá a continuación, jamás configuró una especie de “historia desde abajo” con la que se propusiera introducir al pueblo como actor histórico nacional, tal como lo ha sugerido Preciado Camargo en su historia intelectual de Enrique Otero D'Costa. Los aspectos señalados a continuación darán prueba de ello.

Según lo indica Michel de Certeau, es en “función” del “lugar social de la historia” que se establecen los métodos, se precisa “una topografía de intereses” y se organizan los “expedientes” que permitirán resolver las cuestiones históricas.²⁴⁵ En otras palabras, fue la Academia Nacional de Historia, representada también en los Centro de Estudios Históricos de Cartagena y Manizales, las instituciones que en su momento determinaron el método, los temas y los materiales históricos que, al interactuar daban como resultado un producto histórico. Otero D'Costa elaboró sus trabajos de historia siguiendo, precisamente, estos elementos.

245CERTEAU, Michel de. Óp. Cit., p., 69.

3.1.1. Los temas de la obra historiográfica de Enrique Otero D'Costa o una topografía de intereses

Enrique Otero D'Costa se interesó por un variado tipo de temas históricos: los personajes ilustres o destacados en el campo político, militar, religioso o literario de distintas épocas de la historia nacional; los orígenes de las poblaciones colombianas o las fundaciones, como se decía por aquellos años, y una gran cantidad de pequeños enredos documentales que exigían clarificación: como una fecha de nacimiento, una profesión, la ubicación exacta de un lugar o las incidencias de una batalla.

Todos estos temas no estaban inspirados, como ha de suponerse, en el método histórico, ni en las discusiones de orden epistemológico propias de la disciplina, sino en el lugar social que en su contexto le daba sentido a la pesquisa histórica, es decir, la Academia Nacional de Historia. Como se trataba de una institución que estaba al servicio del Estado, y debido también a que en el contexto intelectual de la época las ideas que predominaban sobre la historia se centraban en su aparente y real utilidad pública, al posibilitar mediante el relato la inculcación de valores y normas de conducta social²⁴⁶, se consideraba que los temas objeto de investigación debían ser aquellos hechos y personajes dignos de rememoración para el bien de la patria, aquellos temas que posibilitaran la configuración de un “saber” que definiera y explicara “las diferencias entre los diversos grupos humanos” que pueblan la tierra, “su origen, la posesión de un territorio y el

²⁴⁶ BETANCOURT, Alexander. Óp. Cit., pp., 46-49.

derecho a la autodeterminación, al autogobierno y a asumir el pasado como un punto de partida para la proyección del futuro.”²⁴⁷

En voz de los contemporáneos de Otero, los historiadores tenían que

... escribir la historia de nuestros grandes hombres, historia que, yo lo espero –diría Nicolás Esguerra–, servirá para ilustrar nuestro nombre nacional y para rectificar el juicio que de Colombia puedan formar quienes sólo conozcan nuestras debilidades y nuestros errores, explicables aquellas por nuestra debilidad de pueblo nuevo y nuestra impaciencia por alcanzar mejores destinos...²⁴⁸

Además de los grandes hombres, la historia patria también tendría por encargo corregir los errores que sobre la historia nacional existieran, buscar los sucesos aún desconocidos y llenar sus vacíos:

Las líneas precedentes, que copiamos de un grave escritor, están mostrando cuánta es la importancia, utilidad y trascendencia que el estudio de la historia de la propia patria y de toda la América debe tener para nosotros los habitantes del Continente Occidental; y quien, consagrado á ese estudio, haya leído las obras que se han publicado por nacionales y extranjeros, desde la época en que el Obispo Piedrahita escribió su Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada, habrá comprendido que, en cuanto se refiere á

²⁴⁷ CARDONA, Patricia. Y la historia se hizo libro, Medellín, Universidad EAFIT, 2013, p., 123.

²⁴⁸ Acta de la sesión del 15 de enero de 1903, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 5, enero de 1903, p., 193.

Colombia, son muchos los vacíos que quedan por llenar, muchos lo errores que es preciso corregir, y muchos los sucesos, de mayor ó menor consecuencia, que están aún por narrar.²⁴⁹

El Estado colombiano ya lo había ordenado en la resolución 115 del 9 de mayo de 1902 al señalar que la Comisión de Historia y Antigüedades tenía como una de sus funciones estudiar “la Historia Patria en todas sus épocas”. La Academia en cumplimiento de aquella resolución, desarrollaba este concepto en el artículo primero de su reglamento interno al establecer que para “ilustrar la historia de Colombia” era necesario estudiar “la historia de los aborígenes, de la dominación española y de la República”, la historia “política, civil, eclesiástica y militar, y todo lo relativo á la cultura, civilización y progreso de la Nación colombiana.”²⁵⁰

En este contexto, Enrique Otero D’Costa dedicó sus investigaciones historiográfica a todos los temas establecidos por la institución del saber histórico a la que pertenecía. En efecto, Otero escribió biografías, investigó hechos militares, políticos, civiles y literarios y estudió los orígenes de varias ciudades, abarcando de esta manera los cinco periodos históricos en que había quedado dividida la historia nacional desde la historiografía decimonónica: el periodo aborigen, el descubrimiento, la conquista, la colonia y la república. En el campo de las biografías Otero escribió sobre personajes de la conquista como Gonzalo Jiménez

²⁴⁹ PÁRAMO, Elías de, “Datos para la historia de Colombia”, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 6, febrero de 1903, p., 289-290. (289-300)

²⁵⁰ Reglamento de la Academia de Historia, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. V, núm., 58, abril de 1909, p., 594.

de Quesada y Sebastián de Belalcázar. Con respecto al mundo aborigen, aunque este no fue su periodo predilecto, se interesó por los deportes entre los Chibchas, la belicosidad de los Pijaos y por el pueblo Guane. Del descubrimiento le interesaron algunos hechos menudos relacionados con los nombres precisos de algunos descubridores, como el de Belarcazar, algunos acontecimientos relacionados con la aventura de los conquistadores y los orígenes de muchos pueblos y ciudades colombianas (Tunja, Manizales, Bucaramanga, Anserma, Mompox, Pasto, Buenaventura o Cartagena). Sobre la Colonia, un periodo que le interesó sobremanera, Otero no solo contrajo su atención a los personajes ilustres, sino a los sucesos cotidianos que caracterizaban el periodo más extenso de la historia nacional. Del periodo republicano, finalmente, no solo le interesaron los hechos que llevaron a la nación colombiana a su independencia (en términos del conocimiento histórico de la época) sino los personajes que la hicieron posible. Así figuras como Francisco de Paula Santander, el almirante José Padilla o Policarpa Salavarrieta llamaron su atención.

En términos de Michel de Certeau, en cuanto a la temática se refiere, puede decirse que si algo caracterizó la obra de Otero D'Costa fue una amplia topografía de intereses, ya que escribió cerca de 100 artículos sobre personajes, hechos y ciudades memorables según el ideario de la época, además de sus libros e informes para la Academia.

Con respecto a la temática abordada por Otero en sus obras, resta por señalar que entre sus intereses no se encontraba el de escribir la historia del pueblo como actor social o político de primer orden, según aserto de Preciado Camargo, para quien resulta obvio que “las obras historiográficas que escribió [Enrique Otero D’Costa] fueron un intento por explorar y comprender a los actores ocultos de la historia nacional, los lugares donde ellos convivieron y las costumbres de su vida cotidiana.”²⁵¹ Sin duda, en la obra de Otero, hay algunos trabajos en los que se describen acciones de lo que podría denominarse por extensión el pueblo, todas ellas relacionadas con las costumbres o prácticas sociales, como se puede ver en el artículo que versa sobre los instrumentos musicales de los Chibchas o en el trabajo sobre los “deportes” practicados por “los primitivos pobladores del territorio colombiano”²⁵². En ambos textos, pero sobre todo en el segundo, el interés de Otero no es sacar a la luz un actor oculto o silenciado por la historiografía nacional, sino poner de relieve que algunos caracteres de la nación colombiana también provenía de los aborígenes americanos: “No todo lo bueno que poseemos –escribe Otero– ha de ser prestado o importado. Muchas cualidades tenemos

²⁵¹ PRECIADO CAMARGO, Daniel Mauricio, *Óp. Cit.*, p., 47-48. El autor argumenta que Enrique Otero D’Costa, “luego de consolidar su posición en [la ACH] pudo madurar un poco más sus ideas y logró atreverse a cruzar una frontera historiográfica que algunos intelectuales de su época estaban atravesando. La crisis de la historia académica y el acercamiento a la cultura del “pueblo” fueron los motivos que impulsaron a Otero a describir de otra manera los sucesos del pasado. Por su parte, la búsqueda por comprender a los actores y los escenarios de la cotidianidad rural de su tiempo motivó a nuestro personaje a crear un conjunto de crónicas y relatos basados en su propia experiencia personal, en las fuentes que consultaba en los archivos de la época e incluso en los valores e ideologías que promovía su partido político.” *Ibíd.*, p., 46.

²⁵² OTERO D’COSTA, Enrique. “Deportes indígenas”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. XIX, núm., 221, junio de 1932, p., 355.

propias, autóctonas.”²⁵³ No se trataba, por ende, de una historia “desde abajo”, sino de historia patria pura, del ejercicio de la investigación histórica centrada en el rescate de episodios que sustentaran la idea según la cual la nación colombiana estaba conformada por la herencia de tres elementos raciales: lo indígena americano, lo hispano y lo republicano. El escudo mismo de la Academia certificaba esta triple estirpe nacional al simbolizar la historia patria como el entrelazamiento de tres épocas históricas –la indígena, la hispana y la republicana– a través de un icono en el que se unían los bustos de “un indígena americano, el de un guerrero español del tiempo del descubrimiento de América, y el de la libertad”.²⁵⁴

Ésta equivocada interpretación de la obra de Otero D’Costa que realiza Preciado Camargo proviene de una lectura poco rigurosa de la obra de Otero, ya que confunde la obra historiográfica con la obra literaria. Si bien es cierto que la mayoría de su obra toca temas, personajes o épocas históricas, debe tenerse en cuenta que entre sus obras de ficción y sus relatos históricos el mismo Otero puso siempre coto. Así por ejemplo, un de sus libros de relatos lo tituló *Historietas* y no historia, otorgándole a los relatos un claro contenido ficcional. De hecho, como se verá más adelante, la historia en época de Otero era considerada la depositaria de la verdad, no de la ficción, así es que es poco probable que otero hubiera

²⁵³ *Ibíd.*

²⁵⁴ El escudo y la medalla distintivos de la Academia fueron adoptados en sesión del 15 de julio de 1904. Ver: Reglamento de la Academia de Historia, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. V, núm., 58, abril de 1909, p., 603.

considerado que sus relatos y a sus investigaciones históricas tuvieran el mismo valor académico. En efecto, cuando de textos históricos se trataba Otero era riguroso al extremo, ya que conocía en detalle los principales manuales de metodología histórica del momento –como se verá más adelante–, así que no escatimaba espacio y esfuerzo para dejar las cosas históricas muy en claro. En el artículo titulado “Conquistadores del Imperio Chibcha”²⁵⁵, por ejemplo, Otero D’Costa polemiza con algunas apreciaciones que Restrepo Tirado hiciera sobre la “El Descubrimiento y la Conquista de Colombia”. El dato que le interesa es el del número exacto de personas que conformaban la comitiva que desde Barrancabermeja se desplazó hacia la altiplanicie cundinamarquesa. Según Restrepo, el grupo de Quesada estaba conformado por 170 individuos. Otero D’Costa aplica la crítica histórica, haciendo gala de lógico y erudito, para falsear la afirmación de Restrepo y detectar un inadecuado manejo de las fuentes históricas: “En primer lugar –dice Otero–, aunque Ocáriz [-que es la fuente de Restrepo-] en el texto del «Preludio» dice que fueron 166 soldados, en la lista apenas saca 162 y no 161, como contó el doctor Restrepo. A estos 162 debemos agregar el nombre de Quesada (que no figura en la lista), y ya tendríamos 163. Este resultado falsea la base tomada por el doctor Restrepo Tirado...”²⁵⁶

No sucedía lo mismo en sus relatos de ficción. Como se recordará, si bien en algunos cuentos sobre la Guerra de los Mil Días publicados en *Dianas tristes* y

²⁵⁵OTERO D’COSTA, Enrique, “Conquistadores del Imperio Chibcha”, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. XIV, núm., 159, agosto de 1922, pp., 177-180.

²⁵⁶Ibíd., p., 178.

Montañas de Santander apelaba a los datos históricos, ninguno de ellos era medianamente exacto. Ello se debía a que Otero reconocía que a diferencia del relato histórico, en el relato literario el escritor tenía licencia para dejar volar su imaginación, mientras que en los estudios históricos estaba obligado a ubicar la verdad de los hechos. En el cuento *El Alto de la Cruz*, un relato sobre la Guerra de los Mil Días, por ejemplo, Otero narra algunos sucesos sobre la batalla de Palonegro, la misma en la que él no participó –como se mostró en el apartado especial dedicado a esta etapa de la vida de Otero–, pero que describe con gran elocuencia. En sus investigaciones históricas, por el contrario, Otero no se permitía esta licencia. En “Levantamiento en Vélez (1740)”, Otero D’Costa se proponía llegar al fondo de los hechos hasta establecer la verdad de los mismos. Su objetivo consistía en averiguar las *causas*, la *índole* y los *caracteres* de un acontecimiento que para algunos había constituido un levantamiento republicano primigenio en territorio nacional. Así que, con intención de falsear estas hipótesis Otero se da a la tarea de describir qué pasó con las personas que intervinieron de una u otra forma en el supuesto levantamiento. Muy ceñido a los datos que le entregaban los documentos, Otero D’Costa logra identificar que en los sumarios que se les siguió a los actores históricos no aparecían las palabras *traición contra el rey*, hecho que, concluiría Otero “aleja la hipótesis de que aquella revuelta hubiera sido un parpadeo de nuestra independencia, hipótesis que, considerando

con atención las cosas, no podía cuadrar dentro de la psicología de aquellas lejanas épocas.”²⁵⁷

3.1.2. El método de la historia

En una entrevista que le realizan en septiembre de 1952, se le preguntaba a Enrique Otero D’Costa por la historia. En términos sencillos Otero responderían que para él la historia era “la razón de ser de una nación” y una “conciencia de la soberanía”. Argumentaba su parecer afirmando que por eso era “tan fácil la conquista y sujeción de los pueblos bárbaros. Porque no tienen historia.”²⁵⁸ Este concepto de la historia indica que, desde sus inicios y a lo largo de toda su carrera para Otero D’Costa el oficio de la historia solo tenía sentido si este se ejecutaba en función de las necesidades de la patria, no en términos de la disciplina per se. La historia era para Otero, entonces, una ciencia cuyo fin no era otro que el de ayudar a definir los rasgos de la patria, en defensa de la patria misma.

Esta concepción no variaba en lo absoluto de la idea que imperaba en la época. Como él, otros especialistas en los estudios históricos pensaban que la historia constituía un saber cuya finalidad era –según la fórmula de Eduardo Posada, el primer presidente de la Academia Nacional de Historia– “servirnos para conocer los caminos que han conducido á las naciones á la ruina o al engrandecimiento”, y

²⁵⁷ OTERO D’COSTA, Enrique. “Levantamiento en Vélez (1740)”, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. XV, núm., 170, Bogotá, diciembre de 1925, p., 85.

²⁵⁸ El Tiempo, Bogotá, 23 de septiembre de 1952, p, 5.

era por eso precisamente “que la lectura de antiguas narraciones es en extremo provechosa” y que a “los pueblos que cometen faltas, se les dice, con razón, que se olvidan de Dios y de la historia” –concluía Posada–.²⁵⁹ La historia era pensada, como se ve, en cuanto saber relativo a la nación. De ahí que se la considerara necesaria para salvar del olvido los hechos y las cosas de la patria, guardar la memoria de los héroes y ofrecer esperanza a la nación. En los siguientes términos lo expresaba Posada: “No ha muerto ni morirá una nación que recuerda sus héroes, y busca en un pasado glorioso, fuerza para resistir al envilecimiento actual y confianza para llegar á un porvenir merecido”.²⁶⁰

En el cumplimiento de estas tareas el método crítico vendría a cumplir un papel fundamental como mecanismo a través del cual se legitimaban los conocimientos producidos al interior de un oficio dirigido hacia la búsqueda de la verdad. Efectivamente, si una de las funciones de la historia era guardar la memoria de los héroes y de sus hechos, para llenarlos de contenido era necesario fundamentarse en *el método*. “Para escribir historia se requieren hábitos de laboriosidad, de método y de orden; pasión por la verdad y la claridad; instrucción sólida, trabajo infatigable e inteligencia para abarcar un conjunto, formar un plan, distribuir los detalles y colocar con sobriedad los comentarios”²⁶¹, señalaba Posada.

²⁵⁹ POSADA, Eduardo. Discurso, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 3, Bogotá, noviembre de 1903, p., 112.

²⁶⁰ *Ibíd.*, p., 113.

²⁶¹ *Ibíd.*

El fin último del método era precisar la verdad, llevar luz a los episodios oscuros, acabar con la leyenda pero dar mayor lustre a la heroicidad: “La tarea de investigación (...) no es, como pudiera creerse, un trabajo que destruye las maravillas de la historia. Nó. Por cada leyenda que deshace aparecen en cambio con su verdadera claridad, en todo su valor, hazañas sin segundo que yacían olvidadas ó desconocidas. Desaparece un error con los golpes de zapa de los modernos estudios históricos...”²⁶², señalaba Posada en otro de sus discursos sobre la historia. Un ejemplo claro lo ofrecían hacia 1903 los recientes estudios emprendidos por la Academia sobre las figuras del Sabio Caldas y Camilo Torres. El análisis metódico realizado, decía Posada,

...lejos de quitarnos el encanto que aquellos hombres nos producían, ha venido á revelarnos una grandeza mayor. No eran espejismos patrióticos los que teníamos al ensalzar sus nombres. Por su sabiduría, por su patriotismo, por la dignidad de su vida, por su glorioso martirio, ambos patricios son superiores á toda leyenda. La crítica histórica es para ellos y los demás de su talla como el prisma para la luz solar. Donde antes veíamos solamente un rayo luminoso y blanco, vemos ahora, al descomponer sus vidas, que ellas encierran todos los colores del iris.²⁶³

La aplicación del método traía consigo grandes satisfacciones al investigador y a su institución, no obstante, el verdadero servicio del método crítico a la historia

²⁶² POSADA, Eduardo. Discurso, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 6, Bogotá, febrero de 1903, p., 302-303.

²⁶³ *Ibíd.*, p., 303.

provenía de su capacidad para evitar suspicacias de orden político. Como se recordará, toda esta generación tenía entre sus experiencias haber vivido por lo menos una guerra civil, y sin duda la más importante fue la Guerra de los Mil Días. Para Otero, tanto como para sus compatriotas, el principal resultado de la conflagración había sido la división la nación, se creía en consecuencia que una reconciliación de la patria era una tarea imperiosa. Pues bien, fue la Academia Nacional de Historia una de las herramientas que le permitiría a la élite colombiana trabajar por la unificación nacional.²⁶⁴ Así lo expresaba en 1903 el académico Alfonso León Gómez:

Hé ahí porqué es tan importante y tan benéfico este Centro [es decir, la Academia de historia], cuyos miembros, alejados en absoluto de la política activa, son como soldados de una nueva milicia nacional; pero soldados que no van á derramar sangre de hermanos, sino á buscar en la experiencia de generaciones ya juzgadas el medio de convertir en hermanos á los hombres que se odian; á descubrir en la lección dolorosa del pasado el no arbitrario rumbo del deber presente ; á adjudicar coronas á los buenos ciudadanos y a ejercer sanción sobre los malos.²⁶⁵

De ahí que se pusiera como límite temporal para los estudios históricos el año de 1819, el año de la independencia nacional:

²⁶⁴ BETANCOURT, Alexander. Óp. Cit., p., 45-46.

²⁶⁵ LEÓN GÓMEZ, Alfonso. Discurso, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. I, núm., 6, Bogotá, febrero de 1903, p., 291.

Ponemos como límite de una historia nuestra la batalla de Boyacá – sugería León Gómez–, porque suponemos que hasta ese año pueden narrarse los sucesos con ánimo imparcial y sereno. A partir de la Constitución de la Gran Colombia, en 1821, los historiadores ceden en su criterio á las pasiones violentas de la política, y cada cual pinta los hechos y hace deducciones más ó menos parciales y exageradas, según la escuela á que pertenece.²⁶⁶

Enrique Otero D'Costa conocía muy bien el método del que sus colegas hablaban. Si bien alguna vez señaló que solo invertía en la investigación histórica los breves periodos que le arrancaba a sus obligaciones laborales, su amplia historiografía era el resultado de una aplicación constante de los principios metodológicos aprendidos en los manuales de Laonglois y Seignobos y Alexandru Xénopol –la famosa *Introducción a los estudios históricos* y la *Teoría de la historia*, respectivamente–, así como de su visita a los archivos.

En el ambiente intelectual de la Cartagena de las primeras dos décadas del siglo XX, Enrique Otero D'Costa no solo se puso en contacto con la literatura de ficción. De hecho, fue en esta ciudad donde Otero empezó a buscar las respuestas a las inquietudes que la historia despertaba en él desde su niñez²⁶⁷. Si bien su vinculación al Centro de Estudios Históricos de Cartagena se dio hasta 1912, ya desde 1911 empezaba a ocuparse en el rescate de documentos históricos. Fue,

²⁶⁶ *Ibíd.*, p., 294.

²⁶⁷ Así lo indica en una entrevista que le hicieron en septiembre de 1952 en el periódico *El Tiempo*. *El Tiempo*, Bogotá, 23 de septiembre de 1952, p. 5. El periodista le pregunta a Otero D'Costa: “¿Desde cuándo comenzó a interesarse por la historia?” Otero responde: “Desde muy niño...”

pues, a través del rescate documental que Enrique Otero D'Costa intervino por primera vez en el campo de la historia.

Entre 1911 y 1912 Otero trabaja en unos documentos que encontró en la biblioteca de Cartagena. Se trataba de un “pliego de papel” cuyo encabezado decía contener “Copias de algunas cartas de un sujeto respetabilísimo, dirigidas a su esposa antes y después de su matrimonio”, que resultaron pertenecer a Francisco José de Caldas. Al descubrir que las cartas pertenecían a un personaje de la historia patria, y “guiado por la admiración” que le inspiraba, “después de cien años de polvo y olvido” decidió publicarlas.²⁶⁸

En enero de 1911 Otero remitió a la Academia Colombiana de Historia las transcripciones en que había estado trabajando. En su carta, además de solicitar comedidamente la publicación de aquellos documentos, Otero D'Costa daba visos ya de ser un conocedor de los aspectos metodológicos de la historia. Su apego a las reglas de la transcripción documental, por ejemplo, se hizo patente cuando advirtió que había “procurado tomar las mencionadas copias con toda exactitud, dejándoles no solamente la ortografía que regía en aquellos tiempos, sino también

²⁶⁸ OTERO D'COSTA, Enrique. “Sobre algunas cartas de Caldas”, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. VIII, núm., 90, Bogotá, noviembre de 1912, p, 350-351.

los errores verdaderos, ocasionados sin duda (...) por el descuido natural” en que incurrió su autor.²⁶⁹

Concluía su carta, acompañando sus transcripciones con una serie de comentarios en los que, pese a su sencillez, revelaba las posibilidades historiográficas de aquellos documentos:

(...) Como dije atrás –señalaba Otero en su carta–, la correspondencia es familiar, pues era dirigida á doña María Manuela Barona, esposa del sabio; mas no obstante, se encuentran en ella algunos detalles, que si no guardan acopio de datos para nuestra historia, sí dan detalles curiosos sobre una de las épocas más interesantes de nuestra Patria, así como también datos preciosos para la biografía del ilustre hombre (aún por escribirse), como por ejemplo, los embargos que por orden de Nariño y Carbonell se le hicieron bárbaramente (ó como decía el sabio desolado, «con bajeza y crueldad») sobre sus queridos bienes científicos, lo más caro que él tenía, después de su familia.²⁷⁰

La transcripción y el comentario de documentos históricos, así como la reseña de obras de historia serán actividades constantes a lo largo de su carrera intelectual. De hecho, varias de sus obras comenzaron como simples ejercicios de rescate documental o fueron comentarios de documentos que terminaron publicados en algún órgano académico de los que era miembro. Así pues, desde su ingreso en el

²⁶⁹ OTERO D’COSTA, Enrique. “Cartas inéditas de Caldas”, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. VII, núm., 84, Bogotá, mayo de 1912, p, 772.

²⁷⁰ *Ibidem*.

mundo de la historia Otero se hallaba familiarizado con las herramientas historiográficas de la época, herramientas de las que hará uso a lo largo de su carrera como historiador, principalmente a través de aquella técnica a la que denominará *disección* y que consistiría en aplicar la crítica interna y externa a todo documento histórico, o a los relatos en que sus colegas opinaban respecto a los temas que le interesaban.

Del rescate de documentos históricos pasó al estudio histórico en sí. En enero de 1914 el *Boletín de Historia y Antigüedades* le publicó un artículo sobre la fundación de Bucaramanga. Aquel breve estudio, iniciado en 1913 en los archivos de la capital colombiana –ciudad a la que tuvo que dirigirse para tratarse una lesión causada por un accidente sufrido en 1909²⁷¹–, se destacaba por los siguientes aspectos. En primer lugar, es de notar que Otero D’Costa centró su atención en la búsqueda de las causas que desembocaron en la fundación de su pueblo natal. Al respecto, pudo evidenciar, por ejemplo, que antes de convertirse en ciudad, Bucaramanga había sido un pueblo de indios creado por la administración española para hacer efectiva la reducción y el adoctrinamiento de los distintos grupos aborígenes que habitaban la zona, ya que estos eran a menudo los protagonistas de numerosos desórdenes sociales, así como las víctimas de continuos maltratos y abusos por parte de sus encomenderos:

²⁷¹ AGN- CEODC, Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Pedro Elías Otero D’Costa a Enrique Otero D’Costa, Calamar, 31 de octubre de 1909.

...la condición en que fueron hallados los indios –escribió Otero– era en extremo miserable, porque siendo la industria de la tierra el beneficio de los aventaderos de oro, andaban los desdichados sin darse punto de reposo, trasegando sin cesar desde Cañaverales a Chocóa y de Palogordo hasta Cachagua²⁷², trabajando como mulos de noria, sufriendo hambres, padeciendo fatigas y dejando muy a menudo sus osamentas en las insalubres vegas de los ríos, acequias y quebradas.

De esta vida nómada, venían, a juicio del señor Visitador [don Juan de Villabona y Zubiaurre], gravísimos inconvenientes, pues los naturales ni recibían doctrina, ni disfrutaban del pasto espiritual...²⁷³

Así pues, concluiría Otero, “Para evitar estos y otros no menores perjuicios, decidió el de Villabona asentar en aquellos contornos una población”.

El segundo aspecto que caracterizó este ejercicio histórico de Enrique Otero se relacionaba con las fuentes documentales. Debido, tal vez, a que se trataba de un trabajo corto y de objetivos modestos, Otero se valió solo de dos documentos históricos: el informe de la visita de don Juan de Villabona y Zubiaurre al Río del Oro, y de un proceso por linderos iniciado un siglo después de la creación de Bucaramanga, pero en el que se transcribía un auto en el que el presbítero Miguel de Trujillo y el general Andrés Paéz de Sotomayor –las personas a quienes Villabona había encargado la creación del pueblo de indios– afirmaban haber dado

²⁷² Unos sitios de la región.

²⁷³ OTERO D’COSTA, Enrique. “Fundación de Bucaramanga”, en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. IX, núm., Bogotá, enero de 1914, 100. p, 205-206.

cumplimiento a la comisión del visitador. Al respecto hay que señalar que si bien solo el primer documento era de primera mano, sin duda ambos materiales daban cuenta de los sucesos principales que dieron vida al poblado en cuestión, dado que la búsqueda de materiales históricos era en la época de Otero una tarea ardua. De hecho, el mismo Otero reconocía que llegar a los documentos más adecuados había sido una labor difícil, y que por ello algunos aspectos de la fundación de Bucaramanga continuaban siendo un misterio, tal como sucedía con la vida de Andrés Páez de Sotomayor, personaje del cual “Muy poco o nada” pudo Otero averiguar, por más que revolviera “viejos pergaminos y empolvados manuscritos”.²⁷⁴

El último aspecto que caracterizó este primer trabajo histórico de Enrique Otero D’Costa fue el estilo escritural. Aunque se trataba de un texto que no superó las 6 páginas, y en el que el uso de las citas era abundante, Otero quiso imprimirle un lenguaje ameno y sencillo que le permitiera describir el ambiente que posiblemente caracterizó aquel nuevo pueblo de indios:

(...) Así pues, el radiante sol de las montañas natales iluminó *el 22 de diciembre de 1622* el nacimiento de una nueva aldea que surgía tímida y ruborosa en medio de su gran llanura y a la sombra de sus arboledas color de sinople. Las fuentes que bajaban de la vecina sierra cortando el verde de su llano, como sierpes de nieve, llevaron agua cristalina para las chozas; los cucharales aledaños dieron generosos su leña para los

²⁷⁴ Ibíd. p., 208.

humildes hogares del indio, y las tierras del contorno abrieron sus vírgenes senos a la semilla del ciento por uno...²⁷⁵

Este primer ejercicio historiográfico de Otero D'Costa estaba lejos, sin duda, de la historia social y económica del proceso de poblamiento del territorio colombiano durante la conquista y el periodo colonial. Pero esto no se debía a su incapacidad como historiador. Eran simplemente las ideas que imperaban en el contexto las que guiaban su trabajo. Como se puede ver, las ideas que lo animan a emprender su primera investigación se relacionaban con la cuestión del origen y las causas del acontecimiento que le interesaba relatar y no con un fenómeno socio-histórico que requiriera una explicación, como lo son los procesos de poblamiento. Otero, como la gente común y los historiadores colombianos de su época, consideraba que la historia era el relato de los hechos pasados, y en consecuencia la tarea del historiador no era otra que delimitar y precisar la cronología de esos hechos.

En una carta de 1920 se hace palpable el predominio de esta concepción de la historia tanto entre los historiadores como entre la gente del común.

El 22 del pasado mes de diciembre, aniversario de la fundación de Bucaramanga –le escribía Luis Alfredo Bernal a Otero D'Costa–, te recordé muchísimo porque gracias a tu consagración y labor, hemos podido los hijos de aquel hermoso valle celebrar la memorable efeméride [recuérdese que en su primer artículo Otero logra establecer

²⁷⁵ OTERO D'COSTA, Enrique. "Fundación de Bucaramanga", en Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. IX, núm., 100, Bogotá, enero de 1914, p, 204-210.

que Bucaramanga fue “fundada” el 22 de diciembre de 1622]. La pobre hija de Suratá andaba sola y desamparada, sin origen ni carta de nacimiento, hasta el día en que con tu benedictina paciencia le arrancaste a la polilla de los vetustos anaqueles de los archivos coloniales de Santo Domingo, los documentos que comprueban lo que por espacio de tres siglos ignorábamos los santandereanos.²⁷⁶

Ya desde su primer trabajo Otero se ponía a la vanguardia en materia de estudios históricos. En efecto, su pequeño artículo venía a “clarificar” lo que para la época era un oscuro pasaje de la historia local: los orígenes de Bucaramanga. Sobre el particular, la versión más autorizada en el momento era la de don José Joaquín García, un letrado santandereano que había hecho circular la idea de que Bucaramanga había aparecido de manera espontánea, gracias a la acción de “Los más acomodados señores de la antigua Girón”, quienes “solían salir de allí con sus familias á pasar alguna época del año en la entonces casi solitaria llanura de Bucaramanga”, y en la que, con el “objeto de hacer más cómoda su permanencia”, “fueron adquiriendo propiedades sobre algunos solares de tierra y edificando varias casas pajizas, pero sin el premeditado propósito de formar una ciudad”.²⁷⁷ Esta versión la conocía Otero de primera mano, ya que don José Joaquín García era amigo de tertulia de su padre, don Pedro Elías Otero.

²⁷⁶ AGN-CEODC, Rollo 6, Caja12, Carpeta 30. Carta de Luis Alfredo Bernal a Enrique Otero D'Costa, Barranquilla, 2 de enero de 1920.

²⁷⁷ GARCÍA, José Joaquín. Crónicas de Bucaramanga. p., 26. La primera edición es de 1894.

Como se puede observar, ya desde sus primeros trabajos la obra de Otero deja ver un trasunto epistemológico común a la época: la idea positivista de que la historia es el descubrimiento y la narración de los hechos pasados vinculados a la nación. Estos principios los conoció Otero D'Costa en las obras metodológicas de Langlouis y Seignobos y Alexandru Dimitrie Xénopol –principalmente en la obra de Xénopol–. Este último era un metodólogo e historiador que se convirtió en el principal divulgador del positivismo histórico francés y alemán de finales del siglo XIX. Otero conoció la obra de Xénopol gracias a la versión española de *Teoría de la historia: de “los principios fundamentales de la historia”*²⁷⁸, en la traducción española de Domingo Vaca, publicada en Madrid por la casa Daniel Jorro en 1911. En aquella obra Otero aprendería que: “La práctica de esta disciplina [la historia] consiste en la exposición del pasado, tal como resulta de los hechos observados...”²⁷⁹

Esta será la concepción que predominará en toda su producción historiográfica, concepción que no se distanciaba de la noción que la Academia de historia le imprimía a sus trabajos como lugar de saber histórico. Con ello es evidente que Otero reflexionaba sobre la práctica histórica antes de ponerse manos a la obra, y que intentaba mantenerse a la vanguardia en materia epistemológica, ya que la obra de Xénopol había sido publicada en la *Revue historique*, el medio de divulgación de la Escuela Metódica francesa, cuyos principales exponentes eran

²⁷⁸ XÉNOPOL, Alexandru Dimitrie. *Teoría de la historia: de “los principios fundamentales de la historia”*, Madrid: Daniel Jorro, 1911.

²⁷⁹ *Ibíd.*, p., IX.

los famosos Langlois y Seignobos, los autores del manual de metodología histórica positivista más importante de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y con el cual se le daba a la historia un estatus científico²⁸⁰.

3.2. DOS OBRAS IMPORTANTES

3.2.1. Gonzalo Jiménez de Quesada: un tratado histórico

Como miembro del Centro de Estudios Históricos de Cartagena, en 1916 publicó en el *Boletín Historial* su primera obra importante²⁸¹. En esta ocasión, se ocuparía de la vida y obra de Gonzalo Jiménez de Quesada. El trabajo llevaba por título: *El Licenciado Jiménez de Quesada: algunas viejas novedades y ciertas nuevas vejeces sobre las empresas literarias y militares de don Gonzalo Jiménez de Quesada, mariscal y adelantado que fue del Nuevo Reino de Granada*²⁸². Para su publicación el *Boletín Historial* le dedicó poco más de cien páginas, en sus números 18 y 19, abriendo así un espacio editorial para las investigaciones que deseaban abordar las vidas de los principales personajes de la historia nacional, tal como lo hacía Otero con la vida del legendario conquistador español.

²⁸⁰ BREISACH, Ernst. *Historiography: ancient, mediaval & modern*. 2nd ed. Chicago: The University of Chicago, 1994, p., 276.

²⁸¹ En junio había publicado en la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario un texto conmemorativo sobre algunos héroes de la independencia de Cartagena. Ver: OTERO D'COSTA, Enrique. "Fusilamiento de los nueve mártires de Cartagena", *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá, junio de 1916, vol., XII, no., 115, pp., 270-279.

²⁸² OTERO D'COSTA, Enrique. "El Licenciado Jiménez de Quesada. Algunas viejas novedades y ciertas nuevas vejeces sobre las empresas literarias y militares de don Gonzalo Jiménez de Quesada, mariscal y adelantado que fue del Nuevo Reino de Granada", en CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE CARTAGENA DE INDIAS, *Boletín Historial*, Cartagena, octubre y noviembre de 1916, año 2, núm., 18 y 19, pp., 255-367.

Como su título lo indica, no se trataba de una biografía total²⁸³, sino de un estudio que pretendía, por un lado, y según lo expresara el propio Otero, sacar a la luz uno de los aspectos menos conocidos de la vida del fundador de Bogotá, como lo era su faceta literaria; y por otro, puntualizar algunos elementos de su vida. Otero se proponía, en consecuencia, “componer un catálogo” comentado de las obras del Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, así como aclarar las dudas que sobre la vida del militar español se habían tejido después de 400 años de literatura histórica. Sin embargo, el texto no era, como se verá, un simple catálogo de obras y acontecimientos, sino un conjunto de “tratados” en los que se comentaban y precisaban las “viejas novedades” y las “nuevas vejeces” que envolvían la vida y obra del Licenciado español.

Para desarrollar sus objetivos Otero estructuró su artículo en cinco “tratados”. Los primeros tres estaban destinados a precisar, más que a contar, una historia aún confusa acerca de las obras literarias –en sentido amplio– de Jiménez de Quesada, así como a dejar en claro qué textos, de los que se decía le pertenecían al conquistador, eran en efecto obras suyas. Las dos últimas secciones, por su parte, estaban orientadas a desmentir, reafirmar o comentar algunas noticias que los cronistas y los historiadores habían hecho sobre el mariscal Jiménez de Quesada.

²⁸³ El Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española define biografía como “Historia de la vida de una persona”. Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/?val=biograf%C3%ADa> Consulta realizada el 12 de octubre de 2013. François Dosse ha escrito un estudio completo sobre la biografía y su historia, en la que habla de las modalidades de la biografía. Ver: DOSSE, François. Óp. Cit.

3.2.1.1. Primer tratado

En términos más precisos, en el primer tratado de esta obra Otero D'Costa se propuso esclarecer la historia de la “primera empresa literaria” del Licenciado Jiménez de Quesada, un “mamotreto” del cual se tenía noticia gracias a que Gonzalo Fernández de Oviedo señalaba haberlo recibido de manos del propio Quesada y utilizado para componer algunos capítulos de la segunda edición de su *Historia General y Natural de las Indias*.²⁸⁴ Aunque Otero jamás vio el mamotreto, estaba convencido de que el Adelantado, además de genio militar, había tenido dotes literarias:

El Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada –escribió Otero–, afortunado descubridor y conquistador del Imperio de los Chibchas, fue un caballero que así supo tirar un buen mandoble, como escribir graciosos donaires, o crónicas historiales y aún más, componer algún devoto sermón. Parece que también se le alcanzaron sus puntos de poeta [...]

A pesar de haber poseído este buen hidalgo tan loables aficiones, es bien reducido, por no decir nulo, el número de las obras que de él han venido hasta nuestros días, no porque don Gonzalo hubiera ejercitado sus cualidades con parsimonia, sino porque la casi totalidad de sus trabajos se perdió, y hoy apenas tenemos datos muy magros de algunos de que han alcanzado hasta nuestros días, bien que en estado

²⁸⁴ Otero cita el dato, pero no referencia la fuente. Tal mención aparece en: FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra firme del mar océano*. Tomo I de la segunda parte, Madrid, Real Academia de la Historia, 1852, p., 378-379.

fragmentario, los menos, y en forma de simples noticias sobre su existencia, los más.²⁸⁵

A falta de un buen nombre, Fernández de Oviedo había puesto al texto el mote de “Gran cuaderno”. Pues bien, como Otero aceptaba en todas las afirmaciones del cronista, se interesó, tomando como base los extractos que éste hacía del “Gran cuaderno”, en averiguar si eran de Quesada otros textos que la tradición histórica le adjudicaba. Se trataba de las obras *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, descubierta a mediados del siglo XIX por el historiador Marcos Jiménez de la Espada²⁸⁶ entre los papeles del cosmógrafo del siglo XVI Alonso de Santa Cruz; y de la *Relación de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, un texto que había sido usado por Antonio de Herrera en la composición de sus *Décadas de Indias*²⁸⁷. El ejercicio consistía, entonces, en comparar el “Gran cuaderno” –considerado verdadero–, con el *Epítome* y la *Relación* –hipotéticamente espurios–.

Para resolver el interrogante Enrique Otero D’Costa emprendió una meticulosa “pesquisa”, indicando de antemano que era posible que Jiménez de la Espada y Antonio de Herrera tuvieran razón, pues los militares de la categoría de Quesada necesitaban de este tipo de documentos cuando deseaban –tal como lo hiciera el

²⁸⁵ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 255-256.

²⁸⁶ Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Historiador y naturalista colombo-español. LOPEZ-OCÓN, Leoncio y PEREZ-MONTES, Carmen. (Editores). Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Tras la senda de un explorador. Madrid, CSIC, 2000. P, 29-31.

²⁸⁷ Antonio de Herrera y Tordecilla (1549-1626) Cronista real de Felipe II y Felipe III. Publicó Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales, entre 1601 y 1615.

mariscal– ganar el favor de la Corona. Si bien Juan Friede demostró a mediados del siglo XX que el examen de Otero era erróneo, pues encontró en el Archivo Histórico Nacional de Madrid²⁸⁸ el *Epítome*, y pudo cerciorarse que tanto este como el “Gran cuaderno” eran el mismo texto, la “pesquisa” de Otero, aunque errónea, resultó ser una muestra elocuente de crítica documental.

En efecto, con el fin de *diseccionarlos* –según el mismo Otero lo señalara–, para ubicar así los elementos internos y externos que pudieran servir para demostrar si Quesada era o no el autor de aquellos escritos, Otero examinó uno a uno los 20 párrafos del *Epítome* y los cuatro fragmentos de la *Relación*. Las conclusiones a las que llegó fueron las siguientes. Determinó, tras hallar varias contradicciones, algunas inexactitudes cronológicas y otros tantos errores sintácticos, que el *Epítome* no le pertenecía totalmente a Quesada, ya que la mayoría de sus párrafos sólo contenían “una quinta esencia” –decía él– de las ideas del mariscal, así como afirmaciones entremezcladas “con detalles erróneos, datos fuera de almanaque y aún ideas desfavorables” para su supuesto autor, como aquella según la cual Quesada era natural de Córdoba, cuando él mismo había afirmado ser de Granada.²⁸⁹ Con respecto a la *Relación*, finalmente, indicó que no había duda que se trataba de una “Narración escrita por Quesada hacia los años 1538 o

²⁸⁸ FRIEDE, Juan. Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536-1539). Según Documentos del Archivo General de Indias. Sevilla. Revelaciones, rectificaciones. Bogotá, Banco de la República, 1960. Ver también: RAMOS, Demetrio. Ximénez de Quesada en su relación con los cronistas y el epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1972.

²⁸⁹ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 263 y 265.

1539”, que “trataba de la conquista del país de los moscas y aledaños, así como también de la descripción de sus costumbres, usos y productos naturales de sus tierras”, que era un “manuscrito (...) compuesto en el mismo teatro de los acontecimientos”, pero que se había perdido, y que solamente restaban de “él los extractos que insertó don Antonio de Herrera en sus «Décadas de Indias», más nueve párrafos que al parecer copió textualmente el desconocido autor del «Epítome»”.²⁹⁰

Sentadas estas ideas, Otero conceptuó que el “Gran cuaderno” visto y utilizado por Fernández de Oviedo si bien no era “propiamente un libro hecho y derecho”, constituía una “colección más o menos coordinada de apuntes que había reunido el Licenciado para hacer más tarde con ellos un trabajo en debida forma”²⁹¹, tarea que según Otero quedó inconclusa, pero que dejaba una fuente importante para la historia. Por ende, y para finalizar el primer apartado de su artículo, Otero D’Costa expresó lo que llamó su “tesis genealógica”²⁹² acerca de la primera empresa literaria de Quesada, señalando, en síntesis, que “el Gran cuaderno (...) fue el génesis” tanto de la *Relación* y los capítulos de Fernández de Oviedo sobre la conquista del Nuevo Reino de Granada, como del *Epítome* y algunos fragmentos de la obra de Antonio de Herrera.²⁹³

²⁹⁰ Ibíd. p., 267.

²⁹¹ Ibíd. p., 256-257.

²⁹² Este curioso concepto será analizado en otro lugar.

²⁹³ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 270-273.

3.2.1.2. Segundo tratado

En el siguiente apartado, titulado “Segundo tratado sobre las empresas literarias del Licenciado Quesada”, Otero se propuso “describir” y comentar otros ocho textos adjudicados al conquistador. De aquellos escritos se tenía noticia gracias a los comentarios hechos por los cronistas Fray Pedro Simón, Juan de Castellanos y Lucas Fernández de Piedrahita, e historiadores como Juan Bautista Muñoz²⁹⁴, José María Vergara y Vergara²⁹⁵, Joaquín Acosta²⁹⁶ y el ya mencionado Marcos Jiménez de la Espada. Los textos en que Otero se interesaba eran los siguientes: *Apuntamientos y noticias sobre la Historia de Paulo Jovio*, *Anales del Emperador Carlos V*, *Las diferencias de la guerra de los dos mundos*, la *Colección de sermones con destino a ser predicados en las festividades de Nuestra Señora*, *Los ratos de Suesca*, *Relación del Adelantado don Gonzalo Ximénez de Quesada sobre los conquistadores y encomenderos*, *Un Cuaderno* y la *Correspondencia del Licenciado*.

Los textos sin duda daban muestra de la intensa actividad intelectual del militar español. El primer escrito en ser abordado fue *Apuntamientos y noticias sobre la Historia de Paulo Jovio*, o el *Antijivio*, como se le conoce hoy en día. Paulo Jovio –

²⁹⁴ Historiador español (1745-1799). Fue el fundador del Archivo General de Indias y autor de la historia del Nuevo Mundo. BAS MARTÍN, Nicolás. “Juan Bautista Muñoz (1745-1799): un ilustrado valenciano, autor de la Historia del Nuevo Mundo y fundador del Archivo General de Indias”, en *Estudis: Revista de historia moderna*, núm., 26, 2000, p., 254-255.

²⁹⁵ Historiador colombiano (1831-1872), autor de *Historia de la literatura en Nueva Granada*.

²⁹⁶ Historiador colombiano (1800-1852), autor del *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*.

humanista italiano y obispo de Nacera en 1528– había escrito una obra titulada *Historia de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo, en el que se describen particularmente las victorias del invictísimo Emperador Carlos*²⁹⁷. En ella, según lo señalara el mismo Otero, “se hacían algunas críticas a la nación española”. Y como Quesada no había podido soportar “«tanto agravio y descortesía»” salió –en palabras de Enrique Otero D’Costa– “al campo de las letras” para refutar los excesos en que Jovio había incurrido.²⁹⁸ Ese fue el origen de los *Apuntamientos* de Quesada.

Pues bien, como un estudio de las obras del Licenciado hubiera quedado incompleto si no incluía un examen aunque fuera somero de los *Apuntamientos*, Otero quiso comentarlo. La información que ofrecía era mínima, pero lograba en todo caso ubicar al lector interesado. Como se sabe, el *Antijovio* nunca vio la luz en vida de su autor, ni siquiera en la época en que Otero escribió sobre él se sabía exactamente en qué año había sido elaborado o qué extensión tenía²⁹⁹. Así pues, lo que hizo Otero fue datarlo y analizarlo muy brevemente. Para establecer su

²⁹⁷ JOVIO, Paulo. *Historia de todas las cosas sucedidas en el mundo, en estos cincuenta años de nuestro tiempo, en el que se describen particularmente las victorias del invictísimo Emperador Carlos*. Granada, Casa de Antonio de Librixa, 1566. Citado en VIÁN HERRERO, Ana. “Comedia del saco de Roma de Juan de la Cueva: la defensa del orgullo nacional y los materiales historiográficos de Paolo Giovio”, en Odette Gorsse y Frédéric Serralya (editores) *El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse*. Toulouse, Presses Universitaires du Mirail-Consejería de Educación de la Embajada de España en Francia, Anejos de *Criticón* nº 17, p., 1087.

²⁹⁸ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 274.

²⁹⁹ Según los más recientes estudios, el *Antijovio* fue elaborado en 1569 y fue publicado por primera vez en 1952 por el Instituto Caro y Cuervo. Ver: QUESADA-GÓMEZ, Catalina. “Discurso contra el desencanto: el *Antijovio* de Jiménez de Quesada”, en *Almoreal Colloque: El desencanto*. Centre de Recherche Universités Angers-Le Mans-Orleans, 16 y 17 de marzo de 2006, p., 103. BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel. “Estudio preliminar”, en JIMÉNEZ de QUESADA, Gonzalo. *El Antijovio*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952, p., XXVI.

fecha de origen se fijó en la dedicatoria del texto, hecha por Quesada a “don Luis Méndez de Quixada”, a quien nombraba también como “Presidente del Consejo de Indias”. Teniendo en cuenta que Luis Méndez de Quixada había ocupado aquel cargo entre 1568 y 1570³⁰⁰, Otero dedujo que el texto había sido terminado durante ese lapso de tiempo³⁰¹. Como comentarios principales, Otero indicó que los *Apuntamientos* constituían una obra importante dentro del espectro de escritos de Quesada, que seguramente estarían llenos de datos sobre la vida del militar español y que sin duda fue una obra construida con afán, debido a que su autor deseaba combatir oportunamente las afirmaciones de Paulo Jovio.³⁰²

Los datos que Otero consiguió de los otros siete textos eran también mínimos, y casi todos, como ya se dijo, de segunda mano. De la *Colección de sermones*, por ejemplo, que fue del que más datos halló, Otero escribió:

Este es el título que, según Vergara y Vergara, tenía este trabajo. Parece que se trataba de unos sermones compuestos por Quesada y que estaban dedicados a la Virgen bajo su advocación del Rosario; debíanse predicar en una misa cantada que cada Sábado de Cuaresma celebrábase en el templo de Santo Domingo de Bogotá, en sufragio por las almas de los soldados que perecieron durante la conquista del

³⁰⁰ Don Luis Méndez de Quijada era el ayo de don Juan de Austria y un personaje de la entera confianza de la corona durante el reinado de Felipe II y en efecto fue Presidente del Consejo de Indias. Cfr. LUCENA SALMORAL, Manuel. (coord.). *Historia General de España y América*. Tomo VII. El Descubrimiento y la fundación de los Reinos Ultramarinos hasta fines del siglo XVII. Madrid, Ediciones Rialp, 1982. p., 456-458.

³⁰¹ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 274.

³⁰² *Ibíd.* p., 274-275.

Nuevo Reino de Granada. Tales misas fueron instituidas por una capellanía que fundaron los conquistadores sobrevivientes y que se llamó «Capellanía de los Conquistadores», al decir del Padre Zamora. El Padre Simón en sus Noticias Historiales (11/226) da mejores detalles.³⁰³

La información recabada por Otero era, como se ve, mínima. Esto se derivaba de su imposibilidad de llegar a los trabajos originales, con lo cual su artículo se transformaba, aquí sí, en un simple catálogo de “viejas novedades”.³⁰⁴

3.2.1.3. Tercer tratado

En el tercer apartado de su obra, Otero D’Costa lograba nuevamente trascender en su análisis. Ahora se concentraba en el *Compendio Historial*. Iniciaba su exposición lamentando la pérdida de aquel texto: “Nunca llorarán –escribió– las letras históricas de Colombia lágrimas suficientes para lamentar como es debido la pérdida de este valioso manuscrito.”³⁰⁵ Como en el primer apartado, Otero se proponía otra vez reconstruir “siquiera aproximadamente” cómo era aquel libro. Así pues, aplicando su método de la *disección*, aunque de manera menos rigurosa, Otero nuevamente se ocupó en la búsqueda de contradicciones, mentiras y errores internos en los pasajes que sus fuentes citaban como pertenecientes al texto de Quesada, todo con la intención de “rehacer el

³⁰³ *Ibíd.* p., 276.

³⁰⁴ La existencia de un texto como el Antijovio sólo se comprobó hacia mediados del siglo XX, cuando Friede emprendió sus estudios sobre la Conquista del Nuevo Reino de Granada, pues este investigador tuvo oportunidad de trabajar en los archivos españoles.

³⁰⁵ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... *Óp. Cit.* p., 283.

esqueleto” del “precioso manuscrito” y de comentar críticamente su “naturaleza” “histórico-literaria”.

Estos objetivos fueron desarrollados en poco más de 22 páginas. En primer lugar, basado en su conocimiento de los libros de la época de la conquista, así como en la información de los cronistas, Otero recreó la siguiente imagen del *Compendio Historial*:

Por las líneas del Prólogo de Piedrahita (...) parece que el título de la obra era: «Compendio Historial de las conquistas del Nuevo Reino (de Granada.») Después de la portada, que debió tener algunas leyendas alusivas a los títulos y dignidades de Quesada, debieron venir las licencias y dedicatorias de rigor en aquellas edades; luego, el Prólogo...

Después del Prólogo seguiría el Capítulo I del Libro I. En este Capítulo relató Quesada los sucesos de la época comprendida entre la salida de Lugo para Santa Marta y la marcha de la expedición hacia el Sur en búsqueda de las tierras incógnitas...

De los Capítulos II y III ninguna cita ni transcripción se hace, mas por lo que trata el Capítulo IV se comprende que los dichos II y III se concretaba a referir todos los sucesos ocurridos durante la travesía del río Magdalena y montañas del Opón hasta llegar a los umbrales del Nuevo Reino, o sean (sic) las montañas de Vélez. El Capítulo IV, según se infiere, comprende los acontecimientos que se desarrollaron entre la

entrada de los conquistadores del Nuevo Reino y la ejecución del mísero
Juan Gordo.³⁰⁶

De este modo, a lo largo de 3 páginas más, y amarrando a los datos sueltos escuetas alusiones y conjeturas, proseguía el historiador su descripción de los demás capítulos y libros que creía conformaban aquel desaparecido texto de Quesada.

Recreada ya la imagen del texto, Otero quiso no sólo poner a consideración el estilo literario del Licenciado y el valor histórico de su escrito, sino que expuso algunas precisiones sobre su pérdida. Con respecto al primer elemento no dudó Otero en destacar el genio literario de Quesada, llegando incluso a parangonar su estilo con el de los clásicos de la literatura española, al decir, por ejemplo, que algunas de sus líneas recordaban “por su factura las plumas diamantinas que en los pasados tiempos inmortalizaron la lengua de Castilla”. En argumento de su apreciación Otero citó un texto en el que Quesada narraba las dificultades por las que atravesaron los expedicionarios que comandaba cuando incursionaron en las selvas del Magdalena. La estrategia narrativa del Licenciado consistía en poner en boca de sus soldados todo cuanto sentía y pensaba, en vez de apelar al estilo llano:

(...) ¿Quién verá tan menoscabado un ejército florido como el que salió de la Costa, sin haber penetrado más que ciento cincuenta leguas, que

³⁰⁶ Ibíd. p., 284-285.

no discorra cuán vecina le amenaza la última pérdida? Nó son los indios enemigos los que acobardan espíritus criados en las regiones de España, sino el hambre y enfermedades, contra quienes pueden poco los bríos para escapar de la muerte. Ningún caudillo tan constante ha sufrido los trabajos como el que nos guía, y por lo mismo es tanto más sensible que perezca donde ni dé señales ni queden memorias de su valor invencible. Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de tantas miserias, con la esperanza; pero pasados de estos términos, sin ella, convertiráse en desesperación, la fortaleza. Ver solamente montañas desiertas de gente política y alimentos, y pobladas de animales feroces y riesgos inevitables, no es divertimento para seguido hasta la muerte y más cuando aún faltan noticias para que, engañado el ánimo, se proponga, siquiera fingido, el descanso. Nó se gana la fama con la obstinación empeñada en precipitar al dueño donde faltan empresas que lo disculpen, sinó donde la espada pueda abrirse el camino a un fin glorioso. Ya, sí volviendo a la presencia de nuestro Gobernador, reconocerá por la ruina de tantos muertos los afanes por donde han pasado los que llegaren vivos, y será disculpa para la emulación no despierta, saber que nó pudo adelantarse más el esfuerzo de un corazón no vencido.³⁰⁷

Por otra parte, sobre el valor histórico del *Compendio* Otero D'Costa destacó dos puntos: la imparcialidad de su autor, por un lado, y como contra parte, el tono hiperbólico que a veces empleaba Quesada para presentar los hechos. En efecto, Otero alabó como una característica digna de emulación la “imparcialidad” con que

³⁰⁷ Ibíd. p., 288.

había procedido Quesada “para relatar los acontecimientos” incluso más oscuros, sobre todo aquellos en los que él mismo podía verse mal involucrado. Por eso no dejaría Otero de destacar la “honrada firmeza” con que Quesada había censurado incluso su propio actuar. Citó como prueba varios casos, pero basta con traer a cuento el siguiente: según lo relatara el mismo Quesada, el “«día de la Asunción de Nuestra Señora»”, es decir, un 15 de agosto, antes de ir a saquear al Cacique de Tunja, Quesada y sus soldados comenzaron por confesarse y comulgar para “ir más contritos a semejante acto”. Como el hecho de pedir perdón de antemano le parecía a Quesada, ya cuando escribía, una treta vergonzante, expresó sobre el caso esta reflexión: “«Oh! Ceguedad extraña, entonces mal entendida de los conquistadores!»”. La frase le pareció tan sincera a Otero, que éste agregó: “Estas son palabras textuales que copia Zamora del «Compendio». Mayor sinceridad y buena fe no puede caber en un historiador de sus mismos hechos.”³⁰⁸

Pero si la “imparcialidad” de Quesada merecía para Otero ser resaltada, el tono hiperbólico que al parecer en algunas ocasiones empleó el Licenciado le resultaba reprochable. Fue por eso que Otero criticó que Quesada opinara, por ejemplo, que la población de Turmequé, en la ribera del Río Magdalena, ascendía a “tres o cuatro millones de almas”, “Hipérbole inadmisibile a todas luces –escribió Otero–

³⁰⁸ Ibíd. p., 289-290.

para quien conoce lo que son las riberas y el valle del Magdalena y sus dificultades para el desarrollo de la población.”³⁰⁹

Fue esta, en síntesis, la imagen que Otero recreara del desaparecido texto de Quesada.

3.2.1.4. Cuarto tratado

El cuarto apartado de su artículo lo utilizó Otero para precisar algunos aspectos de la vida militar de Gonzalo Jiménez de Quesada. Principalmente para tratar aquellos hechos o datos sobre los que no había consenso. Le interesaba sobremanera, por ejemplo, establecer con exactitud meridiana cuál era la fecha en que Quesada había emprendido su expedición al centro del país; cuál era la cantidad exacta de barcos enviados por Lugo con la expedición, y si en efecto Quesada había tenido título de “don”.

Durante siglos, siguiendo las versiones de fray Pedro Simón, Rodríguez Fresle y Flórez de Ocariz, la tradición histórica señalaba que la expedición de Quesada al interior del territorio del Nuevo Reino de Granada se había iniciado el 1 de abril de 1537. Aunque los tres cronistas aportaban sus propios testimonios, a principios del siglo XX Eduardo Posada³¹⁰ señaló en una de sus *Apostillas* que el dato no estaba del todo confirmado. En su opinión –y siguiendo los estudios tanto de Joaquín

³⁰⁹ Ibíd. p., 293.

³¹⁰ Miembro fundador de la Academia Colombiana de Historia.

Acosta como los de Restrepo³¹¹– la fecha verdadera era abril del año 1536³¹². Los argumentos eran los siguientes: Acosta señalaba, principalmente, que se debía confiar en los datos aportados por los cronistas que habían tenido a la vista el *Compendio Historial* de Quesada (Piedrahita y Zamora), un documento en el que sin duda se consignaba la verdad, pues se trataba de un texto elaborado por un actor directo de los acontecimientos. La situación exigía en todo caso que se diera por descontado que el *Compendio* había sido elaborado treinta años después, ya que, pese al tiempo, Acosta veía improbable que Quesada se hubiera desfasado “un año entero” al referir un hecho “tan memorable”. A este argumento Posada agregaba –basándose sobre todo en Restrepo– que se debía tener en cuenta también un hecho cronológico insalvable, y era que si Lugo había muerto en octubre de 1536, y este le había dado órdenes expresas a Quesada para iniciar la expedición, esta solo pudo llevarse a cabo en 1536, pues de lo contrario Lugo jamás hubiera podido dar la orden.³¹³

Otero compartía la tesis de Acosta y Posada, no obstante, veía que en sus argumentaciones dejaban “ellos mismos asomar dos dudas”:

De las líneas de Acosta se infiere que alguien pudiera argumentar flaqueza de memoria en Quesada, por haber escrito su «Compendio Historial» treinta años después del suceso. Esa argumentación podría

³¹¹ No queda claro a qué autor se refiere.

³¹² POSADA, Eduardo. “Apostillas”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. VI, núm., 69, Bogotá, febrero de 1911, p, 546.

³¹³ *Ibíd.*

ser hasta defensible, pues multitud de casos se han visto de olvidos y confusiones de fechas en la memoria de los mismos actores de importantes sucesos. Cuanto al doctor Posada parece que deja esbozar alguna duda, haciendo la salvedad que su argumento, sobre la muerte de Lugo lo hace basado en el dato cronológico del señor Restrepo, dato que más de callar su origen, va desacorde con una versión de Piedrahita.³¹⁴

Después de identificar las posibles inconsistencias, Otero presentó sus propias pruebas. En principio, señaló que se habría podido evitar cualquier suspicacia que despertara el problema de la buena o mala memoria de Quesada, si se hubiera apelado a la *Historia General y Natural de las Indias*, obra donde Fernández de Oviedo indicaba claramente que el «descubrimiento del río comenzó a cinco días de abril de mil quinientos y treinta y seis años»³¹⁵. De esta manera Otero llegaba a la fuente más precisa, ya que, como se recordará, para la elaboración de su obra Fernández se apoyó en el “Gran cuaderno”, un texto elaborado al fragor de la jornada. En cuanto al argumento de Posada, Otero indicó que en efecto la muerte de Pedro Fernández de Lugo había acaecido el 15 de octubre de 1536, pero que la fuente verdadera no era Restrepo –a quien descalificaba por ocultar sus fuentes– sino un documento del Cabildo de Santa Marta del 20 de noviembre de

³¹⁴ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 307.

³¹⁵ *Ibíd.* p., 308.

1537 en el que se le informaba al Rey que Lugo en efecto había muerto un año antes.³¹⁶

Con respecto al segundo problema que se había propuesto tratar, es decir, con respecto a la cantidad exacta de barcos que Lugo había enviado a la expedición del Magdalena, Otero simplemente vino a aclarar lo que decían las distintas fuentes con las que se contaba en su época. Para ello elaboró una especie de matriz en la que incluían los datos que cada fuente aportaba, sin llegar a resolver nada. En resumen, indicó que las fuentes del Cabildo de Santa Marta señalaban que Lugo envió 7 barcos y que dos de ellos fueron destruidos por una tormenta; que Castellanos registraba solo 6 barcos enviados y 2 destruidos; que Lebrija, Fernández de Oviedo, fray Pedro Aguado, Pedro Simón, Piedrahita y Zamora contabilizaban 5 barcos dentro de la flota enviada por Lugo, de los cuales solo 1 había sido destruido; y que Antonio de Herrera relataba que ninguno de los 3 barcos enviados por el gobernador a la expedición había sido destruido.

Finalizaba Otero este tratado aclarando si en efecto a Jiménez de Quesada le había correspondido el título de “don”. La duda la había sembrado Marcos Jiménez de la Espada en una de sus obras, al señalar que Quesada jamás lo había ganado y que Juan de Castellanos se lo endilgaba como favor. Como a Otero D’Costa no le agradó tal suposición, se dio a la tarea de buscar entre los

³¹⁶ Ibíd. p., 308-309.

cronistas alguna nota que resolviera en su favor la situación. La respuesta la encontró en Piedrahita:

El Licenciado, sí fue “don”, no porque le obsequiase tal distintivo Castellanos, pues en aquellos tiempos se era muy rígido en hacer ciertos distingos nobiliarios, sino porque Su Magestad (sic), el Rey de las Españas tuvo a bien otorgárselo. Sobre este punto dice Piedrahita: «...para inquietar más los ánimos llegó a Santafé el aviso de Cartagena con despacho, para que aquel Gobierno se comprendiese dentro de la jurisdicción de la Audiencia, con otro, para que el Mariscal Quesada se pusiese *don*, y así lo llamasen; merced de grandísimo aprecio hasta aquellos tiempos, porque en el decreto de tres letras se declaraba la suma de muchos méritos,» etc.³¹⁷

La duda, quedaba así resulta.

3.2.1.5. Quinto tratado

El último tratado del primer artículo importante de Enrique Otero D’Costa fue titulado “La postrera disquisición de este libro y su quinta parte o sea su epílogo”. Constaba solo de tres cuartillas y estaba encaminado a refutar una hipótesis que el historiador Francisco Javier Vergara y Velasco había aventurado sobre el *Epítome* de Quesada, que indicaba que este texto no era obra del Licenciado sino un fragmento perdido de las relaciones de Lebrija y San Martín. Como se

³¹⁷ *Ibíd.* p., 315.

recordará, Otero no solo ya había abordado el tema, sino que había demostrado que el *Epítome* pertenecía parcialmente a Quesada.

En todo caso, el hecho verdaderamente significativo de este epílogo no lo constituía la refutación de la hipótesis de Vergara y Velasco, la cual Otero llevó a cabo una vez más mediante la comparación de dos fragmentos de los textos en cuestión, sino la crítica que Otero profirió en contra de aquel historiador para descalificarlo. Como se sabe, Francisco Javier Vergara y Velasco fue, además de militar, político y geógrafo, un importante historiador colombiano de la segunda mitad del siglo XIX³¹⁸. La obra que le dio fama en el campo de la historia fue el *Tratado de metodología y crítica histórica y elementos de cronología colombiana*, publicada en 1907³¹⁹. Se trataba en el fondo de una traducción acoplada a la situación del país de la *Introducción al estudio de la Historia* de Langlois y Seignobos. Fue por eso, precisamente, que Otero decidió tratar su obra antes de finalizar su artículo.

Pues bien, tal como lo señalara Otero, habiendo Vergara y Velasco traducido una obra famosa de la historiografía mundial, como lo era el tratado metodológico de Langlois y Seignobos, era imperdonable que él omitiera “especificar claramente las fuentes del archivo (...) que le sirvieron de apoyo” para redactar sus *Capítulos*

³¹⁸ Vergara y Velasco (1860-1914). RAMÍREZ PALACIOS, David Alejandro. Las Geografías de Reclus y Vergara: itinerario de una red. Tesis para optar al título de historiador. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006, p., 6.

³¹⁹ VERGARA Y VELASCO, Francisco Javier. *Tratado de metodología y crítica histórica y elementos de cronología colombiana*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1907.

de *Historia Civil y Militar de Colombia*.³²⁰ Efectivamente, en esta obra Vergara y Velasco no relacionaba ni la procedencia ni la ubicación de ninguna de las fuentes de donde tomaba la información para su historia, pese a que con relativa periodicidad entrecomillara las palabras que no eran suyas.³²¹ Para Otero, por ende, la crítica era enteramente justa, y servía para descalificar cualquier opinión que el afamado historiador hiciera, principalmente en materia relativa a las obras del Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada. En síntesis, lo que Otero hacía al tratar en última instancia la cuestión de Vergara y Velasco era blindar su primer ejercicio historiográfico.

3.2.2 El Cronicón Solariego: un relato histórico basado en fuentes y crítica documental

Debido a una dificultad de salud, desde mayo de 1913 Otero estaba radicado en Bogotá: “fastidiado por forzosa vagancia” –escribe en la introducción del *Cronicón Solariego*– e impulsado por su afición a la historia decidió emprender “algunas exploraciones en los riquísimos archivos coloniales”.³²² Su búsqueda empezó en la sección denominada “Poblaciones”, con el fin de identificar documentos relacionados con Santander, su tierra natal. Fue ahí donde encontró los documentos que le permitirían escribir su primer artículo sobre Bucaramanga. Los

³²⁰ OTERO D’COSTA, Enrique. “El Licenciado... Óp. Cit. p., 316.

³²¹ VERGARA Y VELASCO, Francisco Javier. Capítulos de Historia Civil y Militar de Colombia, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1905.

³²² OTERO D’COSTA, Enrique. *Cronicón solariego*. s. l., Vanguardia-Cámara de Comercio de Bucaramanga, 1972, p., XIV.

documentos, como ya se señaló, le permitían poner en tela de juicio las nociones que sobre la fundación de su ciudad natal circulaban en la época:

Por el entonces de mi hallazgo era creencia unánime y consagrada en letreas de molde que el origen de Bucaramanga se debía a ciertos vecinos acomodados de San Juan de Girón quienes, buscando aires saludables y frescos, habían ido construyendo residencias veraniegas en el llano de Bucaramanga, dando así nacimiento a un núcleo de habitaciones que paulatinamente se fue convirtiendo en poblado, luego en humilde parroquia que más tarde mereciera el título de villa y, por último, en la ciudad de hoy.³²³

Por esta razón Otero quiso llevar sus investigaciones a capas más profundas. Con ello Otero no solo rectificaba la historia de la ciudad sino que “le conquistaba un puesto de honor, por su antigüedad, en la nómina de las ciudades colombianas.”³²⁴

La investigación le exigiría un dominio no solo del método crítico sino de las ciencias auxiliares de la historia, principalmente de la paleografía, dada la naturaleza de los documentos:

Quien conozca el archivo en referencia y sepa lo que son esos millares de expedientes o legajos agrupados generalmente de manera deplorable, empastados con tantas incongruencias y con títulos de

³²³ *Ibíd.*, p., XVI.

³²⁴ *Ibíd.*

índice que tan pocas cosas sugieren y que en muchos casos más bien desorientan al investigador, podrá hacerse cargo de las dificultades con que debía tropezar mi empresa. Para colmo de males una gran parte de aquellos códices estaba escrita en endemoniada letra procesal de los Escribanos de los siglos XVI y XVII y estas circunstancias me obligaba a emprender un laborioso estudio de Paleografía capaz de intimidar al más intrépido rebuscador de curiosidades arqueológicas...³²⁵

Otero sabía, sin embargo, que su arduo trabajo tendría recompensa. Y como historiador académico ninguna era mejor que “encontrar ese dato preciso” que permitiera no solo aclarar la historia de su solar nativo, sino presentar al público bumangués “una Fé de Bautismo que legitimara donosamente su nacimiento” otorgándole “un sitio honorífico en el catálogo de las más antiguas ciudades de Colombia.” Pero al percatarse Otero, que entre los documentos había un “gran número de legajos relacionados con la historia de la comarca”, concibió la idea de “estudiarlos con más detenimiento para escribir, apoyado en ellos, la crónica de Bucaramanga en los siglos XVI, XVII y XVIII”, una historia desconocida por aquellos tiempos.³²⁶

En esta obra Otero D'Costa se proponía escribir la historia de Bucaramanga desde su fundación hasta 1810, de ahí que la titulara “Cronicón solariego”, pues era la historia de los hechos y las personas importantes durante la época en que los vecinos de Bucaramanga concebía su vínculo patrio en términos del solar nativo.

³²⁵ *Ibíd.*, p., XVII.

³²⁶ *Ibídem.*

Se trataba, en otras palabras, de la historia de Bucaramanga durante la época colonial. Otero llamó a esta historia, “la historia civil en los tiempos coloniales”, un relato de las relaciones entre los gobernantes y los gobernados en la colonia.

La obra era en efecto ambiciosa. Otero la había estructurado en tres grandes partes, cada una de ellas dedicada a un siglo específico. No obstante, Otero solo publicaría la parte correspondiente al siglo XVI, aquella que trataba los hechos ocurridos específicamente entre 1531 y 1630. Las partes subsecuentes abordarían los lapsos de 1631 a 1730 y de 1731 a 1810. La primera parte fue concluida en 1916 y publicada en Manizales en 1922, en vista que la Gobernación de Santander no pudo publicarlo. Del tomo dos Otero dejó un borrador, consistente en la anotación de una cronología de hechos sin establecer críticamente, pues las múltiples ocupaciones de Otero no le permitieron adelantar el trabajo.

Con todo, la parte que vio la luz constituye una muestra del tesón investigativo de Otero. Pero destaca porque en él es palpable la manera en que los historiadores de la época concebían el rigor del método. Tal como se señaló páginas atrás, el método constituía entre los historiadores académicos una herramienta destinada a establecer la verdad de los hechos: “...al escribirle [se refiere aquí a la obra] hemos procurado ceñirnos a la más cuidadosa crítica. No hemos lanzado un concepto ni hemos formulado un juicio de importancia sin que antes le hayamos precedido de atento examen, así de las obras que sobre el particular traten y que

estén ya publicadas, como de los documentos inéditos...³²⁷ y en efecto así lo hacía, y no con sencillas llamadas a pie de página sino con tratados particulares integrados a la obra como apéndices. Estos tratados, como se vio en la obra sobre Jiménez de Quesada eran comentarios documentales destinados a establecer un punto verdadero sobre hechos concretos, con apoyo en documentos o fuentes originales.

Como apoyo a la argumentación, y con el ánimo de dejar en manos del lector la última palabra sobre los hechos narrados, Otero integro a la obra dos apéndices. Estos abarcaban la tercera parte de la obra y trataban temas como la descripción del territorio de los Guanes; algunas consideraciones sobre las razas americanas; las características económicas, religiosas lingüísticas e idiosincráticas de este pueblo aborígen; las vidas de los conquistadores y datos de diversa índole relacionadas con el proceso de conquista, como el número de soldados que formaron parte en alguna expedición; los actos públicos de los gobernantes de las primeras fundaciones; las disputas entre conquistadores y las expediciones.

Así, entonces, diferencia del trabajo sobre Jiménez de Quesada, en el *Cronicón solariego* es ya evidente un relato histórico finiquitado; un relato sustentado en evidencias extraídas de los materiales históricos, mediante la crítica de las versiones destinado a enaltecer el pasado de la patria chica en cuanto constitutiva de una misma nación.

³²⁷ *Ibíd.*, p., XIX.

4. CONCLUSIONES

Con base en los elementos metodológicos de la historia intelectual y de la historiografía, el presente estudio ha querido aproximarse a la obra historiográfica de Enrique Otero D'Costa. Sus objetivos específicos eran caracterizar la obra de este historiador de la primera mitad del siglo XX en los términos de la época en que vivió, tratando de revelar, de esta forma, la matriz intelectual que estructuraría la obra, pues se parte del presupuesto según el cual toda obra es hija de su tiempo, es decir, de su contexto.

El trabajo hasta aquí desarrollado ha permitido llegar a varias conclusiones; unas de orden metodológico y otras de orden histórico propiamente dicho. Entre las primeras, la más importante indica que a través de un estudio de historia intelectual es posible identificar los nexos existentes entre el contexto histórico, el autor y sus obras intelectuales. Seguramente, hacer evidente una vez más esta relación sea inoficioso para algunos, pues no son pocos los investigadores que, interesados en la historia de la cultura y de las ideas políticas, hayan optado por llevar sus estudios sobre las ideas o sobre la producción intelectual por el camino del análisis contextual de la ideas. No obstante, debe señalarse que solo recientemente los historiadores han venido a interesarse por el estudio de su propia disciplina, principalmente de las obras más importantes del campo, a través de análisis que vinculan el contexto histórico, la producción historiográfica y al productor individual.

Llama la atención, además, que los estudios hasta ahora realizados se encuentren centrados principalmente en la obras fundacionales de la historiografía nacional – la historiografía decimonónica– y que eludan o aún no miren con mayor seriedad la historiografía de la Académica Colombiana de Historia. La presente investigación ha querido, como se pudo observar, llenar este vacío. Su preocupación no fue, como pudiera creerse, hacer la apología de la historia patria, sino tratar de comprenderla en su contexto “original”, a la luz de las ideas imperantes en la época en que aquella historia tuvo mayor protagonismo, durante los primeros cincuenta años del siglo pasado.

En cuanto a los aspectos de orden histórico, el trabajo realizado a permitido concluir lo siguiente:

En primer lugar hay que señalar que el itinerario vital y académico de Enrique Otero D’Costa estuvo signado, en principio, por su origen en el seno de una familia medianamente acomodada gracias a la bonanza cafetera de finales del siglo XIX y que contaba con miembros educados, en capacidad de ofrecerle una formación o iniciación en el mundo de las letras, aspecto que le posibilitaría establecer unas bases para el desarrollo de sus aficiones históricas y literarias. Esta afición literaria aprendida en la familia paterna y en el medio social en el que creció, la Bucaramanga que experimentara la transición moderna entre los siglos XIX y XX, le ofrecieron a Otero la posibilidad de ensayarse como editor, escritor, publicista y empresario cultural en el mundo del periodismo; actividad que en él dejará las

enseñanzas necesarias para sacar adelante las empresas editoriales de las que se encargó a lo largo de su carrera como académico de la historia, en la dirección del *Boletín Historial*, del *Archivo Historial* y del *Boletín de Historia y Antigüedades*.

La Guerra de los Mil Días también dejará en él su impronta. La guerra no solo le inspiró los relatos que se encargaron de mostrarle al público nacional la crueldad humana, también le permitió percatarse que la historia como saber podría servir de fuente para la unificación nacional, pues con su vinculación a la Academia Nacional de Historia Otero aceptaba tácitamente los principios de una institución que evitaba la confrontación partidista mediante la investigación histórica. Su itinerario vital y académico, finalmente, muestran a un hombre maduro, interesado profundamente en los negocios comerciales, la política y los círculos intelectuales de las regiones en las que se instaló: en la Costa Atlántica colombiana no solo fundó sus negocios y su familia, en ella se incursionó en el estudio de la historia y se comprometió con el proyecto histórico nacional al fundar el Centro de Estudios Históricos de Cartagena. Tarea similar hizo cuando los negocios lo llevaron a Manizales, ciudad donde además de participar en la fundación de su respectivo Centro de Estudios Históricos, dirigió con aplomo el rotativo académico de la institución. Su llegada a la Academia Nacional de Historia fue en consecuencia un premio a su labor intelectual: pues para 1924, cuando es recibido como miembro numerario por la institución, Otero ya había elaborado su obra principal.

En segundo lugar, con respecto a la obra historiográfica de Otero, cabe señalar que la obra revela un fuerte vínculo con la institución de saber histórico que dominaba el contexto intelectual de la época. En efecto toda su obra estuvo vinculada a la Academia, en principio a los Centros de Estudios Históricos de Cartagena y Manizales y más adelante a la Academia Nacional de Historia. En cada una de estas instituciones Otero desarrolló obras precisas como el estudio sobre *Gonzalo Jiménez de Quesada* o el *Cronicón solariego*.

En tercer lugar, el análisis efectuado evidenció que los intereses historiográficos de Enrique Otero D'Costa no fueron otros que los que la institución a la que pertenecía establecía como objeto de la historia. No hubo en la obra de Otero, como quiso demostrar Preciado Camargo, un interés por el pueblo en cuanto actor histórico, ni una especie de “historia desde abajo” con la cual se le diera un nuevo sentido a la historia nacional. Por el contrario, todos sus trabajos evidencia un interés llano en la historia patria tal como la definía la Academia Nacional de Historia desde su origen, la misma que era investigada en los términos metodológicos que imperaban en la época.

En último lugar, se concluye que en sus trabajos más importantes –*Gonzalo Jiménez de Quesada* y *Cronicón solariego*– Otero hacía palpables una manera específica de concebir la historia, la historia patria, una forma de la historia que tenía como principal finalidad, enaltecer y proyectar el horizonte de la patria, con apoyo exclusivo del método histórico positivista. De ahí que en la primera de estas

obras se perciba en toda su magnitud la aplicación del método crítico, mientras que en la segunda, además de la aplicación del método se perciba la completitud del producto histórico, al culminar en la creación de un relato, en este caso cronológico, de los hechos descubiertos mediante el método.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA. *Boletín de Historia y Antigüedades*. Órgano de la Academia Colombiana de Historia. Vols. I-LII.

Alpha, Medellín, diciembre de 1908, año III.

Base de Datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/graficarseries.html> consulta realizada el 10 de mayo de 2014.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MANIZALES, *Archivo Historial*, Vols. 1-4, Manizales, Imprenta Departamental, 1919, Enrique Otero D'Costa, (Dir. y Ed.), (Edición facsimilar, 2004)

CABALLERO, Lucas. *Memoria de la guerra de los Mil Días*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura/ABC, 1980.

_____. *Memorias de la Guerra de los Mil Días*, Bucaramanga, Fundación Libro Total/Sic, s.a., Disponible en: http://www.llibrototal.com/ltotal/?t=1&d=6091_5900_1_1_6091 Consulta realizada el 1 de julio de 2015.

El cojo ilustrado, Caracas, 1 de octubre de 1896.

El Tiempo, Bogotá, 18 de noviembre de 1935.

El Tiempo, Bogotá, 2 de febrero de 1911.

El Tiempo, Bogotá, 23 de septiembre de 1952.

El Tiempo, Bogotá, 31 de enero de 1934.

El Tiempo, Bogotá, 7 de septiembre de 1964.

La Juventud, Bucaramanga, 18 de mayo al 15 de julio de 1899.

OTERO D' COSTA, Enrique, *Relatos de la Guerra de los Mil Días*, Bogotá, Panamericana, 2001.

———. *Cronicón solariego*. s. l., Vanguardia-Cámara de Comercio de Bucaramanga, 1972.

———. *Dianas tristes: episodios de la Guerra de los Mil Días (1905)*. s. l. (Sic) Editorial, s. f. p. 3-18.

———. *Historietas: leyendas y tradiciones colombianas*. s. l., (Sic) Editorial, s. f. p.13-23.

———. “El Licenciado Jiménez de Quezada. Algunas viejas novedades y ciertas nuevas vejezas sobre las empresas literarias y militares de don Gonzalo Jiménez de Quezada, mariscal y adelantado que fue del Nuevo Reino de Granada”, en CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE CARTAGENA DE INDIAS, *Boletín Historial*, Cartagena, octubre y noviembre de 1916, año 2, núm., 18 y 19, pp., 255-367.

———. *Dianas tristes*. Barranquilla: Imprenta de los Andes, 1905.

———. *Montañas de Santander*, 3a. Ed., Bucaramanga, Alcaldía de Bucaramanga-Instituto Municipal de Cultura-(Sic), 2000.

SANTANDER B. OCIO, *La Ismaelada*, Bogotá, Imprenta del comercio, 1897.

FUENTES SECUNDARIAS

ACEVEDO TARAZONA, Álvaro y GONZÁLEZ MONSALVA, Cesar Augusto, *Historia de la erección de la parroquia de Bucaramanga y del crecimiento de su población 1778-1923*, Tesis de grado, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1993, t., II.

_____ y MALTE ARÉVALO, Rolando Humberto, “La vida en tiempos de guerra: los relatos de Enrique Otero D’Costa sobre la Guerra de los Mil Días”, en ELÍAS-CARO, Jorge y MACÍAS RAMOS, Margarita (eds.), *La historia en la literatura y la literatura en la historia Latinoamericana y Caribeña. Memorias Congreso Internacional de Historia y Literatura*, Barranquilla, 23-25 de octubre, 2014, pp., 12-27.

ALTAMIRANO, Carlos. *Intelectuales: notas de investigación*. Bogotá, Norma, 2006.

ÁLVAREZ LLANOS, Jaime, “El republicanismo en Barranquilla, 1909-1914: dinamización de la política”, en *Huellas*, núm., 45, Barranquilla, Universidad del Norte, diciembre 1995., pp., 30-40.

ARIAS TRUJILLO, Ricardo. *“Los Leopardo”. Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá, Universidad de los Andes-Facultad de Ciencias Sociales-Departamento de Historia-Uniandes, 2007.

BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel. “Estudio preliminar”, en JIMÉNEZ de QUESADA, Gonzalo. *El Antijovio*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952, pp., V-XXXI.

BAS MARTÍN, Nicolás. “Juan Bautista Muñoz (1745-1799): un ilustrado valenciano, autor de la *Historia del Nuevo Mundo* y fundador del Archivo General de Indias”, en *Estudis: Revista de historia moderna*, n° 26, 2000.

BERGQUIST, Charles, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, Medellín, FAES, 1981.

BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación: tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta/Universidad Autónoma Luis Potosí/Coordinación de Ciencias Sociales y Humanas, 2007.

BREISACH, Ernst. *Historiography: ancient, mediaval & modern*. 2nd ed. Chicago: The University of Chicago, 1994.

CARDONA, Patricia. *Y la historia se hizo libro*, Medellín, Universidad EAFIT, 2013.

CATAÑO, Gonzalo. *La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis Eduardo Nieto Arteta*. Bogotá. Universidad Externado de Colombia, 2013.

_____. *Luis Eduardo Nieto Arteta: esbozo intelectual*. Bogotá, Instituto de Estudios Constitucionales Carlos Restrepo Piedrahita, 2002.

CERTEAU, Michel de. *La escritura de la historia*. 2ª ed. México D. F., Universidad Iberoamericana-Departamento de historia, 1993.

CHIRSTIE, Keíth H., *Oligarcas, Campesinos y política en Colombia: aspectos de la historia sociopolítica de la frontera antioqueña*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986.

COLMENARES, Germán. “La ‘Historia de la Revolución’ por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en *Revista de Extensión Cultural*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, núm., 19, 1985, pp., 6-13.

_____. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. 5ª ed. Medellín: La Carreta, 2008.

DARNTON, Robert. "Historia intelectual y cultural", en *Revista Historias* núm., 19, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D.F., oct.-mar de 1988. p. 46. Disponible en: http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_19_41-58.pdf. Consulta realizada el 27 de mayo de 2012.

_____. *La gran matanza de gatos y otros episodios de historia cultural francesa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

DEAS, Malcolm, "La memorias de los generales. Apuntes para una historiografía de la guerra", en SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario (Eds.), *Memoria de un país en guerra: los mil días: 1899-1902*, Bogotá, Planeta/IEPRI/UNIJUS/Universidad Nacional de Colombia, 2001, pp., 125-141.

DOSSE, François. *La apuesta biográfica: Escribir una vida*. Valencia, Universitat de València, 2007.

_____. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia, Universitat de València, 2006.

ESPAÑA, Gonzalo, "Pequeño mapa de la Guerra de los Mil Días", en ESCOBAR MESA, Augusto y otros (Eds.), *Narrativa de las guerras civiles colombianas: La Guerra de los Mil Días*, vol. 3, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2005, pp., 11-57.

FAWCETT, Louise y POSADA CARBÓ, Eduardo, "Árabes y judíos en el desarrollo del Caribe colombiano, 1850-1950", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol., 35, núm., 49, 1998, pp., 1-29.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra firme del mar océano*. Tomo I de la segunda parte, Madrid, Real Academia de la Historia, 1852.

FRIEDE, Juan. *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536-1539). Según Documentos del Archivo General de Indias. Sevilla. Revelaciones, rectificaciones*. Bogotá, Banco de la República, 1960.

GARCÍA, José Joaquín. *Crónicas de Bucaramanga*. p., 26. La primera edición es de 1894.

GHOTME GHOTME, Rafat Ahmed. "Santanderismo, antisantanderismo y la Academia Colombiana de Historia: la operación histórica en el proceso de construcción de nación en Colombia, 1910-1970", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm., 34, 2007, Universidad Nacional de Colombia. pp., 125-126. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=127112570011>. Consulta realizada el 26 de mayo de 2012.

GOMBRICH, E. H. *Ideales e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia y el arte*, Madrid, Debate, 1999.

GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo III. México D. F., Era, 1984.

GRUPPI, Luciano. *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México D. F., Cultura Popular, 1978.

GUERRERO RINCÓN, Amado y AVELLANEDA NIEVES, Maribel, "La elite empresarial de Santander (1880-1912)", DÁVILA LADRÓN de GUEVARA, Carlos (comp.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX*, Bogotá, Norma/Uniandes, 2003, pp., 141-178.

HENDERSON, James D., *La modernización en Colombia: Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2006.

JOHNSON, David C. "Impacto social de la guerra de los mil días: criminalidad", en *Revista Humanidades*, vol. 24, núm., 2, Bucaramanga, 1995, pp., 13-23.

_____. "Lo que hizo y no hizo el café: Los orígenes regionales de la guerra de los Mil Días" en *Humanidades*, vol. 20, núm., 1, Bucaramanga, UIS, 1991, pp., 77-86.

LE GOFF, Jacques. *Los intelectuales en la edad media*. Barcelona, Gedisa, 2001.

LOAIZA CANO, Gilberto. "Los intelectuales y la historia política en Colombia", en AYALA DIAGO, César Augusto. *La historia política hoy. Sus métodos y las ciencias sociales*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. S.f. pp., 67-69.

_____. *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín, Universidad de Antioquia-Universidad nacional sede Medellín-Universidad EAFIT, 2004.

LOPEZ-OCÓN, Leoncio y PEREZ-MONTES, Carmen. (Editores). *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Tras la senda de un explorador*. Madrid, CSIC, 2000.

LORAU, Nicole y Carles MIRALLES. *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne*. París, Belin, 1998.

LUCENA SALMORAL, Manuel. (coord.). *Historia General de España y América. Tomo VII. El Descubrimiento y la fundación de los Reinos Ultramarinos hasta fines del siglo XVII*. Madrid, Ediciones Rialp, 1982.

MACHADO C. Absalón, "EL café en Colombia a principios del siglo XX", en MISAS ARANGO, Gabriel, (Ed.) *Desarrollo económico y social en Colombia. Siglo XX*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001, pp., 77-98.

MANDROU, Robert. *Des humanistas aux hommes de science*. París, Seuil, 1973.

MARTÍNEZ CARREÑO, Aída, *La guerra de los Mil Días. Testimonios de sus protagonistas*, Bogotá, Planeta, 1999.

MARTÍNEZ SIMANCA, Alibio. *Simón Latino y la librería La Gran Colombia, patrimonio cultural de Bogotá*. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá-Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

MAYA, María José, “Discordia, reforma constitucional y Excepción de Inconstitucionalidad”, *Revista de estudios sociales*, núm., 42, Bogotá, 2012, pp., 118-128.

MEJÍA MACÍA, Sergio Andrés. “¿Qué hacer con las historias latinoamericanas del siglo XIX? (A la memoria del historiador Germán Colmenares)”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm., 34, 2007, Universidad Nacional de Colombia. p. 452. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=127112570011>. Consulta realizada el 9 de abril de 2012.

_____. *El pasado como refugio y esperanza. La historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada de José Manuel Groot*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo-Universidad de los Andes, 2009.

_____. *La Revolución en las letras. La Historia de la revolución de Colombia de José Manuel Restrepo (1781-1863)*. Bogotá, Universidad de los Andes-Facultad de Ciencias Sociales-Departamento de historia-CESU-EAFIT, 2007.

MELO, Jorge Orlando. “La evolución económica de Colombia, 1830-1900”, en www.jorgeorlandomelo.com PDF, p., 10. Consulta realizada el 12 de mayo de 2014.

_____. “Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)”, en: *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Siglo Veintiuno Editores/Fedesarrollo, 1987. Disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/economia/histecon/histecon5a.htm> Consulta realizada el 15 de febrero de 2014.

_____. La literatura histórica en la República. Disponible en <http://www.jorgeorlandomelo.com/historiografia2.htm>. Consulta realizada el 24 de abril de 2012. También en: *Manual de Literatura Colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988.

MORA VILLAMIZAR, Óscar, *La élite en Bucaramanga en la segunda mitad del siglo XIX*, Tesis de grado, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1994.

NARANJO M. Jorge Alberto, *Antología del temprano relato antioqueño*, Medellín, s.e., 1995, Disponible en: <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/12/lit-atra-jan.pdf> Consulta realizada el 30 de mayo de 2014.

OCAMPO LÓPEZ, Javier. “Horacio Rodríguez Plata. Figura ilustre de una historia integral”, en *Revista Credencial Historia*. Bogotá, jul. de 1999, núm., 115. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

ORTEGA RICAURTE, Daniel, *Índice General del Boletín de Historia y Antigüedades: Vols., I-XXXVIII, 1902-1952*. Bogotá, Pax, 1952.

OTERO MUÑOZ, Gustavo, “Seudónimos de escritores colombianos”, en *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, t. XIII, núms., 1,2 y 3, p. 116 y 129. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/13/TH_13_123_120_0.pdf Consulta realizada 12 de febrero de 2015.

PALACIOS, Marco, *El café en Colombia, 1850-1970. Una historia económica, social y política*, 4ª ed., México D.F., El Colegio de México, 2009.

PEDRAJA TOMÁN, René de la. *Wars of Latin America, 1899-1941*, Jefferson - North Carolina, McFarland, 2006.

PÉREZ MUTIS, Adolfo, “Notas historiográficas e interpretativas sobre los estudios de las guerras civiles en Colombia: el caso de la guerra de los mil días, 1899 – 1902”, en *Revista Divergencia*, núm., 2, año 1, julio-diciembre de 2012, pp., 169-177.

PRECIADO CAMARGO, Daniel Mauricio. “Hacia una nueva comprensión de la historiografía colombiana: Breve historia intelectual de Enrique Otero D’Costa (1881-1964)”, Trabajo de grado para optar al título de historiador, Universidad del Rosario, Bogotá, 2014.

PROST, Antoine. *Doce lecciones sobre la historia*. València, Frónesis-Cátedra-Universitat de València, 2001.

QUESADA-GÓMEZ, Catalina. “Discurso contra el desencanto: el *Antijovio* de Jiménez de Quesada”, en *Almoreal Colloque: El desencanto*. Centre de Recherche Universités Angers-Le Mans-Orleans, 16 y 17 de marzo de 2006.

RAMÍREZ PALACIOS, David Alejandro. *Las Geografías de Reclus y Vergara: itinerario de una red*. Tesis para optar al título de historiador. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.

RAMOS, Demetrio. *Ximénez de Quesada en su relación con los cronistas y el epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1972.

RAUSCH, Jane M., *La educación durante el federalismo. La reforma escolar de 1870*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo/Universidad Pedagógica Nacional, 1993.

REINA RODRÍGUEZ, Carlos Arturo, “Historia de los jóvenes en Colombia: 1903-1991”, Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de Doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia/Facultad de Ciencias Humanas/Departamento de Historia, Bogotá, 2012.

RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

RICORD, Humberto E., *Panamá en la Guerra de los Mil Días*, Panamá, Edición del autor/Instituto Nacional de Cultura, 1989.

RODRÍGUEZ GÓMEZ, Juan Camilo. “Germán Arciniegas. Un agitador intelectual”, en *Revista Credencial Historia*. Bogotá, jul. de 1999, núm., 115. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

RUEDA ENCISO, José Eduardo. *Juan Friede, 1901-1990: vida y obras de un caballero andante en el trópico*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICAHN, 2008.

RUEDA, Néstor José y ÁLVAREZ FUENTES, Jaime, *Historia urbana de Bucaramanga, 1900-1930*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2012.

SAMACÁ ALONSO, Gabriel David. *Historiógrafos de solar nativo. El Centro de Historia de Santander 1929-1946*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2015.

SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario (eds.), *Memorias de un país en guerra. los Mil Días: 1899-1902*, Bogotá, Planeta, 2001.

SANTA, Eduardo, “Consideraciones en torno a la novel «Pax»”, en *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, t., XLV, núm., 2, 1990, pp., 441-465. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/45/TH_45_002_137_0.pdf Consulta realizada el 14 de febrero de 2015.

SEVILLA TORRES, Diana Carolina, *Utopía y realidad: la Mutualidad en Bucaramanga*, Tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011.

TOVAR ZAMBRANO, Bernardo, “La economía colombiana (1886-1922)”, en *Nueva Historia de Colombia*, t. V, Bogotá, Planeta, 1989, p., 24. pp., 9-50.

TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. “Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. Nueva lectura de una vieja Historia de Colombia”. En *Revista Credencial Historia*. Bogotá, jul. de 1999, núm., 115. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. “La colonia en la historiografía colombiana”, en Bernardo Tovar Zambrano (comp.) *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Vol. 1. 1ª ed. 1994. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas-Departamento de Historia, 1995, pp., 21-134.

URREGO, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá, Universidad Central-DIAC-Siglo del hombre, 2002.

VALENCIA LLANO, Alonso. “Gustavo Arboleda. Cronista de la historia política y social”, en *Revista Credencial Historia*. Bogotá, jul. de 1999, núm., 115. Disponible

en: <http://www.banrepcultural.org/node/32604>. Consulta realizada el 23 de abril de 2012.

VERGARA Y VELASCO, Francisco Javier. *Capítulos de Historia Civil y Militar de Colombia*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1905.

_____. *Tratado de metodología y crítica histórica y elementos de cronología colombiana*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1907.

VIÁN HERRERO, Ana. “Comedia del saco de Roma de Juan de la Cueva: la defensa del orgullo nacional y los materiales historiográficos de Paolo Giovio”, en Odette Gorsse y Frédéric Serralya (editores) *El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse*. Toulouse, Presses Universitaires du Mirail-Consejería de Educación de la Embajada de España en Francia, Anejos de Criticón núm., 17, pp., 1087-1102.

XÉNOPOL, Alexandru Dimitrie. *Teoría de la historia: de “los principios fundamentales de la historia”*, Madrid: Daniel Jorro, 1911.